

**C. M. FEDERICI**



# **HOTRO**

**(UN TEXTO ESCATOLOGICO)**

Hotro (Un texto escatológico)

# **Hotro**

**(Un texto escatológico)**

**Novela de**  
**C. M. Federici**

**HOTRO (UN TEXTO ESCATOLÓGICO)**

©2018 Carlos María Federici

Carátula: C. M. Federici

*A mi querido amigo de juventud y madurez, el Padre Germán Varela  
(quien muy posiblemente se escandalizará del contenido, si llega a leerlo)*

*y*

*a mi Musa distante,*

*Hazal Kaya*

*(aunque exista una posibilidad en varios millones  
de que se entere de esto)*

*Si bien es cierto que el hotrianismo ha venido concitando la atención de eruditos, sociólogos e historiadores por su carácter de excepcional relevancia en el marco del avatar histórico de principios de milenio —siendo inclusive designado como acontecimiento fundamental dentro del panorama de las Ciencias Neoantropológicas en lo que concierne a la cabal comprensión de la citada era—, asombra, por otra parte, la carencia de documentación fidedigna disponible para quienes, desde el punto de vista del Ciudadano Promedio, deseen interiorizarse de los pormenores relativos a tan singular movimiento.*

*Impulsados, pues, por el afán de remediar tal omisión, ofrecemos al lector el admirable trabajo que compilara el Equipo de Estudios Neoantropológicos de la Universidad del Suroeste, bajo supervisión directa del Dr. Cecil Augussack, sin discusión la mayor autoridad viviente en la materia.*

*El doctor Augussack ha mantenido relación personal con Jean-Luc Linares —uno de los primeros adherentes al credo hotriano—, y estuvo además cercanamente vinculado a varios miembros del denominado “Grupo Rector”; el archivo de su correspondencia convierte al doctor Augussack en el depositario de la más completa documentación existente en la actualidad con relación a la que podría juzgarse, sin exageración, la manifestación sociocultural paradigmática por excelencia de los últimos tres mil años.*

*El plan de la presente obra comprende dos partes y un apéndice. La primera parte, designada Versiones, reúne los testimonios personales de las principales figuras del hotrianismo —Mateo Boulanger, Mark McCulloch, Jean-Luc Linares y Mary Jane Boulanger—, acerca de su encuentro y posterior conexión con ese ser de personalidad cuasimítica que se constituyera en su líder. Tales testimonios, tomados directamente de lo depuesto en oportunidad por cada uno de los declarantes, se reproducen en forma textual por primera vez, debiéndose considerar a todos los efectos como definitiva la versión de los mismos que aquí se transcribe.*

*En base a consideraciones de índole práctica, no obstante, se ha omitido todo aquello que implique redundancia o reiteración innecesaria entre los diversos relatos. Optando por la economía antes que por el pintoresquismo, se ha sustituido los párrafos finales de cada uno por los iniciales del siguiente, en el preciso punto en que la temática refleja coincidencia en idéntico acontecimiento.*

*Es pertinente, asimismo, la aclaración relativa a las curiosas interpolaciones transcritas entre líneas punteadas, insertas en todos los testimonios. Estos textos provienen de lo vertido por cada uno de los involucrados en momentos en que parecieron sumirse en idéntico e inexplicable estado de trance, fenómeno constatado en todos ellos, aun cuando sus declaraciones se tomaron en forma individual, y sin que ninguno presenciara las entrevistas de los demás.*

*En cuanto a la segunda parte, Epístolas y Documentos, la misma contiene lo esencial del material de referencia (cartas personales, CDs, videocasetes, microdisks, reproducciones de artículos de prensa) que se conserva a treinta y tres años de acontecidos los sucesos que motivan nuestro estudio.*

*Como colofón, el apéndice, escrito por Mary Jane Boulanger y titulado por ella misma (un tanto enigmáticamente) Revelación Final, obedeció a una oportuna sugerión formulada a la autora por el doctor Augussack una década y media después de ocurrida su publicitada vinculación al hotrianismo. Corresponde declarar que este apéndice, si bien se aparta un tanto del criterio eminentemente académico que nos ha normado, constituye, en cambio, un documento de tal valor humano y testimonial, que su omisión habría resultado un verdadero pecado editorial.*

*No creemos posible, por otra parte, dar con un broche más adecuado para cerrar este trabajo, en el que hemos depositado todos nuestros afanes y del que —quizás acientíficamente— nos permitimos enorgullecernos.*

Primera Parte

Versiones

---



(Esto lo supe por él mismo, mucho después. En aquel entonces, claro, ni siquiera lo conocía. Fue sólo más adelante, cuando realmente llegó a confiar en mí —o al menos así elegí creerlo—, que se sinceró y me permitió enterarme de muchas cosas como ésta, íntimas... Impresiones personales muy suyas, que a nadie había revelado antes).

...Ya hacía un rato que se había percatado de la actitud general a su respecto.

*Les llamo la atención, pensó. Me ven como a una criatura extraña.*

Sonrió automáticamente al acoplarse sus vibraciones con el sentimiento común dentro de un elevado porcentaje de la multitud que lo rodeaba; la expresión popular halló la adecuada transcripción en el abanico de sus embrionarias coordenadas psicosemánticas.

*Como bicho raro, precisó.*

El error resultaba penosamente obvio... Dispuso tres haces vibratorios menores para efectuar el cálculo. Habida cuenta de los distintos factores en juego —desde la dimensión cósmica en que todo el proceso debió, por fuerza, concretarse, hasta la equivalencia, en orbirrevoluciones locales o “años”, a que el margen de error, 0.0000000000000987, correspondía—, la conclusión se imponía.

*Aproximadamente sesenta y seis de estos “períodos de traslación”... Sí, podría concebirse como un lapso de relativa importancia, en el marco de la escala comparativa basada en la duración promedio de la vida humana..., o sea, alrededor de 80 períodos...*

—¿Pastito?

Se volvió. Un joven desastrado, cuyo semblante se componía primordialmente de una maraña pilosa en la que casi naufragaba el brillo de unos anteojos, le hablaba al oído. El tufo acre, mezcla de humo y secreciones corporales, más la inquietante sugestión de una horda de famélicos parásitos, se abatió sobre él y a punto estuvo de hacerlo vacilar sobre sus poco firmes pies.

—¡Te hace viajar lindo, viejo! —le insistieron—. Más arriba que cualquier sonda espacial... ¡Buuuummm! ¡Animate! No son caros los tubitos... ¡Vamos!

Los dedos flacos y nerviosos empezaron a palparlo; le urgían, exigiéndole una decisión que él no alcanzaba a discernir. Reacomodó el haz central de psicovibraciones hasta ensamblarlas precariamente con las del otro.

*Alucinógeno. Ácido. Paraísos artificiales.*

—No, gracias —contestó—. Ahora no.

—¡Pero mirá que son A-1, viejo! ¡Buenos de veras..., la crem de la crem!

Sonrió, con suave meneo de cabeza (acababa de aprenderlo) y envió las vibraciones adecuadas.

—Gracias, amigo. En otra ocasión, ¿eh?

Su interlocutor dejó traslucir su perplejidad a través del hirsutismo facial que lo recataba. Sacudió las melenas, como mareado, y se alejó sin añadir otra palabra.

Él volvió a quedar aislado. De inmediato sorprendió la mirada de una pareja, a su derecha, hostil incluso bajo el espeso velo de psicofármacos que saturaba a ambos componentes. Las uñas de la chica estaban quebradas y sucias, advirtió, tan descuidadas como las prendas que apenas cubrían aquel cuerpo degradado por todos los vicios. En cuanto al mozo... Podría calificársele de “un despojo de vida”. Frisaría en los dieciocho (ya él comenzaba a manejarse con más soltura en lo relativo a escalas cronológicas locales), o quizás fuese aún más joven. Sin embargo, igual que su compañera, estaba “con un pie en la fosa”, como ellos mismos decían.

Sintió una opresión interna, fría e intensa... Sus sensaciones (progresivamente identificadas con el medio) se resolvieron en una secreción localizada entre globos oculares y párpados, que amenazó desbordarlos.

*Sesenta y seis años de error... Quién sabe cómo habría sido si...*

Valiéndose de una de sus numerosas facultades (pues no había restringido su naturaleza primigenia al extremo de adoptar incluso las *limitaciones* de aquellos seres), proyectó sus percepciones hacia el exterior, y por encima de su cabeza, a fin de obtener un ángulo de visión más ventajoso que el que correspondía a su horizonte visual normal. Igual que si se hallase apoyado contra la balaustrada de una terraza, varios metros más arriba de aquella gente, vio la explanada —un valle asfáltico entre cordilleras de cemento, acero y cristal— donde se amontonaban grupos heterogéneos de nativos, omisos hasta la injuria en su aseo personal, y en general indiferentes hacia cualquier norma de decoro.

Sin pudor alguno (y él ya tenía razonablemente clara la noción básica de “pudor” y sus implicaciones, según creía), se exhibía por doquier el escasamente edificante espec-

táculo de las funciones vitales menos acordes a las circunstancias..., evacuación gastro-intestinal e intercambio orgásmicosexual incluidos. Experimentó un doloroso fruncimiento interior.

*Como sapo de otro pozo...*

Se vio a sí mismo, parado junto a un muro, algo apartado del nudo de la confusión: los engominados cabellos prolijamente recortados en nuca y patillas, ni sombra de barba en la cara. Tampoco había una sola mácula en el blanco cuello, ceñido por la corbata de franjas grises... Ya virtualmente asimilado a los valores vigentes, pudo entender por qué se le miraba de aquel modo.

Confundido entre la mezclilla y la fibra sintética, la fina tela a rayas de su terno de corte perfecto era igual a un faro de perturbador titilar; el bruñido charol de los zapatos casi ofendía, en medio de aquel tránsito incesante de sandalias, calzado plástico, zapatillas y zuecos.

Estaba claro, pensó, que no “encajaba”... para ponerlo en sus términos.

*Aunque quizás resulte una ventaja, después de todo, se dijo. Acaso termine por convertirse en un medio para hacerlos fijarse en mí..., que de eso se trata, en definitiva, lo que estoy buscando.*

.....

**¡NO PODRÁS HACERLO! ¿CÓMO TE LAS ARREGLARÍAS? ¡ES IMPOSIBLE QUE LO LOGRES!**

El azul ultramar de Uhno se proyectó en airada corona, alrededor y por encima de él, impregnándose gradualmente de tonos verdosos, hasta resolverse en un esmeralda duro y recalcitrante.

El se segregó un poco del núcleo común y procedió a expresarse con la vibración exclusiva “de Hotro” (él en sí mismo, en contraposición al Threz, la simbiosis Uhno-Hotro de la que en ocasiones como aquella se veía compelido a disgregarse):

***BUSCARÉ EL MEDIO. IRÉ ALLÍ.***

Rojo. Escarlata. Carmesí.

**¡ES IMPOSIBLE!**

Hotro —casi por completo dissociado del Threz— derramó una capa espesa de su amarillo oro, templándola apenas, en los límites, con matices de ocre y anaranjado.

***SERÉ UNO MÁS DE ELLOS.***

**¡ABSURDO!**

**VOY A HABLARLES CON SU PROPIA VOZ.**

**¡LOCURA!**

**...PERO TENGO QUE INTENTARLO AL MENOS, DESPUES DE LO QUE LES HICISTE.**

Rompió los últimos vástagos que lo fundían con Uhno. Trehz desapareció entonces; ya no volvería a existir (y esa certeza laceró profundamente a Hotro) hasta tanto los vínculos se restablecieran. Equivalía a una total desintegración, que involucraba a la misma matriz vibracional. Pero no había forma de eludirlo, pese al hondo padecer que suponía.

**¡ES QUE SE TRATA DE VIBRACIONES CONSCIENTES! ¡NO PUEDO ABANDONARLOS A MERCED DE UN CAPRICHIO ALEATORIO! ¿PUEDES ENTENDER ESO?**

.....

Algo peculiar en los miembros inferiores... Recorrió su flamante catálogo de sensaciones; así fue como pudo llegar a identificar el *cansancio* que le atenazaba músculos y ligamentos, tras dilatada permanencia en pie. Hizo un par de flexiones, no sin alguna precaución —ya que virtualmente lo estrenaba todo— y se sentó en el suelo, con la espalda recostada contra un muro. De inmediato registró una corriente de bienestar a lo largo de las fibras fatigadas.

*Descanso. De eso se trataba.*

Caía la tarde, constató. El aire se tornó menos sofocante; notó también que cesaba de escurrirse líquido a través de sus poros.

Había sido largo el camino... Arrancando del corazón de la soledad (una desierta extensión de campo abierto, localización circunstancial e inevitable de su arribo), se había dirigido hacia el punto en cual su vibroscán señalara la existencia de un gran centro poblado.

*¿Villorrio? ¿Ciudad? ¿Metrópoli?...* El sentido de los distintos términos se abría paso con progresiva fluidez a través del proceso de comprensión, según sus haces vibrátiles se ensamblaban con los de los nativos. *¿Urbe?* Acaso fuera ese el nombre más apropiado: aquello le resultaba tan inmenso como sobrecogedor y paradójicamente asfixiante.

Se sintió agobiado. De inmediato entendió que al agotamiento orgánico lo adensaba otro componente, no por intangible menos oneroso: angustia. O sea (racionalizó): miedo al fracaso y a la frustración final. Pero sacudió la cabeza (ya los gestos, movimientos y ademanes se materializaban en él de manera automática, adelantada a tal punto su

identificación con aquellos instintos primitivos). Carne y hueso, sangre y fibras musculares respondían por sí mismos a los estímulos, en consonancia con su propia, impuesta naturaleza..., de seguro en virtud de alguna disposición suprema, más allá inclusive de la comprensión de él. Era probable, aventuró, que con ese sacudimiento, su asumido ser psicossomático intentaría espantar, sin conseguirlo, molestos pensamientos.

*Frustración...* Uhno había sido el Gran Frustrado, pensó. Cuando sus genovibraciones, dirigidas por sendas del Arte Creativo, desembocaron en aquella aberración... Al replegarse Uhno hacia adentro de su ser más íntimo y desligarse casi por entero de la dualidad Uhno-Hotro (el Todo/Trehz), a fin de autocompadecerse —violáceos, púrpuras, índigos, salpicados de negro irremisible— a causa de su fracaso artístico..., *desentendiéndose...*, Hotro había experimentado aquella abrumadora sacudida, impulsándole...

Y aquí se hallaba ahora. Respondiendo.

—¿Pastito? —Alguien lo codeaba—. ¿Tenés, tenés?

Miró hacia quien, tras haberlo interpelado, se ubicaba junto a él. Tenía puesta una camiseta llena de agujeros, un pantalón raído y un par de estropeadísimas sandalias de las que escapaban, como pequeñas salchichas sucias, sendos manojos de dedos. Despedía un hedor ácido; pero la mirada de sus ojos celestes era clara y transparente. Y en sus rasgos, de pueril blandura, no se imprimían aún aquellos signos de degradación física y moral que, a estas alturas, se le habían hecho a Hotro dolorosamente familiares.

—¿Estás hablando de... drogas? —indagó, con dulzura.

—¿Eh? Sí, claro... ¡Eh! ¡Vos no parecés de aquí! ¿Por casualidad no serás...?

—En efecto —confirmó—. Vengo de lejos.

—¡Ah, ya me parecía! ¡Hablás de un modo!...

—¿Mi lenguaje te choca?

El joven se puso a reír. Era muy rubio, de larga melena ensortijada. Hotro comprobó que su risa tenía un sonido agradable.

—Perdoná —oyó que le decía—. Pero eso de salir con “en efecto” y “¿te choca...” ¡Qué querés! Así que sos extranji, ¿eh?

Los labios de él se curvaron con una ironía que no dejó de sorprenderlo, a causa de lo autodidacta que se manifestaba.

—Sí..., creo que se me puede considerar... extranjero —repuso.

—¿Del norte, no? Claro, ¡de dónde ibas a ser!... ¡Se están largando todos para acá, de un tiempo a esta parte, che! Y no es que los critique, no vayas a creer. ¡Hay que vivir, allá, con un 75/80!

—¿Setenta y cinco ochenta? ¿Qué es eso?

—¡Índice de polu, viejo, índice de polu! ¡Pero si parecés extraterrestre, mismo! ¡Mire que ignorar una cosa así...! —Y, mostrándose espontáneamente comunicativo—: Nosotros apenas tenemos un cuarenta y tres o cuarenta y tres y medio, todavía... ¡Ah, pero dales tiempo, viejo, dales tiempo, y dentro de poco los dejamos chiquitos a ustedes, vas a ver!

—Por lo que veo —insinuó—, tú sí eres de la zona, ¿verdad?

—¡Y claro! ¿Por qué? ¿Qué pensabas, eh?

—Entonces —ignoró su tono belicoso—, seguramente estarás en condiciones de informarme qué propósito guía a toda esta gente que nos rodea, ¿no es así?

—Y... ¡Protestan! ¡Protestan! ¿Qué querés que hagan, si no?

El paseó la vista en derredor. Pudo registrar un cambio de actitud en el gentío. Ya no enjambreaban como lo venían haciendo hasta un momento antes. Con la caída del sol, al parecer, los grupos habían ido condensándose sobre sí mismos. Sus vibraciones, casi a pesar suyo (pues debió reconocer un censurable impulso de su parte por retenerlas, con el ánimo de eludir desagradables revelaciones), le proporcionaron la debida información respecto a la profusa actividad sexual que se prodigaba por doquier. Parejas, tríos... Incluso hirió sus oídos el gruñir de un marrano, forzado partícipe de aberrante ritual de placer.

—¿Ese es su modo de protestar? —inquirió, turbado.

El jovencito soltó la carcajada.

—¡Así le dicen! ¡Pero por supuesto que no es nada más que una excusa!

Sintió que se le vaciaban los pulmones, de forma por demás opresiva, e inspiró con cierta ansiedad. Luego dejó escapar el aire en lo que, según su propia constitución le hizo saber, era un suspiro.

—Excusa —musitó—. Una *excusa*...

—¿Qué es lo que estás diciendo, eh?

—Nada, nada... —Sonrió al joven—. ¿Cuál es tu nombre, amigo?

—¿Eh?? ¡Ah..., Mateo!

—¿Y a qué se debe que tú, Mateo, no estés compartiendo la... *protesta* con los otros? Una nube enturbió las cándidas pupilas.

—No tengo... con quién. Yo...

Él adelantó una mano y oprimió ligeramente uno de los brazos delgaduchos del chico.

—Ya veo. ¿Fue por esa razón que estabas buscando...?

—¿El pastito? —El muchacho desvió la vista—. Bueno, pensaba que así...

—¿...ibas a sustituir a una buena compañía? —Le sonrió—. ¿Ya lo has probado?

Mateo lo miró desde abajo de las cejas rubias.

—¿No te vas a reír si...?

—Te prometo que no.

—Bueno... No sé por qué, pero te tengo confianza... ¡Es cierto, sabés! Hasta ahora nunca me animé a fumar uno de esos...

—Lo suponía.

—Pero hoy, como me sentía tan así, tan...

—¿...solo?

Inclinó la cabeza pajiza. El se aproximó algo más para musitarle:

—Mateo.

Lo grave del tono, y aquella solemnidad especial que adquirió el nombre, por haberse pronunciado las sílabas con resonancia de título, hicieron palidecer al muchacho.

—¿Qué te pasa? -murmuró éste, a su vez.

—¿No tienes familiares?

—¡Como si no! Es que los viejos y yo no..., no...

—¿No se comprenden?

—¡Brecha generacional, será! —Mateo alzó los hombros—. ¡Yo qué sé!

—Entonces —dijo él—, no estás atado a nada, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Atado? ¡No..., creo que no!

—¿Algún compromiso laboral? ¿Trabajas?

—¿Trabajar? ¿Quién, yo? ¡Si no emboco una! ¡Ni siquiera me entiendo con los laptops!

—¿Trabajarías conmigo?

Los ojos celestes parpadearon, más pueriles que nunca.

—¿Con vos? ¿Y haciendo qué, me querés decir?

—Es... un poco largo de explicar.

Mateo lo miró con aire de sospecha.

—Y ahora que lo pienso, ¿quién cuernos sos vos, si se puede saber, eh?

—Mi nombre es Hotro... Intento rehacer el mundo. ¿Te animarías a ayudarme en eso?



---

En aquel momento el muchacho sintió El Llamado por primera vez.

Digo “el muchacho sintió” porque, honestamente, aquel joven ciego e ignorante era otro, no yo. Me faltaba ascender —y he comenzado a hacerlo, gracias a Hotro— a la verdadera dimensión de mi propio ser... Desde que él me seleccionó, sé que estoy consiguiéndolo. Sigo tan ignorante como lo fuera el Mateo aquel de la explanada; pero al menos ya no permanezco en la ceguera. Me tocaron las vibraciones buenas de él...; ellas me trajeron esa luz especial de la cual hasta entonces había carecido.

A través del tiempo y la distancia que separan a este Mateo del otro, el necio, comprendo muy bien que el hecho de recibir así El Llamado haya podido conmover hasta el grado de shock las mismas raíces de su adormilado espíritu.

Pero, por el momento —y en instintivo afán de protección contra el deslumbramiento que amenazaba derribar la frágil estructura de su personalidad—, evadió internarse en riesgosas profundidades. Para cambiar la conversación, observó, en tono casual:

—¡Mirá que andás hecho un pinta, vos! Al único que vi vestirse así fue a mi bisabuelo, y eso en un retrato que tenemos en la sala...

Hotro se permitió una suave sonrisa, en tanto miraba directamente al fondo de los ojos candorosos de su interlocutor.

—¿Te daría vergüenza vestirme como yo? —inquirió.

Mateo encogió los hombros.

—¿Y en cuanto a la melena..., te la cortarías?

—¿Qué, es una condición que me estás poniendo?

Hotro le corrigió, afable:

—Es el primer ruego que te formulo.

El joven volvió a levantar los hombros. Se sentía incómodo, aunque en su limitado vocabulario difícilmente habría hallado la forma de describir aquella extraña sensación que lo embargaba. Como si una suerte de sonda impalpable se estuviese abriendo paso, delicada pero inexorablemente, hacia la médula de su ser. Como si todo él —sin exceptuar sus repliegues más íntimos— se hubiese hecho acerico de una miríada de inquisitivas agujas. O todavía más que todo eso..., sin que existiese descripción humana alguna capaz de contener el concepto.

Eran las vibraciones de Hotro..., adaptándose al ritmo de las de Mateo, acomodando los estratos de conciencia del muchacho, e incluso de su subconsciencia, a los niveles que requería la indagación subliminal de Hotro: las entrelíneas de los parlamentos, las imágenes dormidas o sofocadas bajo la densa capa de pensamiento estándar.

—Tú tampoco eres simplemente “uno más del grupo”, a lo que veo —observó Hotro—. ¿Cómo fue, entonces, que te mezclaste con ellos?

Mateo hizo una mueca, ayudándose de nuevo con los hombros:

—A falta de otra cosa...

—Pero al menos habrás llegado a conocerlos un poco... ¿Quiénes son?

Mateo echó un resoplido incrédulo:

—¿Cómo que quiénes...? ¡Uf! ¡De veras que parecés venido de otra galaxia! ¡Son “fuckies”! ¿Quiénes iban a ser, si no?

—Mateo, amigo mío... No sé nada acerca de esos “fuckies” que dices.

—¡Pues ahí mismo los tenés! ¡Esos son “fuckies”! ¡Todos esos que tenemos alrededor! Según ellos —condescendió a explicar—, no hay que atarse a nada ni a nadie en este perro mundo, porque lo único legítimo en la naturaleza es orgar, y...

—¿“Orgar”?

—¡Una palabreja que se inventaron, creo! Significa..., bueno...

*Orgar: obtener goce orgásmico del modo que mejor cuadre a cada cual. El sexo, como concepto básico, resulta obsoleto, en tanto el proceso evolutivo lima progresivamente las diferencias, en procura de individuos ambivalentes, miembros de una raza cuya reproducción ya no constituiría un objetivo primordial. ¿El amor? ¡Simple ficción eufemística de la que, finalmente, ha logrado emanciparse la conciencia colectiva!*

—Los “hippies”..., hace un montón de años, se llenaban la boca con el “Amor” —continuó el joven—; pero, hablando claro y bien, lo que buscaban ellos era puro sexo...

—¿Y estos “fuckies”?

—Bueno..., ¡no vayas a creer que los entiendo del todo! Pero me parece, digo, no sé..., como que ellos le dan valor nada más que al placer, por sobre todo lo demás. Y, según ellos, viste, cada uno tiene derecho a buscarse su disfrute como prefiera: ya no hay por qué limitarse al sexo opuesto de uno. Lo que quiero decir, viste, es que...

—Comprendo —dijo Hotro.

—Y, finalmente —concluyó Mateo—, no ven ninguna razón para obrar a escondidas... Al fin y al cabo, ¿por qué avergonzarse de cumplir con el fin natural de la vida?

*El fin natural.* El ardor de un tormento inenarrable consumía la mera dualidad básica de la esencia de Hotro... Aquel inmenso padecer trascendía la capacidad de sufrimiento de su recién asumida humanidad y laceraba su mismo ser primigenio..., rozando inclusive los vértices de la vibración central, que involucraba a Uhno y se entretejía a la vez en el Trehz indisoluble. (¿Se estaría operando, por ventura, alguna clase de Justicia Suprema?, alcanzó a autointerrogarse la veta irónica localizada en un escondido sector de su compleja constitución.)

Cortó bruscamente sus ultrapercepciones. En mitad de la explanada, una chica, descubierto el torso y fúlgidos de alucinada voracidad los ojos, se abalanzaba sobre un perrazo negro. Las vibraciones de Hotro acusaron el choque: magullado en lo más recóndito de sí, se vio obligado a contraerse sobre su propia médula antes de que lograra recobrar el dominio de sus acciones. Por el momento, reflexionó, era preferible que evitase verlo *todo*.

De súbito surgió una rara imagen, originada en el subconsciente de Mateo. Debíó conjurarla, con seguridad, alguna vibración fugitiva de Hotro, que él no consiguió retraer junto con el resto (lo mismo que un mechón de cabellos mal asentado), al replegarlas un momento antes para defenderse.

—¿Qué es lo que hace el avestruz? —quiso saber Hotro.

—¿Eh? ¡Mirá vos! ¡Justamente en eso estaba pensando yo! —se asombró Mateo—. Y te confieso que no sé por qué. Lo que estábamos hablando no tiene nada que...

—¿Qué es lo que hace ese animal?

—Esconde la cabeza en un hoyo cuando se ve en peli... ¡Pero qué me hacés decir! —Hotro lo observó palidecer, mientras los grandes ojos claros lo miraban fijamente—. ¡Eh! ¿Cómo pudiste adivinar lo que estaba pensando?

—No lo adiviné. Eso sería imposible, amigo.

—Entonces, ¿podrá ser..., podrá ser que vos mismo me *obligaste* a pensar en eso, a propósito?

Mateo se levantó (había permanecido largo rato sentado junto a Hotro, al abrigo de aquel muro, algo apartados del resto de la multitud) y retrocedió varios pasos. Demostraba cierto temor, pero aderezado de un elemento extra, que bien podría señalar el alborde de una inexplicable *reverencia* focalizada en aquel extraño...

—¿Quién sos, eh? —musitó.

El otro le sonrió mansamente, desde su posición más baja.

—Ya te he dicho mi nombre. ¿Acaso necesitas saber algo más de mí?

Sin aguardar respuesta, envió sus haces vibratorios hacia Mateo. Dejando aparte su intrínseca inmaterialidad, podría haberseles comparado a un tubo compuesto de varillas flexibles, y recorrido incesantemente, en toda su área interna, por fuerzas centrípetas. Aquel impalpable “tubo” se sobrepuso a las indisciplinadas vibraciones propias de Mateo, para moldearlas, sin violencia, hasta someterlas —con suavidad de suspiro— a su influjo preeminente.

Me senté a su lado. Ya había comenzado a ser el Mateo real.

—No —le aseguré a Hotro—. No hay nada más que necesite saber. Pero a pesar de no necesitarlo —añadí, con timidez—, sí me gustaría que me dijese..., a mí antes que a ningún otro..., *qué* sos.

Hotro volvió a regalarme el calor de su sonrisa.

—Lo que yo sea, a su debido tiempo se revelará. En este momento hay algo más importante, y es lo que *tú* llegarás a ser..., a su debido tiempo también.

—Ya me di cuenta de que acabás de empezar a convertirme en alguien nuevo —dije. El sacudió la cabeza.

—Nadie que no fueses tú mismo podría operar esa transformación.

—Pero, si es como decís —murmuré—, entonces tengo miedo de no ser capaz de conseguirlo...

—Has de abandonar tus miedos —me dijo él; y la mano que posó sobre mi hombro me reconfortó de veras—. No podemos permitirnos la debilidad del miedo...; ni tú ni yo, ni ninguno de los que lleguen a seguirnos de aquí en más.

Sentí que me sacudía una leve punzada.

—¿Tenés proyectado llamar a otros, también?

—Quiero a todos los hombres del mundo —declaró—. Y a todas las mujeres.

Envío determinadas vibraciones..., precisamente las que yo necesitaba para que el antiguo Mateo —un manojo de prejuicios, temores, resentimientos y vacilación— se disolviera por completo..., en forma voluntaria. No volvería a acordarme de aquel Mateo viejo sino hasta este momento, en que grabo estos capítulos; de manera que ya no me perturbaron antiguas consideraciones egoístas. Yo también deseé, de todo corazón, que llegásemos a ser una legión..., una larga cinta humana circundando el globo.

—Ahora cuéntame algo de ti —me pidió—, para conocerte un poco más.

Para entonces, teníamos la noche encima. Potentes reflectores encendieron sus ojos fríos y azulinos en torno de nosotros; colosales masas de acero, plástico, concreto y

cristales irrompibles se cernieron como oscuros titanes de ojos múltiples, encerrándonos en un cerco asfixiante.

La noche urbana... Los “fuckies” estaban fatigados y dejaron de alborotar. Arriba, en los sitios en que se alcanzaba a divisar alguna magra porción de cielo, comenzaba a percibirse el parpadeo remoto de las estrellas, a veces matizado por los guiños más próximos de los Sates.

—Parece que no ha surtido mucho efecto la “protesta” de tus amigos —observó Hotro—. Nadie les ha hecho caso, a lo que puede verse...

—Bueno, en realidad... no son amigos míos —aclaré—. Te voy a contar cosas más..., como me pediste.

”Soy de familia acomodada... Mi padre es miembro ejecutivo de una gran corporación y tiene crédito en el mundo entero. Mi madre... En fin, los de mi clase suelen darse “la buena vida”, o por lo menos así se piensa, pero yo... , ¡qué quieres que te diga!, no me hallo... En primer lugar, ni mi viejo ni mi vieja representan nada para mí: nunca nos entendimos. Ellos son... —alcé un hombro.

—Ya veo —dijo Hotro.

—Bueno —seguí—, un día me harté de todo aquello y me fui de casa. Vivíamos en las afueras, como corresponde a los de “buena posición”; de manera que se me ocurrió que lo mejor era venirme a la ciudad y perderme entre la gente. De veras, no quería saber nada más con mi familia. Ese tipo de vida... —otro encogimiento de hombros. Sabía que Hotro me interpretaba.

—¿Y cómo es que nadie te acompañó en la aventura? —sonrió.

Enrojecí hasta el cuello.

—Porque no hay... nadie —musité.

—De manera que no tienes amigos. ¿Y no hay alguna muchacha que...?

Desvié la mirada. En forma maquinal, dos de mis dedos retorcían los flecos de mi pantalón.

—Creo que soy... un poco raro —dije.

—¿Ah, sí? —sonrió él—. ¿En qué sentido?

Aspiré profundamente. Cuando creí haber reunido el coraje necesario, lo solté:

—Solo podría tener algo con una mujer... perfecta.

—¿Y qué significa “perfecta”?

—Bueno, que tendría que gustarme... en todos los aspectos. Lo que quiero decir —luchaba por encontrar las palabras adecuadas—, es que no puedo soportar ni siquiera la

*idea* de que me toquen unas manos ásperas... Una nariz mal formada me repele; y si la piel no es suave, suave, o tiene vellos, me causa... ¡Ya sé que soy raro! —barboté.

Sentí entonces que las vibraciones de él se acompañaban a las mías (acerca de las cuales empezaba yo a tener conciencia) y retardaban deliberadamente la frecuencia de su ritmo para no dejarme atrás.

—Jamás encontraste una de tu gusto, ¿no es así?

—Recién ahora me doy cuenta de que no existe ninguna que sea tan perfecta... — admití—. Ni siquiera en los “viajes” del pasto... Gracias por hacérmelo entender, Hotro. ¡Eh! ¿Querés que te diga una cosa?

—¿Qué?

—¡Me parece que al fin crecí un poquito!

—Crecer es tan inevitable como nacer —dijo Hotro—. Y ahora que te ha tocado a ti crecer, como aseguras, ¿hay alguna cosa que eches de menos?

Dudé nada más que unos instantes. Cuando sacudí de un lado a otro la cabeza, lo hice con total convencimiento.

—Etapa superada —declaré—. Estoy listo para trabajar contigo.

En aquel momento se nos echaron encima.

Debieron haber llegado un rato antes..., silenciosos y arteros, y eligieron el instante preciso para lanzarse al ataque. La sirena estiró su ulular interminable, destellaron luces rojas y azules..., ¡y ellos aparecieron!

Autómatas... Seres arrancados de la imaginación calenturienta de un escritor de cyberpunk, pesadillas corpóreas: así los vi. Se abatieron sobre los “fuckies” como enjambre fatal, reluciendo los visores de sus cascos en mil y un reflejos, y la sorda sinfonía de los garrotes, orquestada sobre carne blanda y huesos quebradizos, resonó entre un coro de ayes, gemidos y suspiros de agonía.

—¡Rápido! —exclamé, al tiempo que le daba un empujón a mi compañero, visiblemente congelado bajo la impresión de la feroz acometida—. ¡Hay que ponerse a salvo! ¡Estos no están jugando!

Y me prendí con fuerza de la manga de aquel absurdo traje a rayas y arrastré a Hotro lejos del peligro. Tenía que sacarlo de allí, me dije; librarlo de los golpes, el dolor y el sadismo... que él no parecía capaz de captar en su dimensión real...

...Sus vibraciones, sin embargo, ya se hacían cargo de la situación, y asumían sus implicancias. Hotro identificó los escalofríos deleitosos que recorrían a la horda uniformada..., desde el puño que se cerraba sobre el garrote hasta los centros de placer que

únicamente aquella sórdida actividad conseguía excitar. Había también un elemento paralelo: los “fuckies”, saturados de orgasmos y de “sacudones”, insensibilizados hacia los goces somáticos, no respondían sino al sufrimiento: únicamente los conmovía el helado roce del ala de la Muerte en sus secos corazones.

—¡Por acá, Hotro! —urgí, angustiado—. ¡Es nuestra única oportunidad de...!

Mi voz se extinguió. Nos bloqueaba el paso el más gigantesco de todos los uniformados.

Enmascarado tras el visor polarizado del casco, alto y macizo como obelisco orgánico, tenía para nosotros un único nombre: fatalidad. Sentí que la energía de mis músculos se disolvía. Me fue imposible hacer un movimiento más. Salvo temblar..., ¡y este no pude pararlo!

---

Como de costumbre, había acertado al elegir el callejón. ¡Mi intuición nunca fallaba!

Bajo las amarillentas luces, las caras de aquellos dos infelices parecían máscaras de Halloween. Temblaban como juncos... Empecé a sentir que me recorría el habitual escalofrío de placer.

—¿Iban muy apurados, chicos? —indagué, con venenosa suavidad.

Desde la explanada, a sus espaldas, llegaban en sordina los ecos del alboroto. No podían volver sobre sus pasos, y lo sabían bien. Se quedaron paralizados, mirándome..., a mí, a Mark, el poderoso..., más grande y más sólido que ellos dos juntos.

Apreté los dedos en torno a la porra de fibra, y sentí cómo se tensaba el aire entre nosotros.

—Siempre sé dónde me conviene apostarme —les informé—. Es que me gusta más así..., en privado. ¿A ustedes no?

—Un momento, amigo. —Uno de ellos, vestido de gris, se me acercó—. No hay motivo para acudir a la violencia.

Lo sentí igual que un revés en plena boca. Me eché para atrás, sin poder evitarlo, y las luces se deshicieron contra el bruñido emblema de mi uniforme.

—¿Pero estás loco, Hotro? ¡No se puede razonar con estos!

El que había hablado, un flacucho de melena amarilla, saltó para interponerse entre su compañero y yo. Debió brincar por encima del miedo que tendría, pensé. Pero todo era inútil, claro, porque yo ya había decidido el destino de ambos.

Jugaron simplemente mis reflejos: un choque, un gruñido sofocado, un cuerpo caído y una cabeza rota. Lo de siempre. En cuanto al otro...

Aquello prometía. Me incliné como un gato, la porra alzada..., un meneo ligero y alerta de la derecha armada, en tanto, con la izquierda, lo invitaba a acercarse un poco más.

Parpadeé tras el visor del casco. No detectaba sombra de temor en aquella cara, serena aunque un poco tristonera. Tampoco descubrí odio, ni siquiera ese estimulante desafío desesperado que algunas veces les salta de los ojos. (*¿Qué diablos pasaba?*)



—Él no se te aproximaba con ánimo agresivo —le oí decir calmadamente—. Hiciste mal en golpearlo.

¡Esto ya no podía tolerárselo! Alguno de los dos tenía que estar “cargado”, pensé; y desde luego que no era yo. Pero para “cargaduras” así yo tenía el mejor remedio..., bien empuñado.

Juro que puse todo lo que tenía en aquel golpe: fue como para tumbar a un buey.

¡Pero abortó a medio camino! La mano de él lo había detenido sin dificultad aparente. El cimbronazo casi me voltea.

—¡Por todos los...!

—Lo lamento, amigo.

Comprimió los dedos, y mi porra de fibradur se desintegró como un barquillo de helado. Aquello me hizo perder el control sobre mi propio puño: el resto del arma repiqueteó contra el pavimento.

Los brazos se me aflojaron y me cayeron, lacios, a los lados del cuerpo, y el universo entero osciló debajo de mis suelas. Supe que estaba a su merced..., quienquiera que fuese él.

—Vengo en son de paz, amigo. ¿Te ha quedado claro?

.....  
**ESTOY PRONTO PARA INICIARLO.**

**¿LO HAS CONSEGUIDO? ¿LA INTEGRACIÓN SOMÁTICA?**

**A PARTIR DE LAS CINCO VIBROMATRICES PRIMARIAS. PROTOPLASMA. SANGRE. HUESOS. FIBRA MUSCULAR Y SUSTANCIAS ANEXAS. TODO RESULTA BIEN, ARRANCANDO DE LA ECUACIÓN BÁSICA DE CINCO FACTORES.**

Azul cobalto. Uhno presentaba una superficie monocromática, que desde luego incluía en su seno los restos desmigajados del Trehz. Por debajo del parejo matiz latían, empero, las gamas antagónicas de una serie de colores sojuzgados.

**¿POR QUÉ PARTISTE DE UNA ECUACIÓN QUÍNTUPLE? MI CREACIÓN ARTÍSTICA SE BASÓ EN EL CLÁSICO ESQUEMA TRIPARTITO. LAS VARIABLES...**

**¡LAS VARIABLES ESCAPARON A TU CONTROL, ADMÍTELO! NO PUDISTE PREVER EL RESULTADO DE LA PROGRESIÓN. FUE FATAL NO PROGRAMAR, DESDE EL MISMO COMIENZO, EL ARCO DE VARIABILIDAD DE CADA UNA DE LAS PRIMARIAS. POR OTRA PARTE, EL PROPIO HECHO DE JUGAR CON TRIPARTITOS SUPONE DESDE YA QUE ESTÁ CONFIÁNDOSE MÁS DE LO PRUDENTE AL FACTOR ALEATORIO... ¡YO NO ESTABA DISPUESTO A REITERAR TUS TEMERIDADES! EN CUANTO A TI, ¿NO PUDISTE HABERTE MODERADO?**

El espacio azul tembló, estremecido desde una insondable sima, y una explosión de púrpura se abrió paso hasta la superficie.

**¡YO SOY... UN ARTISTA! LO QUE TÚ PRECONIZAS NO ES MÁS QUE TÉCNICA A SECAS. NO PODRÍA CONVERTIRME EN UN MECÁNICO DE LA CREACIÓN. NO PODRÍA.**

Hotro tiró con violencia de los lazos mutuos y cercenó dolorosamente la mayor parte de ellos. Su gualdo brillante se proyectó, airado, sobre la herida simbiosis. Ya no se restablecería en su calidad de Trehz cabal, en tanto Hotro no aceptara reintegrarse, sin reservas y desprovisto de toda renuencia.

Compartían, por entonces, el más atroz de los tormentos... Les era dable intentar, de cuando en cuando, una unión parcial de los vástagos; pero eso jamás supliría a la plena consubstanciación.

Tregua: un campo de neutral anaranjado se tendió entre Uhno y Hotro. En lo íntimo de cada individualidad, no obstante (hasta donde podían entenderse puras), continuaban pulsando los matices de sus torbellinos particulares.

**UN FRACASO. ¡VAMOS, DILO CON TODAS LAS LETRAS! SOY UN FRACASO, ¿NO?**

***ESO ES ASUNTO APARTE. AHORA MI INTERÉS SE CENTRA EN AYUDARLOS A ELLOS... PERO, ¡POR EL INFINITO!, ¿NO SE TE OCURRIÓ PENSAR QUE JUGABAS CON ENTIDADES CONSCIENTES? ¡NO ERA MATERIA PASIVA TU ARGAMASA!... ¡ARTISTAS! NO ME OBLIGUES A CALIFICAR A LOS DE TU CLASE.***

El anaranjado se enturbió: Uhno se replegaba hacia el núcleo de su propia amargura. Dulcificado, Hotro convirtió el terreno neutral en un turquesa mate.

***PERO NADA DE ESO REVISTE IMPORTANCIA AHORA. LO QUE URGE ES INTENTAR ALGO POSITIVO EN BIEN DE ESA COLECTOVIBRACIÓN INOCENTE. Y DADO QUE NADIE MÁS ESTÁ DISPUESTO A EMPRENDERLO, SIENTO QUE ES A MÍ A QUIEN ATAÑE... NO CONSIGO EXPRESARLO EN TÉRMINOS MÁS SIMPLES.***

**¡NO ALCANZO A COMPRENDER POR QUÉ LO ASUMES COMO COSA PROPIA! SE TRATA DE ALGO QUE INVOLUCRA EXCLUSIVAMENTE A MI VIBRACIÓN PARTICULAR. EL TREHZ NO...**

***NO NOS ENGAÑEMOS. A ESTAS ALTURAS ES IMPOSIBLE DISCERNIR CUÁLES VIBRACIONES SON INDEPENDIENTES DEL TREHZ. AUN EN ESTA DECISIÓN MÍA DE AHORA, QUE CONDENAS, ESTÁS TENIENDO PARTICIPACIÓN. Y TAMBIÉN RESPONSABILIDAD, POR MUCHO QUE TE EMPEÑES EN NEGÁRMELO Y NEGÁRTELO. DEL MISMO MODO QUE YO, POR CIERTO, PARTICIPO Y PARTICIPÉ DE TUS VIBRACIONES..., INCLUSO DE LAS CREATIVAS. Y DE SUS RESULTADOS FINALES TAMBIÉN, LAMENTABLEMENTE.***

Uhno volvió a recluirse en lo que aún podía conservar de su intimidad vibrátil... Cuando se reabrió, fue para formular una pregunta diferente:

**¿VAS A CONVERTIRTE EN UNO DE ELLOS? ¿EN TODOS LOS ASPECTOS?**

**NO PODRÍA DESPRENDERME JAMÁS DE LA CONCIENCIA DE LA VIBRACIÓN UNIVERSAL, AUN SI LO INTENTASE CON TODAS MIS FUERZAS. ASÍ ES QUE PERMANECERÉ CONSCIENTE DE LA MAYOR PARTE DE LAS FACULTADES QUE ME SON PROPIAS, LO QUE ELLOS, NATURALMENTE, IGNORARÁN, CONSIDERANDO EL SUPUESTO ESTADIO DE SUS PSICOVIBRACIONES.**

**ES DECIR, ENTONCES...**

**...QUE, DE ACUERDO AL CONCEPTO DE ELLOS, SERÉ CAPAZ DE OBRAR MILAGROS.**

.....

Había algo en el hombre que terminaba por tranquilizarlo a uno... Las mismas bases de mi sistema se habían visto conmovidas por un sismo en miniatura; pero he aquí que, debido a la sola influencia de esa cualidad indefinible del sujeto aquel, yo advertía que me iba recuperando poco a poco del shock.

Lo vi doblar una rodilla junto a su compañero, que seguía tendido ahí, sin moverse. Se inclinaba sobre él, y de repente, en cosa de segundos nada más, el tipo se incorporaba, como si nada. Era de no creerlo..., ¡un mequetrefe como ese! A los que yo golpeo —y he golpeado a verdaderos gorilas—, solo en el hospital consiguen despertarlos, y eso cuando emplean los medios más enérgicos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el Extraño.

—Estoy... bien —replicó su amigo, ya sentado. En eso se llevó las manos a la cabeza—. ¡Eh! ¿Estoy loco, o de veras me sacudieron el cráneo con un obelisco entero?

—Sí que te golpearon —confirmó el otro.

—¡Entonces estamos todos “en viaje”! No hay otra..., ¡porque no siento nada de nada! ¿Cómo puede ser, Hotro? Creí que me...

El llamado “Hotro” se conformó con sonreír. Lo agarró por el codo y lo ayudó a pararse al mismo tiempo que él hacía lo propio.

—¡Eh! —profirió el rubio flacucho, señalándome alarmado—. ¡Ese todavía está ahí! ¡Cuidado, Hotro..., que es peligroso!

—No existe peligro —dijo Hotro— más que en aquello que desconocemos, o bien en aquellos seres que recelan de nosotros. Y él ya sabe que no tiene motivos para recelar. No volverá a agredirnos. —Y, encarándome—: ¿Es así, verdad, amigo mío?

Me parecía como si el del porrazo hubiese sido yo.

—No habrá más problemas —me escuché decir.

Entonces (aún no sé si por acción de una voluntad ajena a la mía, o mezclada con ella) mis manos se levantaron hasta aferrar el casco y librarme de su peso. Resonó como campana al rebotar contra el suelo.

Pero debí advertirles:

—No conviene que nos quedemos por aquí. En cualquier momento pueden llegar más agentes... ¡Vamos! Conozco un escondite.

—¿Qué..., ahora te vas a poner de nuestra parte? —se pasmó el pelipajizo.

—Vendrán muchos otros, después de él, Mateo —murmuró Hotro.

—¡Basta de charla y a mover las tabas! —bramé—. ¿O quieren que nos pesquen?

A pesar de mis noventa y seis kilos, soy más ágil que muchos... Pero me gustó ver que ninguno de ellos se quedaba muy atrás. Por suerte, sabía de un depósito abandonado cuyas entradas, en apariencia nada más, estaban clausuradas por la Autoridad. Durante una de mis recorridas nocturnas extras, semanas atrás, había encontrado indicios de que el lugar se usaba como eventual “aguantadero” de clandestinos; seguramente tendrían su entrada secreta. Por descontado que no había corrido la voz entre los colegas: yo disfrutaba más manejando asuntos como esos sin testigos... Aun en mi asumida adicción a la violencia, no había carecido de pudor.

Una vez estuvimos en seguridad, les hice señas de tirarse a descansar. La carrera había sido accidentada, con saltos de bardas y equilibrista sobre pretilos incluidos..., todo ello en base a precauciones elementales que me dictaba la experiencia.

—¡Por acá no se van a aparecer! —afirmé, en cuanto reuní aliento suficiente—. Nadie nos vio cuando nos colábamos.

Mateo, el pelipajizo, había caído estirado sobre el piso de cemento; no alcanzaba a recobrar el resuello. Tenía fijos los ojos en mí, como pelotas de golf de abiertos. Un agente de choque..., *jescondiendo* a un par de fugitivos! Casi largué la risa ante su azoramiento.

—Gracias —me dijo Hotro (y por primera vez me compenetré de los contenidos de aquella palabra)—. Muchas gracias.

A pesar de todo, no hice más que agitar una mano, con aire de malhumor.

—¡Ahorráme el verso! No necesito gracias; me conformaría con que me enseñes ese truco tuyo, viejo.

—¿A qué truco te refieres, amigo?

—¡Sin hacernos los sotas, eh! La bromita esa del garrote, claro. ¿Cómo te las arreglaste para...?

Me estaba sonriendo. ¡Diablos! En la sonrisa de aquel tipo había un elemento extraño, que me producía inquietudes difíciles de localizar... Sin darme cuenta, me froté la nuca.

—Una pregunta por otra —me respondió él entonces—. ¿Por qué nos atacaste?

Mateo intervino, hecho una furia:

—¡Y casi me reventás el cráneo, bestia!

—Tu cráneo —le hizo observar Hotro, con su suave sonrisa— está en perfectas condiciones, mi amigo.

Los ojitos del pelipajizo se le saltaban de las órbitas. Hizo el amago de palparse la cabeza, pero a medio ademán se contuvo.

—Es verdad... —farfulló—. ¡Y maldito si lo entiendo!... Pero eso no obsta para que sigas siendo un pedazo de bruto, ¿me oíste?

—¡Callate! —y barrí sus protestas con un vaivén de mi manaza.

En tanto, Hotro no me dejaba en paz.

—¿Cómo es que disfrutas causando dolor a otros? —insistió.

Pude habermele echado encima con todo mi metro noventa y ocho de puro músculo..., con lo que el asunto se habría finiquitado en segundos. O pude también haberme hecho humo y olvidarme de todo el maldito embrollo.

En lugar de eso, me arrastré sobre los fondillos del pantalón hasta ubicarme a su lado. Logré sostenerle la mirada al contestar:

—No sé. Siempre estuve convencido de que... ¡Pero ahora ya no estoy seguro de nada!

—¿Lo pensarías un poco?

—¿Eh?

—Porque es muy natural que te encuentres confundido.

Y reconocí:

—Puede ser... —ante mi propia estupefacción.

—¡*Quieto!*

La exclamación, susurrada pero intensa por la pasión que encerraba, me tomó desprevenido. ¡Qué descuido de mi parte!... Lo que pasaba era que todo aquello me tenía fuera de mis cabales, pensé. ¡Por concentrarme en descifrar lo indescifrabable, no atendí a lo inmediato!

¡Ya no estábamos solos! Unas quince figuras resollantes nos rodeaban: ojos como carbunclos, puños crispados en torno a armas de todas las especies concebibles.

Clandestinos.

¡De seguro los ocupantes habituales del refugio! ¡Los mismos a los que alguna vez yo había planeado sorprender!... Pero al parecer se me había dado vuelta la tortilla.

A menos que... De modo imperceptible fui acercando la mano a la cadera. Con el .350 de reglamento cabía aún la posibilidad de...

Mi mirada chocó con la de Hotro.

Mis dedos ya no quisieron cerrarse sobre la culata; el índice no haría jugar el gatillo. Aquello, comprendí, era definitivo; no me quedaba opción.

Así que ahora sólo cabía esperar..., a ver en qué paraba todo.

---

—¡Cerdo!

—¡A reventarlo!

—*¡Esperen!*

Para entonces, ya nada me impactaba. Todas las fibras de mi cuerpo (era solo un reflejo) se aprestaban a resistir la embestida del odio colectivo. El amargor de la adrenalina me invadió el paladar; se me aceleró el pulso, y de los poros me fluyó hielo derretido. No había forma de evitar el desastre, me dije. Alguna fuerza extraña había exprimido mis instintos agresivos: me había convertido en algo menos amenazante que una rebanada de queso... Por otro lado, debí reconocer, el rencor de ellos era perfectamente lógico.

Entonces..., sobre el mismo filo del estallido brutal, se sobrepuso la rara sugestión de aquella voz:

—*¡Esperen un momento!* —reiteró.

No había alzado el tono en ninguna oportunidad. Solo instiló algún énfasis imperativo en las palabras —estaban patentes los signos de exclamación, como escritos con alquitrán sobre un muro—, pero nunca rebasó las fronteras del aplomo. Se impuso, sin embargo, al bullir de la rabia de ellos, y —¡cosa rara!—, el prodigio no me escandalizó. Me imagino que ocurría como cuando uno sueña: la lógica se sume en un sopor especial, que la hace abdicar en parte de su rigidez característica.

—Como pueden notar —dijo Hotro—, no hay razón para que nadie se agite. Nuestro amigo no representa ninguna amenaza, ni para ustedes ni para nosotros. ¿O acaso —me sonrió, cordial—, todavía piensas en perseguir a alguien?

Aturdido, moví la cabeza horizontalmente, de lado a lado. No me habría salido ni una sílaba, de haberme empeñado en hablar.

Y, a través de la niebla de mi azoramiento, pude percibir cómo se disolvía el antagonismo que hasta entonces nos dominara..., igual que gas fundido en una llama. Casi en completo silencio, pero no sin combustión.

—¿Cómo se colaron acá? —quiso saber, de todos modos, uno de los del grupo. Demostraba, noté, ciertas condiciones de líder—. ¡Este aguantadero es un secreto nuestro!

—Yo traje a estos dos —declaré, en tono sofocado—. ¡Porque corrían peligro en aquel tumulto de la explanada!

El individuo asintió. La lisura de su cráneo rapado relució al impacto del resplandor que se filtraba a través de un sucio tragaluz. Volviéndose a su gente, les indicó por señas que se acomodasen. Él se sentó con nosotros.

—Acabo de enterarme de la masacre —dijo—. ¡“Fuckies” imbéciles!... ¿Por qué no se sacarán las ganas cada cual en su casa?

Encogí los hombros. Así era el mundo. ¿De dónde provenían las distintas manías de la gente..., como, por ejemplo, ese apetito de violencia que a algunos nos impulsaba a enrolarnos en grupos de choque privados?... Inútil preguntarse cosas como esas.

—Nosotros fuimos los que asaltamos el Local 3 de la *United Atoms* hace un mes —informó espontáneamente el pelado—. ¡Te garantizo que ahí los de choque no la sacaron tan barata! ¡Nosotros no somos “fuckies” debiluchos! ¡Por cada patada que nos encajan, les devolvemos cuatro!

Se traslucía bastante orgullo en su voz. En cualquier otra ocasión, un descaro así me habría encrespado todas las plumas del cogote, pero ahora... Desde que me topara con Hotro, era como si me moviese entre gelatinas.

—¡“Güevo”! —vociferó un tipo rechoncho, de pelo esponjado como cardo gigante—. ¿Ya te “cargaste” del todo, vos? ¿Qué hacés, contándoles esas cosas? ¡Mirá si “buchonean”!

Meneé apenas la cabeza, sin molestarme en mirarlo.

—¡“Buchonear”!... —me burlé, entre dientes.

—¡Ese es un “crusman”! ¿O no le vieron el uniforme negro? —se emperró el del pelo inflado—. ¡A mí no me convence con esos aires de mansito!

—Cretino —dije, con la mayor flema.

—¿¿Eh?? ¡Qué te pensás que...!

—¡Basta! —restalló el “Güevo”—. ¡Te digo que no hay peligro, “Hongo”! Nosotros tenemos la sartén por el mango, y él lo sabe muy bien... —Me miró—. Poné el fierro en el suelo, vos.

Sin comentarios, extraje el arma de la funda y la arrojé junto a las piernas cruzadas del “Güevo”.

—¿Todo el mundo conforme? —intervino el pelipajizo Mateo, posiblemente envaletonado por el cariz más bien tranquilizador que adquiriría la situación.

—¿Viste, “Hongo”? —El calvo lo ignoró olímpicamente—. ¡Ya te dije que no iba a haber problema!



—¡Dichoso vos, que podés estar tan seguro! —retrucó el otro.

Entonces Hotro les habló a todos:

—Gracias, amigos —dijo—, por esa confianza. Mi nombre es Hotro. Mi compañero, el del pelo largo, se llama Mateo. Nos agradecería mucho permanecer aquí, con todos ustedes, en paz.

El “Güevo” se dio vuelta para mirarlo, con la parsimonia del que descubre algo de características absolutamente inéditas. Sus ojuelos recorrieron el catálogo completo de excentricidades de Hotro. Cabellos alisados a ambos lados de una neta “raya” ubicada a la izquierda. Nada de “fiorituras” en patillas o nuca. Cuello alto, corbata con sujetador dorado, chaqueta gris cruzada, con seis botones a la vista, y posiblemente varios más ocultos; pantalón recto, provisto de dobleces en los bajos, y sin aberturas laterales. Los zapatos eran de reluciente charol, y los calcetines, gris oscuro... Lanzó un resoplido.

—¡Ni que hubieses salido de un museo, che!

—Me hace acordar al tío Jaime —comentó una jovenzuela de agresivos glúteos—, el que se murió allá por el setenta y tantos... —y estalló en risas.

Se veía con claridad que iban perdiendo el recelo. ¿Por obra de qué encanto?...

...Ahora sé la respuesta, ya que el extraño carisma de Hotro también ha actuado sobre mi naturaleza (como sobre la de todos los demás) y la ha moldeado igual que a un pedazo de plasticina.

—¿Y se puede saber a qué cuernos andás disfrazado así? —indagó el “Güevo”, mientras manoseaba sin darse cuenta los collares de vidrio coloreado que le cruzaban el pecho desnudo—. ¿Andás haciendo alguna promoción de algo, o qué?

Al cabo de unos cuantos segundos, Hotro curvó los labios en una sonrisa.

—En cierto modo —admitió—, podría calificárselo así.

—¡No sean idiotas! —les grité a los del grupo, sin poder contener la rabia—. ¿Cómo se atreven a decir esas gansadas? ¡“Alguna promoción”!... —remedé—. ¡Estúpido!

El “Güevo” y el “Hongo”, picados, se me vinieron encima, aunque, lo reconozco, sin exceso de cólera. El líder me desafió:

—¿Y por qué no puede ser una promoción de algo, eh? Y a todo esto... —adelantó un mentón inquisitivo hacia mí—, ¿quién miércoles sos vos, corpacho, para opinar con tanta autoridad? ¿Por “ay” sos el hermano?

—Justo; así es —se interpuso Hotro, suave como siempre—. Lo *siento* hermano..., igual que a Mateo. —Y me miró sonriendo—: ¿Cómo es tu nombre, hermano?

—Mark —repuse—. Mark McCulloch.

—¡Ja! —soltó a media voz el “Hongo”—. ¡Gringo tenía que ser!

—Mark..., Mateo —dijo Hotro—. Son mis dos primeros hermanos. Ya se sumarán otros.

—¡Puaff! —se mofó el “Hongo”, incorregible—. ¡Hermano de un “crusman”! ¡No te envidio los gustos, viejo! ¡Mirá qué flor de parentela se te ocurre adoptar!...

Sentí la mano de Hotro en el hombro, y me recorrió una extraña sensación, jamás experimentada anteriormente.

—Mark ya no es un “crushman”, como tú lo llamas —afirmó—, ni volverá a serlo. ¿No es así?

Esto último venía dirigido a mí, de manera que, con la vista fija en tierra, sacudí varias veces la cabeza.

El me instó, en tono delicado:

—¿Y la razón de ello...?

Levanté la mirada hasta encontrar sus radiantes pupilas.

—Dejó de interesarme ese trabajo —murmuré.

Y entonces me apercibí del significado de mis palabras, y de su pasmosa veracidad. Como sonámbulo:

—¡Dejó... de *interesarme!* —repetí.

Hotro asentía con la cabeza. Sus dedos me oprimieron más el hombro, y me di cuenta ahí mismo de que estaba al borde de irrumpir en lágrimas..., como no me había sucedido desde que me escapé del reformatorio. No logré reprimirlo, y pronto se me mojó toda la cara...; y sin embargo no me avergoncé. Apenas unas horas atrás, cualquiera que se hubiese atrevido a insinuar un sometimiento mío de esa clase, de cajón que se habría quedado con varias muelas de menos... Apenas unas horas *atrás*.

Ahora, ante la curiosa estupefacción general, mi mole se abatió sobre el frágil Hotro, y el “Toro” McCulloch sollozó como una criatura, abrazado a aquel ser excepcional.

—¿Qué es lo que hice de mi vida? —gemí—. ¿En qué despilfarré todos estos veintisiete años?

—Mark —sentí que él me tomaba por ambos brazos, justo en la zona donde se hinchan los bíceps—. Mark, escuchame.

No se oía un chistido, fuera de mi trabajosa respiración y su hablar sedante y confortador. Lo miré a través de un velo tembloroso.

—Ya no importan esos años pasados —aseguró—, sino más bien los que se extienden a partir de este instante. Lo que decidas hacer con ellos..., eso sí que implicará todo un mundo. ¿Comprendes lo que procuro decirte?

Asentí; tres lágrimas postreras saltaron a raíz de mi cabeceo.

—¿Trabajarías a mi lado? —le oí proponerme.

Y mi respuesta fue:

—No se me ocurre otra cosa que quisiera hacer más que eso.

—¡Pues tendremos montones de trabajo! —advirtió, y al mismo tiempo me pasaba un brazo alrededor de los hombros, y atraía a Mateo junto a ambos para hacer igual con él—. ¡Montones y montones, amigos! ¡Vamos a precisar de toda la ayuda que podamos conseguir!

Ya más dueño de mí, paseé la vista en torno de nosotros. El “Güevo” nos escrutaba con ojillos suspicaces; los demás integrantes de su grupo, desorientados, no atinaban con la nota indicada para la ocasión, así que optaron por quedarse quietos, parpadeando.

—¡Eh! —lanzó de repente el “Hongo”—. ¿De qué loquero se fugaron ustedes tres, eh?

Y una saludable explosión jocunda alivió la tensión del momento.

.....

### **¿LES IMPONDRÁS TUS VIBRACIONES? ¿REORDENARÁS LAS SUYAS?**

**TRATÁNDOSE DE VIBRACIONES PASIVAS, PODRÉ HACERLO EN FORMA CASI ABSOLUTA... LO QUE SE CONOCE COMO “MATERIA INERTE” ME SERÁ SEGURAMENTE DÓCIL. PERO EN CUANTO A LAS VIBRACIONES DOTADAS DE CONCIENCIA —AUN EN EL CASO DE QUE SU GRADO DE CONCIENCIA NO ABARQUE LA PROPIA EXISTENCIA DE LAS VIBRACIONES EN SÍ, NI TAMPOCO LA NOCIÓN DE “VIBRACIÓN UNIVERSAL”—, ES OTRO ASUNTO. PUEDO INFLUIR EN ELLAS, ACASO ENCAMINARLAS POR DETERMINADAS SENDAS. PERO LA DISPOSICIÓN DEFINITIVA... Y FINAL, DEPENDERÁ DE CADA CONCIENCIA INDIVIDUAL... MUCHO ME TEMO QUE LA MOTIVACIÓN CLAVE DE TU PROGRAMA BÁSICO SE MUESTRE REACIA A CUALQUIER INTENTO DE MODIFICACIÓN A POSTERIORI. LA INFECCIÓN SE HA EXTENDIDO DEMASIADO. TUS TRES ECUACIONES PRIMARIAS...**

El azul de Uhno se veteó de febriles franjas de lúgubre violeta. Fracaso... ¡Abortos! Una pavorosa desviación de la norma implantada. La motivación clave —sexo/placer/poder—, destinada a elevar una semiconsciencia a niveles de dignidad pensante, por medio del abrupto avatar evolutivo (que supone *agonía* en cada sucesiva adaptación al medio, a más del vigoroso instinto combativo/agresivo que se requiere para imponerse

con algún porcentaje de éxito al reto de la ecología), había desembocado en la depravación racial. *Fracaso...* Penosamente, Uhno se contrajo hacia el núcleo de su espiral vibrátil.

**SOY UN ARTISTA.**

***EN CAMBIO YO, POR FORTUNA, NO LO SOY. HE CONSIDERADO EL ALCANCE TEÓRICO DE CADA VARIABLE PROGRAMADA..., LAS PROBABILIDADES MATEMÁTICAS DEL EFECTO PROGRESIVO RESULTANTE DE UNA INFLUENCIA IMPUESTA A UNA CULTURA EMBRIONARIA, AL OPERARSE EN DETERMINADO ESTADIO CRÍTICO DE LA CULTURA EN CUESTIÓN. SE CUÁNDO INFILTRARME, Y POSEO UN CONOCIMIENTO RAZONABLE DEL TIPO DE MUNDO CON QUE ME ENCONTRARÉ. CONSIDERADOS LOS DATOS PREVIOS DE SU HISTORIA, ESTOY EN POSICIÓN DE PREDECIR, CON RAZONABLE MARGEN DE EXACTITUD, EN QUÉ GRADO IRÁ AFECTÁNDOLES CADA UNA DE LAS VARIACIONES QUE VAYA CONSTATANDO... EN TANTO LO HALLE FACTIBLE, ABRIGO EL FIRME PROPÓSITO DE NO DEJAR NADA LIBRADO AL AZAR.***

La vibración de Uhno, tras acusar el golpe con una sucesión de motas negruzcas, pasó en forma insensible a un Prusia interrogante.

***¿HAS CONSEGUIDO SITUAR CON LA DEBIDA PRECISIÓN EL PUNTO DE CONTACTO? CABE UN MARGEN DE ERROR, DESDE LUEGO, SI BIEN PRÁCTICAMENTE DESPRECIABLE: UN 0.000000000000987... NO LO CONSIDERO DE ENTIDAD, AUN TRADUCIDO A ESCALA LOCAL. SERÉ UNO MÁS, INMERSO ENTRE ELLOS. ASÍ EVITARÉ SU PROBABLE HOSTILIDAD HACIA LO DESCONOCIDO.***

Del centro del azul Prusia fue generándose un vórtice de oscuridad, que acabó por impregnarlo todo, en flagrante contraste con el amarillo oro en que persistía la obstinación de Hotro.

**¡ES... UTÓPICO! ¡TODO ESE PROYECTO TUYO NO TIENE MÁS CONSISTENCIA QUE LA DE UN SUEÑO!**

.....

—¿Consideras locuras lo que hablamos?

La constante afabilidad de Hotro desarmó al “Hongo”.

—¡Pero usás unas palabras más rebuscadas!... —farfulló.

—¿Y qué palabras preferirías tú que usase, dime?

—¡Las que todo el mundo usa, lo normal! Pero, ¡qué digo, normal! —ironizó—. Es de suponerse que un tipo capaz de apretarse así el gañote con esa corbata ha de ser más bien... excéntrico, ¿no, muchachos? —y se volvió a los suyos en busca de aprobación.

Sin esperarla, los dedos de Hotro deshicieron el lazo de tela; acto seguido, el botoncito del cuello de la camisa quedó desabrochado.

—¿Está más a tu gusto así? —sonrió—. ¿Ahora me podrás escuchar sin inconvenientes?

—¿Pero qué zonceras estás hablando? —bufó el “Hongo—. ¿Qué cuernos me importa a mí si tenés o no el nudo hecho? La cosa...

Se quedó en suspenso. Captó las sonrisas a su alrededor y empezó a enrojecer.

—¡La quedaste! —carcajeó el “Güevo”, dándose una palmada en el mondo cráneo—. ¡Te metiste vos solo en la trampa! —Se volvió hacia Hotro, quien procedía a anudarse de nuevo la corbata (ya demostrado su punto), y le dijo—: ¡Me gusta la forma de discutir que tenés, loco viejo!

—Tanto como te gusta la discusión por sí misma, a lo que veo —sonrió Hotro.

—¡Y bueno!... ¡Si alguno no cantara las verdades en este perro mundo!...

—¿Y para cantar esas verdades, mi amigo, tu música es la violencia?

—¡Cuando asaltaron a la UA dejaron el tendal!... —intervine—. ¡A estas bandas, lo único que les impacta es la sonata de los palos!

—¡Mark! —me reconvino Hotro, con suavidad; y eso bastó para que me mordiese la lengua, avergonzado.

—¡Ustedes los “crusmen” sí que saben de palos! —saltó entonces el “Güevo”—. ¡Si se “cargan” reventando gente a garrotazo limpio! ¡Ese es su deleite máximo, anormales!... ¿Qué? —me interpeló, retador—. ¿Te atreves a negar que los adiestran para ese trabajo sucio? ¿O me vas a decir que no les lavan el cerebro para que...?

—Veo que tu melodía es, efectivamente, la violencia —observó Hotro, en una de sus raras interrupciones. Su tono era pesaroso cuando agregó—: ¿Estás conforme con seguir bailando siempre al mismo son?

El “Güevo” arrugó el ceño. Tenía las piernas cruzadas a lo yoga y las manos descansando sobre las rodillas. Las cuentas de sus collares relucían.

—Lo que yo quiero es que se arreglen las cosas —masculló—. ¡El mundo, como está, es un desastre!

—Pues deberías empezar por arreglarte a ti mismo —sentenció Hotro.

Aún retengo en la memoria aquella escena.

Éramos diecisiete personas dentro del precario escondite de clandestinos. El resplandor de una enorme lámpara de arco nos llegaba desde la calle, adulterado por la suciedad del tragaluz. Nuestras voces, cada cual en su tono particular, resonaban extrañas en aquel ámbito dilatado y vacío... Sobre nosotros —se me antojó— se cernía una atmósfera de premonición sin nombre.

Sorprendí a una de las mujeres (que hasta pocos minutos antes manoseara rutinariamente el cierre relámpago del tipo que la acompañaba) quedándose rígida de repente, con ambas manos apretadas entre los muslos y la vista clavada en Hotro, del que no podía apartar los ojos. El silencio imperante, por otra parte, no dejaba de resultar inusitado en una reunión como aquélla.

¿Qué había en Hotro para que consiguiese imponérsenos de ese modo?... Hasta el momento no había hecho nada fuera de lo común, salvo el triturar mi porra de fibra entre los dedos; y eso únicamente yo, entre todos, lo había presenciado. Pero lo cierto era que concitaba la atención y —cada vez más— también el respeto de todo el mundo, sin que nadie atinara a explicárselo.

—¿Qué cuernos quieres decir? —bufó el “Güevo”, ofendido—. ¿Qué es lo que tengo que arreglar de mí, a ver?

—Una pregunta por otra —repuso Hotro, como ya lo hiciera antes conmigo—. ¿Estás conforme con tu persona, tal como eres ahora, amigo? —Levantó un dedo—. ¡Mira bien en tu interior antes de responderme!

Entonces... *sucedio*. Aquello, aunque tan inexplicable como indescriptible, involucraba al “Güevo”, a Hotro y también a mí y a todos los demás, aun cuando de momento no nos apercibiésemos de nuestra participación.

Vi que el calvo palidecía hasta que casi se le puso verde la cara, para sucumbir enseguida a una violenta afluencia de sangre a las mejillas. Comprendí lo que le sucedía, dado que poco tiempo atrás yo lo había sufrido en carne propia.

El encuentro con uno mismo no suele resultar una experiencia grata.

—Lo único que yo quería —balbució— era mejorar las cosas...

—Una loable intención —dijo Hotro—, aunque escogiste mal los medios para llevarla a la práctica. Ocurre con mucha frecuencia, amigo mío.

—¡Pero es que no hay otro modo de hacerlo! Si no los amenazáramos, ¿te creés que nos iban a escuchar?

—Amenaza —dijo Hotro—, y serás amenazado. Ataca, y te atacarán.

—¡Nuestro ataque en realidad es una *defensa*! ¿O te tengo que recapitular la situación en que estamos malviviendo? Las Multi chupándole la sangre a la gente, y los...

Hotro asintió.

—...y los grupos de choque privados —que están pagados por las Multis— se encargan de aplastar cualquier tipo de oposición, ¿no es cierto? —completó.

—Hay que reconocerles que son expertos en eso. —El “Güevo” torció la boca—. La policía militar, a la larga, no les sirvió... Así que cada Multinacional empezó a incorporar a su plantel un Grupo de Choque, compuesto por “crushmen” (nosotros les decimos “crusmen”)..., ¡individuos especialmente seleccionados! ¿Me entendés?

—Que se deleitan con la violencia —las palabras de Hotro me encendieron la cara—; veteranos de guerrilla, ex presidiarios, e inclusive enfermos mentales...

—¡Bestias sanguinarias! —vociferó la bocaza del “Hongo”—. ¡Sádicos de alma, son!

Hotro ladeó la cara, plegados los labios en un asomo de sonrisa.

—Están en su salsa, ¿eh?

—¡Claro! —replicó el “Güevo”.

—¿No te parece, entonces, que es inútil oponérseles? ¡Llevan todas las de ganar!

La cabeza monda se sacudió en todas direcciones.

—¡Puf! ¡Ya ni sé qué pensar!... ¡Me tenés hecho un nudo psíquico, vos!

—Al final —volvió a interrumpir el “Hongo”, con un brillo pícaro en las pupilas—, ¿qué es lo que pretendés? ¿Hacernos terminar con chaleco de fuerza a nosotros también, eh?

Lo corearon con algunas risas, pero lo que prevaleció fue el silencio meditabundo... No se me ocultaba que la borrasca que probablemente les estaba arrasando los cerebros a todos iba a dejar en pie muy poco de las viejas estructuras.

—¡Está bien! —profirió el “Güevo”—. ¡Está bien..., tenés razón! ¡Reconozco que estamos fritos de entrada, nomás!... ¿Pero qué otra solución nos propondrías, a ver? ¿Convertirnos todos en “fuckies”? Y... ¡quién te dice!... ¡Puede que los palos duelan menos, si uno se sacó bien los gustos la noche antes de la tunda!

—Los “fuckies” representan el fracaso de esta generación... —musitó una voz, a mis espaldas.

Torcí el cuello. Era Mateo, el otro hermano adoptivo de Hotro.

—Sé lo que digo —afirmó—, porque conviví con ellos un tiempo. Terminan por dar lástima: de sobreactuados que están, ya no sienten casi nada. Por eso buscan que los maten a golpes, como ahí, en la explanada. Han de ver a la muerte como la única playa de desembarco que les queda... —Se interrumpió de pronto, perdida la mirada—. ¡No me explico por qué dije eso! —murmuró.

Hotro posó la mano derecha en un hombro del muchacho.

—Existe otra playa, hermano —le dijo—, aunque está un poco más lejos: el futuro. Y se la puede alcanzar, si uno sabe cuáles son los océanos que debe atravesar para llegar a ella.

—No entiendo nada —confesó el “Güevo”, meneando la cabeza.

—¿Y querías entender?

El calvo le echó una mirada recelosa. Luego le susurró:

—¿Vos tenés todas las respuestas?... ¿Quién sos? ¿Qué buscás con nosotros?

—Busco su ayuda para una obra magna. Permítanme llamarlos hermanos míos, igual que a Mateo y a Mark. Es todo lo que busco..., por el momento —y sonrió.

—“Hermano Güevo” no suena muy bien... —comentó en tono abstraído el “Hongo”, provocando la hilaridad colectiva.

—Cierto, amigo —aceptó Hotro, en tono festivo. Se volvió hacia el aludido para preguntarle—: ¿Cuál es tu nombre?

—Jimmy Gottlieb —contestó el “Güevo”, y se sintió obligado a explicar—: Abuelos gringos. Se vinieron para acá por la polución que tenían en su tierra... ¡Arriba de 65!

—Muy bien, Jimmy: ¿quieres, entonces, que te dé a conocer mis ideales? ¿Quieres saber cómo pienso que ha de cambiarse este mundo que tú querías remodelar a golpes?

—¡Pah! ¡Hay un genio entre nosotros! —rezongó, por principio, el “Hongo”—. Yo me llamo José Pedro —añadió—, pero el apellido me lo reservo, si no hay inconveniente...

—¡Yo soy Nicolás de los Santos! —se presentó otro del grupo.

—Marta Silveira... ¡Encantada, Hotro!

—Jouvet..., ¡un placer!

—¡Me llamo Esther Díaz..., pero todos me dicen “la Roncha”!

—Paolo Guzzi, a las órdenes.



Se amontonaron en torno; Mateo y yo, bastante molestos por la arremetida, nos quedamos pegados a Hotro, con cara de pocos amigos.

—¡Hablanos, Hotro! —rogó una de las chicas—. ¡Decinos eso que ibas a decirnos!

—Si se sientan todos —propuso él—, con mucho gusto les hablo.

Tras unos minutos de confusión, en cuyo curso todo el mundo forcejeó por asegurarse el mejor sitio (aunque ni matándonos nos habrían desplazado de su lado), Hotro comenzó:

—Ante todo, muchas gracias por la atención que me dispensan. Resulta en verdad reconfortante comprobar que hay quienes están dispuestos a esa miniclaudicación del orgullo que significa escuchar a otro.

”Hemos convenido en hablar sobre el mundo en que vivimos, y sobre los posibles métodos para mejorarlo... Pero me parece que antes de enzarzarnos en cualquier tipo de discusión al respecto, es conveniente establecer con propiedad qué entendemos exactamente por “mundo”. ¿Estamos de acuerdo?... ¡Bien! ¡Oigo sus opiniones!

—El mundo es este planeta —dijo alguien—. ¿Si no, qué iba a ser?

—Esta maldita época —opiné.

—La *Sociedad* es el “mundo”, en lo que tiene que ver con nuestro tema *actual* —se dejó oír una voz en la campeaban las bastardillas—; las falsas bases de *injusticia* y *trastocación de escalas de valores* que...

—¡La realidad! —exclamó Mateo, junto a mí.

Hotro se volvió a mirarlo, con el índice en alto.

—Me gusta tu definición —aprobó—, porque parece un poco más amplia que las otras... Pero, asimismo, exige a su vez que se la defina. ¿Qué es esa “realidad”? ¿Los objetos y personas que nos rodean? ¿Las cosas y los seres que vemos y palpamos?

Golpeó con un taco contra el suelo de cemento.

—¿*Esto* es real? ¿La dureza del material que estoy pisando? ¿Mi zapato, que lo pisa? En suma, ¿todo cuanto percibimos por medio de los sentidos sería “real”? ¡Bien sabemos que no es así!

—¡Ya veo a lo que va usted! —intervino la voz doctoral de antes—. ¡Partículas *elementales*! Átomos, protones, neutrones..., y todo el universo nuclear. ¿Esa sería, en su concepto, la realidad *última*?

—Un momento, mi amigo. —Hotro alzó la diestra—. Quizás estemos adoptando un estilo excesivamente erudito... ¿Todos comprenden lo que estamos diciendo? ¿Y están de acuerdo?

—¡Eso no es erudito! ¡Si lo fuma un “pendex” de primaria! —clamó, desdeñosa, una chica de cabellos rojos enmarañados—. La física nuclear ya no es novedad para nadie... Aunque, si te soy sincera, no me parece que la física nuclear sea el punto concreto en discusión aquí, porque...

—A tu juicio, según creo entender —interpuso suavemente Hotro—, bastaría, para el caso, con la convención habitual de la solidez de los objetos tangibles, ¿no es así? En tanto no se toquen tópicos específicamente relacionados con esa disciplina (la física nuclear que mencionabas), no sería preciso ceñirse a definiciones que, no obstante, tú misma reconoces como reales y verdaderas, por haberlo determinado así la ciencia. ¿Te he interpretado?

—¡Bah! —intervino el “Güevo”, ante mi sorpresa—. De todos modos, si nada de eso se puede percibir directamente, ¿qué objeto tiene tomarlo en cuenta? A mí lo que me duele es el garrotazo en el coco. ¡Eso tiene mucha más “realidad” que cualquier noción abstracta de electrón, o protón, o lo que sea!... Cuando en conversación..., vamos, en el habla común, digo, uno hace referencia a lo “real”, viste, no creo que vaya tan lejos, o hile tan fino, como para querer significar...

—Cierto, Jimmy —aceptó Hotro—. Sin embargo, si deliberadamente profundizáramos ahora en el tema de las partículas elementales y se hiciese a cada uno la pregunta directa, a mi juicio ninguno de los presentes se atrevería a *negar* rotundamente la existencia (¿o sería mejor decir “la realidad”?) de las tales partículas... ¿Estoy equivocado?

—Es un hecho científico *irrecusable* —manifestó el de la dicción fatua.

—¿Pero ustedes tuvieron oportunidad de comprobar ese hecho? —sonrió Hotro—. ¿Personalmente?

—¡Qué bobada! —saltó el “Hongo”, entre dos bocados del sándwich que se había puesto a devorar—. ¿Para qué repetir lo que ya hicieron un montón de sabios?

—Eso quiere decir —observó Hotro—, que ustedes admiten el principio simplemente en base a una noción de autoridad... O sea —agregó—, que la Ciencia se ha hecho acreedora, a estas alturas, a una respetable cuota de respeto por parte de ustedes, ¿no es así, amigos?

—¡Y por supuesto! —corearon varias voces.

—Sin embargo (y ustedes mismos lo reconocerán), esa Ciencia no es infalible. Por el contrario, trabaja basándose en hipótesis y en teorías, y también en experimentación, y es así como va avanzando..., poco a poco. Pero resulta forzoso admitir que cierto número de sus supuestos termina por derrumbarse, ante la evidencia posterior, y contradic-

toria, de nuevos descubrimientos. Ha sucedido un sinnúmero de veces, y continuará sucediendo. ¿Estamos de acuerdo en esto?

”Bien. Siendo así, me permitiré ir un paso más allá de lo que hasta el momento nos hemos aventurado. Se les ha dicho: la última realidad la constituyen las partículas subatómicas. Y se ha fundamentado esta afirmación con determinado caudal de evidencia, aparentemente confirmatoria.

”Pero ahora yo les digo: *la última realidad universal se encuentra localizada aún más allá de esas partículas*. Ellas no representan sino convenciones: algo similar a lo que puede ser, para otros efectos (y según hemos visto), el aceptar la aparente solidez de lo tangible. Solo que en el caso actual hacemos la convención a un nivel de mayor refinamiento. Estas partículas, ahora lo veremos, *no constituyen más que imágenes, metáforas de la realidad, a las cuales se ve forzado a recurrir un sistema sensorio de evidentes limitaciones*. ¡La realidad total, amigos, involucra mucho más de lo que puede abarcarse dentro de los confines de la percepción común!

Burrujeó un murmullo. En general, aquellos muchachos, con la posible excepción de los líderes, habían recibido cierta dosis de educación científica, ya fuera por universidad personalizada o virtual, antes de ingresar a la clandestinidad. Tal solía ser el patrón acostumbrado, y de sobra lo sabía yo.

Ahora los notaba perplejos. No sabían cómo tomar las afirmaciones de Hotro. Por un lado, obraba la poderosa sugestión de aquella excepcional personalidad, a la que nadie se resistía con éxito. Por el otro, toda una serie de convenciones, adquiridas casi en la cuna, hacían sentir su peso. Se autodenominaban “rebeldes”; pero, confrontados con valores tácitamente admitidos durante generaciones (y sin relación directa con nociones políticas o sociales), no les resultaba fácil ser objetivos.

—Y usted —de nuevo sonó el timbre erudito—, ¿tiene alguna forma de demostrar sus afirmaciones? ¡Porque no pretenderá que se le acepten conceptos *tan poco ortodoxos* de buenas a primeras!

Hotro asintió. La claridad que se colaba a través del tragaluz, filtrada entre polvo e impurezas, formaba una especie de difuso nimbo en torno a su figura, erguida en medio de nosotros.

—¿Puede alcanzarme alguien aquel trozo de madera? —solicitó.

Mateo se apresuró a complacerlo. Obtuvo a cambio una sonrisa de gratitud que sin duda debió colmarlo de íntima satisfacción.

—Esto —dijo Hotro, al tiempo que exhibía el taco—, de acuerdo a la evidencia sensorial no es nada más ni nada menos que un pedazo de madera..., posiblemente parte de algún mueble en desuso...

—...*pero está constituido por átomos y partículas subatómicas* —retrucó el intelectual (individuo más bien alto, de profusa barba, anteojos sin aro y rala coronilla)—. ¿A eso apunta?

—Pues..., no del todo —sonrió Hotro—. Más bien me interesaría que alguno me informase, de acuerdo a su leal saber y entender, qué valor material se le podría adjudicar a este objeto que sostengo (y, para el caso, por cierto, no es preciso entrar a considerar otra realidad que la perceptible a ojo desnudo), así..., tal como está. ¿Qué valor pignoraticio le calculan, a ver?

—¿Es un chiste? —ladró el “Hongo”, concluido ya su improvisado refrigerio—. ¡Eso no vale un cuerno!

—Así como lo vemos, a ojo desnudo —coincidió Hotro—, muchos serían de tu misma opinión, José Pedro; y muy razonablemente, además.

”Pero yo te digo —añadió— que, *en su última realidad*, este objeto puede llegar a adquirir un valor hartamente más elevado del que ahora resulta imaginable...

Resonó un “¡¡ohhh!!” sofocado. Aturdido, parpadeé una docena de veces antes de aceptarlo.

Ante nuestros ojos, la turbia luz proyectada sobre Hotro rebotó, ensoberbecida, contra el bruñido lingote de oro que de pronto resplandeció entre sus dedos.

Desde luego, no se me escapó la conmoción que el truco de prestidigitación operó en la audiencia. Poco me faltó para soltar la carcajada. ¡Otro de esos! Ya me palpitaba yo que tenía que terminar así la cosa... Dada mi experiencia en simuladores, me reproché, jamás debí haber consentido que la farsa se estirase hasta aquel punto.

—¡Bravo, maestro! ¡*Colosal* su numerito! —En las cinco palabras instilé casi todas mis reservas de sarcasmo—. ¿Me permite felicitarlo? ¡Haría una fortuna en la farándula! —y entrechoqué varias veces las palmas, a ritmo burlón.

—Porque fue ilusionismo, ¿no? —preguntó con cierta timidez una flacucha de ojos bovinos—. Digo, eso no es oro de verdad, ¿eh?

Hotro sonreía, pero sin abrir los labios.

—¡Qué están diciendo, estúpidos! —gritó el rubio (Matías, o Mateo), que no se despegaba ni por un momento del prestidigitador—. ¡Él no hace ningún truco! ¡No sean tan brutos, che!

Me colé entre los demás hasta lograr acercarme al trío de farsantes (que no otra cosa eran a mis ojos, por entonces).

—No te me ofusques, rubio —dije—. ¡Si no les niego que lo hicieron con una limpieza sensacional! ¿Sabés que casi me tenían convencido, con toda esa cháchara de “últimas realidades”? ¡Pero se pasaron con ese *gran final*, muchachos!

—¿Qué, a vos de veras te pareció un juego de manos? —inquirió, no sin alguna vacilación, el “Güevo”.

—¡Un tantito así de *burdo*! —repuse, con desdén—. Los habría creído más sutiles... Claro —le dije a Hotro, en tono confidencial—, a esta tribu de bantúes cualquiera los hace comulgar hasta con la Rueda Espacial... Pero, ¿sabés? ¡Yo tengo la mala costumbre de *pensar*!

Ahora fue Mark, el grandulón que llevaba uniforme de agente de “crash”, quien usó las dos manazas en un palmoteo irónico dedicado a mí.

—¡Discurso y medio, chivudo! ¡Se te nota que estudiaste!

Lo ignoré como se merecía. El pájaro de cuenta era el del pelo engomado y manos brujas... Los otros no pasaban de comparsas. Le apunté con el dedo:

—Estuvo pasablemente bien orquestado, viejo..., pero ya se acabó. No sé lo que pretenderá de nosotros; pero le aviso que no le va a ser tan fácil salirse con la suya. ¡Que todos estos sigan siendo borregos mentales no significa que el suscrito mastique rocas marcianas! —Me pasé la mano por el pelo, que se me había alborotado, como siempre que me excito—. ¿Se hace una idea de cuánta doctrina espuria pretendieron endilgarme en la última década? Mistificación... Superchería... ¡Dialéctica para imbéciles o sietemesinos! Pero jamás, *jamás*, ¿me oye bien?, jamás un fragmento siquiera, aunque no fuese sino del grosor de un cabello, de ese elemento inapreciable que llaman *Veritas*... Por si no lo advirtió ya, mi amigo, soy un *escéptico* declarado. ¡A mí no va a cegarme con el brillo de ese oro falso con que se publicita!

Arrastrado por el énfasis de mis propias frases, no me apercibí del efecto que les estaba causando a los adláteres del misticador. Pero al detenerme para tomar aliento noté que el gigantón Mark respiraba en jadeos y me miraba de un modo que me secó la saliva de la boca. Y el otro, Mateo, estaba hecho un tomate y echaba chispas por los ojos.

Como era lógico, retrocedí unos pasos, en procura de una posición más ventajosa. No porque me hubiesen asustado; pero tampoco era cuestión de regalarse... Sin embargo, no había motivo de alarma, según comprobé. Hotro los tocó ligeramente en los brazos y fue como rociar con espuma a un foco ígneo. La cosa no pasó de ahí.

—Si te he interpretado correctamente, amigo —dijo Hotro con una mansedumbre en la que me asombró no detectar trazas de hipocresía—, tu idea general es que mi demostración de hace unos minutos no fue sino una ilusión, artificialmente provocada por mí. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —ironicé—, ya estoy viendo lo que se viene...: “*El respetable público está invitado a comprobar por sí mismo la autenticidad...*” Lamento informarle que mi licenciatura es de Filosofía. ¡De Química no entiendo un rábano! Así que, en cuanto a *identificar* el oro, pues...

”Pero, ¡un *momento!* —añadí, con cierta aparatosidad, al tiempo que me sacaba los lentes y los limpiaba, para aumentar el efecto—. Un... momento. Tal vez pueda aclarar el punto sin tener que recurrir a análisis químicos.

—¿Mediante la Filosofía? —sonrió él, aunque sin burla.

—Psicología —repliqué—. Vamos a ver: ¿usted afirma que eso que tiene en la mano es verdaderamente *oro*, metal precioso, y no un trozo de madera sobredorada, sin valor?

—Es oro, ciertamente —aseguró Hotro—; aunque lo de “precioso” es relativo.

—Según pretende —seguí—, usted obtuvo ese... “oro verdadero” a partir del taco de madera que le alcanzó su amigo. ¿Es correcto eso?

Hotro asintió.

—¡Bravo! Y este... portento (me permitirá que, en mi actual estado de ignorancia lo califique así), este *portento*, digo, usted podría reiterarlo cada vez que le viniera en gana, ¿cierto?

—Absolutamente cierto.

—Pues bien (¡y aquí está el quid de la cuestión, amigo mío!): ¿cómo se concibe que un multimillonario como usted (que sin duda lo será, toda vez que dispone de un perfecto sucedáneo de la tan buscada Piedra Filosofal) esté mezclado con vagabundos e infelices... y hasta con *intelectuales*, como los de este grupo, eh?

Capté un murmullo en torno. Había encendido la mecha de la desconfianza, como pretendía... Mucha fibra habría de tener el hombre, sin duda, para no perder la compostura ni aun entonces; pero nada me iba a apartar de mi designio, que era arrancarle la máscara de una buena vez.

Entonces le oí pedirme:

—¿Podría prestarme ese reloj que lleva?

Me agarró desprevenido, lo confieso. Antes de darme cuenta cabal de lo que estaba haciendo, tuve el broche de la malla desprendido y el reloj en la palma.

—¿Acero inoxidable? —inquirió al tomarlo.

—Sí, claro... ¡Epa! ¡Cuidado, que es un recuerdo de abuelito!

—Oro —dijo él, y me lo devolvió.

Lo miré y remiré; le di vueltas por todos los lados, y no había forma de dudarle... Se trataba del mismo reloj, hasta en la rayadura del cristal y la colita rota del “9”; pero tanto la caja y la malla, como las agujas y la esfera numerada, lucían un lustre dorado resplandeciente y, ¡Dios mío!, al presionar con el filo de una uña noté cierta *blandura* ajena al acero.

—Como habrás podido apreciar —escuché decir a Hotro, aunque su voz me retumbaba en los oídos como si sonase dentro de una caverna—, es el mismo objeto que tú me entregaste. Ningún prestidigitador (¿no me habías asignado ese oficio?) podría, humanamente, efectuar una sustitución en estas condiciones y en tan reducido lapso...,

máxime cuando se trata de un adminículo acerca de cuyas características no estaba prevenido. ¿Piensas de otra manera?

—¡Tiene razón él, Jean-Luc! —clamaron varias voces—. ¡No seas cabezón!

El “Hongo” desgranó una risotada.

—¡Esta vez encontraste la horma de tu zapato, che!

Hacía rato que venía acumulando rabia... No era cosa de tolerarle burlas a ninguno de aquellos botarates. Al fin y al cabo, me dije, el asunto todavía distaba mucho de estar claro.

—¡Está bien, está bien! —contemporicé—. Supongamos que admitiera (pero únicamente en carácter de *hipótesis*..., y nada más que porque ahora no dispongo de tiempo para llegar al fondo de la discusión), supongamos, digo, que admito que su afirmación es cierta..., que, vaya uno a saber cómo, usted posee realmente la facultad de transmutar cualquier cuerpo en oro.

”De todos modos sigue en pie la otra parte de mi proposición: ¿cómo se explica que no se haya fabricado una fortuna para su uso personal? ¿Acaso usted no se rige por las motivaciones comunes de la humanidad?

Respiraba yo con bastante agitación, porque había soltado la parrafada en tono quizás algo más vehemente de lo aconsejable. Sentí que el sudor se me escurría por la barba y me enfraqué en el pulido de mis anteojos, mientras mis palabras obraban sobre el ánimo de la audiencia.

—Estaba esperando que llegásemos precisamente a eso —dijo la sosegada voz de Hotro—. Sentémonos de nuevo y retomemos el tema inicial, ¿les parece?

”Por favor —me rogó, en forma personal—, siéntate, amigo. No dejarás de obtener las respuestas que buscas: te lo prometo. Siéntense todos... Hermanos míos, Mark, Mateo, ustedes también.

—¡Esto se pone lindazo! —celebró el “Hongo”, frotándose las manos—. ¡Hay que ver las chispas que se sacan esos dos! ¡Che, “Güevo”! ¿Quién decís vos que tiene la razón, eh?

—¡Shh! —rezongó Jimmy Gottlieb, con imperativo ademán—. ¡Cerrá el buzón, pedazo de bestia!

Una vez normalizado el ambiente, Hotro prosiguió:

—Decía que volvemos al tema inicial, porque entiendo que es la única forma de evacuar las dudas del amigo Jean-Luc.



”Sosteníamos hace un rato (previamente a la demostración que me permití efectuar ante ustedes) que la última realidad no es, ciertamente, este mundo material que se aparece a nuestro rudimentario equipo sensorial..., que toda esta solidez, estas formas visibles y tangibles, no constituyen, en definitiva, otra cosa que una imagen. Un simple modo de captar, *aunque sin el concurso de los sentidos apropiados*, el universo que efectivamente nos circunda.

”Alguien hacía referencia al átomo y al electrón..., las partículas elementales orbitantes que, hoy por hoy, según se me asegura, son admitidas por todos como la expresión de una realidad efectiva, si bien poco práctica en la esfera de la cotidianidad.

”Pero a esto yo les dije: la última realidad universal trasciende incluso a ese universo subatómico. Su naturaleza conmociona y echa por tierra aquellas nociones que —no sin su cuota de esfuerzo— terminaron por aceptarse luego de varios milenios de Historia humana.

”El conocimiento de esa “última realidad universal” y, por encima de todo, la conciencia de que ella me incluye, y nos incluye a todos, estando a la vez incluida en cada uno de nosotros, es lo que pone a mi alcance determinadas facultades..., mismas que a una percepción más difusa pueden antojársele milagros, cuando no meras mistificaciones.

”En verdad, en verdad, les aseguro: aquel que me escuche, y se compenetre de mis palabras, llegará sin duda a hacer todo cuanto yo hago, por impracticable que pueda parecerle en este momento. Y, lo que es más importante todavía: llegará a abrirse a otras esferas de la realidad, y adoptará escalas de valores muy distintas a las que hasta entonces moldearon sus acciones.

”De aquí, Jean-Luc, surge la respuesta que buscabas: cuando comprendas el verdadero valor de cada cosa, es posible que ese oro —que hoy tiene la virtud de perturbarte así— no revista a tus ojos mayor jerarquía que la de cualquier otro material sobre la Tierra.

”Así ocurre conmigo. Yo puedo obtener oro, plata u otros preciados elementos a discreción. Pero no me tomo esa molestia, por cuanto mi criterio de los valores relativos difiere marcadamente de ese que ustedes, casi sin excepción, persisten en sustentar.

Hotro levantó el pulido lingote. La luz le arrancó destellos de suave esplendor ante nuestra mirada absorta.

—Hermoso color —dijo— y una superficie de grata tersura al tacto. Pero ahí acaba todo.

”Pues este objeto de innegable belleza, de textura y brillo tan seductores, no pasa de ser sino una simple ilusión de los sentidos. En cualquier momento, si nuestra comprensión consigue al fin romper los grilletes del hábito ancestral, este objeto puede volver a su condición primigenia, desprovista de todo valor.

Todos los ojos (inclusive los míos) siguieron fascinados la caída de aquel cuerpo oscuro desde los dedos de Hotro, aflojados, hasta el suelo, donde chocó con apagado sonido.

—¡Madera! —resolló el “Hongo”—. ¡Otra vez madera y nada más!

Pero mi atención se concentraba en otra parte.

Ahora miraba de frente a los ojos de Hotro —ojos de una insondable hondura, que llegaba a sobrecoger— y leía en ellos con toda claridad las palabras que su garganta no necesitaba emitir.

Me había dado una gran lección... En otras circunstancias, seguro que me habrían ardidado las orejas; pero ahora, cosa curiosa, la vergüenza, justo con otras nociones adquiridas a lo largo de mis treinta y cinco años, acababan de cederles el paso a sentimientos más complejos y menos propicios a dirimirse mediante retóricas.

—Todo es ilusión, amigos míos —continuó la voz de Hotro (ya no más “el mistificador”, blanco de mis suspicacias)—, incluso esos placeres que ustedes han anhelado durante toda su vida... *Anhelado*, sí, aunque intentasen convencer al mundo, y en ocasiones a ustedes mismos, de que los despreciaban...

”No debe preocuparlos eso. Porque ustedes no tienen la culpa de desear instintivamente el placer: no se puede violentar a la propia naturaleza. Aquel trozo de madera que vimos cambiar hace un momento, no habría podido cambiarse por sí solo. Fue precisa la intervención de un agente consciente para conseguirlo.

”Así, también, únicamente la conciencia de la Realidad Última nos capacitará para integrarnos a ella. Solo sabiendo que formamos parte de algo manifiestamente menos grosero y más elevado que la materia en la que arraiga nuestra existencia cotidiana, nos será posible asumir nuestra verdadera dimensión.

”Pero, a diferencia del trozo inerte de madera que nos ha servido como ejemplo, *nosotros no podemos ser transformados por el solo influjo de una fuerza externa a nuestra conciencia personal*: ahí radica la distinción básica entre vida y materia bruta. Se presta esta con docilidad inevitable a la manipulación (por así llamar a esa intervención) de una voluntad incrustada en la conciencia de la Última Realidad.

”No así los seres dotados del soplo de la vida. No así ustedes.

”Estoy dispuesto a proporcionarles la vía hacia el conocimiento de la verdad fundamental. Llegaré, inclusive, hasta marcarles las sendas más aptas para su discurrir... Pero dependerá exclusivamente de ustedes el que encaminen sus pasos por el rumbo indicado.

”Pues han de saber que existe alternativa. Ustedes pueden obstinarse, colectiva e irremisiblemente, en pisar sobre las mismas huellas que han venido marcando la infortunada trocha de la Historia. El *hombre-hombre...*, inmerso hasta las sienes en un contexto de materialidad hermética, sin resquicios abiertos al eventual vislumbre de la Realidad Última, excluido definitivamente de ella.

”De optar ustedes por ese camino, todo esfuerzo de mi parte será estéril.

”Queda, pues, librada a su albedrío la decisión final.

---

Supongo (modestia aparte) que a partir de los momentos iniciales fui quien mejor llegó a compenetrarse de aquellas extrañas ideas. Y hablo, se me puede creer, con la objetividad que corresponde.

Claro que aludo al costado *científico* de las ideas en cuestión. A mi entender, cualquier enfoque pretendidamente centrado en valoraciones de tipo místico/teológico carece por completo de entidad, salvo, por supuesto, en un plano de craso sentimentalismo, que nada tiene que ver con el esquema racional que es aquí pertinente.

Resulta sencillo entender las razones de Hotro al insistir en similitudes afines a ciertos arquetipos firmemente arraigados en el patrón psicológico medio. Ante las obvias dificultades que implicaría su empresa —sobre cuya motivación de base no considero preciso ahondar por el momento, bastando con presumir la existencia de la misma en carácter de impulsor fundamental—, parece hartamente razonable que se haya servido de uno de los recursos de mayor efectividad: pulsar el natural sentimiento de religiosidad que anida en todo hombre.

Ejemplo confirmatorio de la eficacia del “*approche*”: sus primeros adeptos.

Mateo Boulanger, el clásico neurótico esquizoide. Vástago de familia burguesa, desajustado de algún modo en el ambiente de vaciedad mental que suele caracterizar a su clase, ¿qué mejor blanco para el flechazo mesiánico?... Seguramente, a los ojos de Mateo, Hotro encarnaría esa imagen de “divinidad humanizada” que su subconsciente habrá añorado desde la cuna.

Mark “Toro” Mc Culloch, el ex “*crushman*” de *United Atoms*, pertenece a una especie distinta, si bien similar en ciertos aspectos, y por ende vulnerable a idénticos recursos... Determinadas experiencias traumáticas —que incluían un padre dipsómano y una madre con la cual no llegó a convivir luego del nacimiento (pero cuya imagen se degradó merced a la información que Mark fue recogiendo sobre ella), amén de una azarosa adolescencia en los barrios bajos de una megalópolis septentrional— trasmutaron la arcilla psíquica de su naturaleza en un bloque rígido, de aristas cortantes y espinosas facetas. Mark golpeaba por reflejo.

Una actitud de *pacífica* firmeza, el gentil imperativo de Hotro, tuvieron el efecto de un rayo removedor sobre aquel carácter de apariencia monolítica. Por obra de esa

“fulminante influencia” la rigidez volvió a maleabilizarse; es más: se derritió como sebo bajo las sugerencias de Hotro; sugerencias estas, por otra parte, sumamente poderosas.

Y acto seguido (y conforme a la línea de estricta objetividad que me he trazado), no puedo dejar de considerar mi propio caso.

Yo no soy otra cosa que un típico producto del intelectualismo contemporáneo.

Hago la confidencia sin rubor excesivo, ya que soy de todo punto impotente para modificar las circunstancias que determinaran mi destino. Me volqué al estudio de las ciencias naturales y de las filosóficas, sin ignorar, empero, que no constituían sino maderos a la deriva en el borrascoso piélago de la decadencia social... El menor de los males, para decirlo con palabras simples. ¿Debilidad? ¿Conformismo? ¡Muy posible-mente! Pero es forzoso admitir que no cabe en ese tan cacareado albedrío nuestro el oponerse a los lineamientos básicos de la personalidad que al nacer se nos impone.

Me había mezclado con aquella asociación de clandestinos debido en parte a hechos de carácter puramente accidental (que no corresponde traer ahora a colación), y en parte, también, a que de algún modo no meridianamente claro debí suponer que acabaría por consustanciarme con sus ideales... Era una realidad incontrovertible, por cierto, que el régimen de Multinacionales (más adelante Ultranaionales, o Multis, como solía llamárselas), impuesto en el último decenio, constituía una de las causas fundamentales, si no *la* causa, de la crisis universal que padecíamos.

—Polución ambiental en índices cada vez más alarmantes, al punto de que habitar en determinadas regiones del globo llegó a tornarse decididamente insalubre (y reservado, en consecuencia, a los estratos de población menos privilegiados..., desprovistos de la posibilidad de “emigrar al sur” de que gozan los volátiles).

—Debilitamiento progresivo, e irreversible, de las potestades propias de las Naciones o Estados soberanos, cuya delimitación iba tornándose más vaga a medida que se extendía la práctica de enajenar extensas zonas territoriales en concepto de venta o arriendo, según cada caso puntual, a particulares o Empresas.

—Afirmación casi absoluta, en todos los terrenos, del poder dictatorial de los Complejos Comerciales —CoCos—, una suerte de amalgama de varias Empresas, que multiplicaban así la magnitud de su dominio, traspasando incluso fronteras nacionales; y marginamiento más y más irremisible de cierto sector de la población, que no se afiliaba ni a las Empresas ni al servicio de particulares.

Tal era el mundo, cuando tropecé con Hotro.

Debo concederle, a fuer de honesto, que acertó con el único argumento capaz de ganarme a su causa —aunque, reitero, no sin las reservas del caso—: de un golpe, Hotro se colocó al margen de todos los valores establecidos. Y con ello conquistó todas las simpatías de este servidor.

Aquel trozo de madera/oro/madera que levantó ante mí, avalado por la evidencia incontrovertible de mi propio reloj trasmutado (que después devolvió a su composición original, pues, según dijo, una máquina totalmente de oro resultaría poco práctica), definió, mejor que cualquier arenga, su despegue de la tecnología vulgar y de la plutocracia instituida a un tiempo.

Más adelante, su exposición demostró a todas luces una independencia con respecto a la “oposición” tradicional, que no pudo sino cautivarme... Me declaro escéptico, sí; pero solo hasta que decido dejarme convencer. Y Hotro lo consiguió, por haberlo intentado sin agresividad.

—Nuestra ciencia se escandalizaría ante lo que usted acaba de hacer —le dije, con una semisonrisa, cuando me restituía el reloj, tal y como me lo legara mi abuelo, sin alteración alguna—. Los pondría en tremendo aprieto, ¿se da cuenta?

—¿Y qué hay de ti?

—¿Perdón...?

—¿Te sientes en “tremendo aprieto”?

(Por si no lo había dicho, el individuo tenía una tendencia más bien molesta a personalizar los temas de conversación).

—No creo que nunca se me haya podido tildar de “obcecado total” —repliqué, de buen humor—. Estudio con respeto..., aunque sin servilismo, eso sí.

—¿Y qué opinas de mis ideas?

—¿Esa “Última Realidad” (con iniciales en mayúsculas, ¿no?) más allá de los átomos?... Tendría que empaparme un poco más sobre el tema, antes de formar una opinión autorizada, creo.

Sonrió. Estábamos sentados en un rincón del depósito, casi en la penumbra. Una de las chicas nos convidó con un par de platillos económicos —de esos que se consiguen por centicréditos en los maxishops, con envolturas precintadas—, y Hotro condescendió a atender al estómago. Por cierto —y pude advertir que el hecho le sorprendió— el susodicho órgano le había lanzado ya dos o tres gruñidos de advertencia.

Los otros dormían o se enfrascaban en diversas actividades (alguna de ellas reñida con la falta de intimidad que se nos imponía, ante lo cual se hacía una cordial “vista gorda” por acuerdo tácito del grupo, supongo).

—¿Qué piensas de mí?

Me atraganté. Dejé la cucharita de plástico en el borde del platillo a medio consumir y contesté:

—¿Quiere una respuesta sincera o una diplomática?

—Sabes que aspiro a una sinceridad total —y sonrió otra vez, de esa manera suya, tan peculiar.

—Si es así —dije—, me parece que voy a empezar a tutearte. Supongo que no vas a ofenderte, ¿eh?

—¿Y dónde estaría la ofensa? —replicó en tono afable.

—Bueno... En vista de toda esa aparatosidad más bien mesiánica de que te rodeás...

Me pareció advertir una luz humorística en el fondo de sus ojos graves; pero no puedo afirmar que no lo haya imaginado.

—¿Fue así como te impresioné, entonces? —preguntó—. ¿Como un iluminado?

—No soy muy crédulo. Únicamente acepto lo que puedo comprobar. Y creeme si te digo que te considero un tipo fuera de serie, dotado de un carisma poco común. Pero de ahí a cantarte alabanzas como si...

—¿Me oíste solicitar algo de eso?

—No lo proclamás en forma explícita, claro; pero el entorno general...

—¿Alguno de mis amigos lo insinuó?

—No dije eso —persistí—, pero asumen una actitud que...

—¿O habrás estado escuchando solo a tus prejuicios?

Arrugué la frente. Demoré un poco en contestarle.

—Cabe la posibilidad de que hayan influido en parte —reconocí por fin.

Se produjo una pausa, durante la cual me dediqué a raspar el fondo del platillo con la cucharita. Ahí suele estar lo más sabroso... ¡Uno casi creería que come legumbres verdaderas! Vi que el rubio, Mateo, se aproximaba con un envase de jugo en la mano, y extendí la mía por vía de experimento.

—¿Ananá? —inquirí.

Lo apartó hacia un lado con presteza.

—Es para Hotro... Tomá —y se lo tendió—. Está bien fresco.

—No tengo sed —dijo Hotro—. Puedes bebértelo, Jean-Luc.

—Gracias. —Ignoré la mirada iracunda de Mateo y me eché el líquido garganta abajo—. ¡Ahhh! ¡Yo sí que estaba sediento, viejo!

—Muchas gracias, hermano —le dijo entonces Hotro al rubio, y este recobró la jovialidad momentáneamente perdida.

—¿No vas a dormir un poco, Hotro? —se interesó, solícito, Mateo.

—Ahora mismo —repuso su líder—. Me siento un poco fatigado.

—Buenas noches. ¡Que descanses! —le deseó Mateo. Acto seguido, me gruñó—: ¡A ver si lo dejás tranquilo, vos, charleta!

—Hablando de *tranquilizarse* —me burlé, pues no había dejado de advertir la inoperancia del rubio hacia el sexo opuesto—, ¿qué hacés que no te buscás compañía para pasar la noche en santa paz, eh?

—¡Cretino! —me ladró, y se hizo humo con la cara encendida.

Sentí que me acometía un perverso deseo de molestar a alguien. Me volví hacia Hotro:

—Veo que compartís nuestras flaquezas humanas —le lancé.

—¿Apetito y sueño? ¿Y por qué se te ocurrió que no sería así?

—Bueno... No es que yo haya pensado eso, en realidad —repliqué, en tanto me estiraba con alguna voluptuosidad sobre el suelo en que tendría que procurar dormir—. Pero me dio la impresión de que Mateo casi esperaba verte velando y ayunando... ¿No te apenaría desilusionarlo?

—Mateo —dijo él—, o cualquier otro, solo tiene derecho a esperar de mí lo que me oiga prometerle. Aún resultaría prematuro entrar a considerar las características de mi naturaleza... Creo que previamente tendré que asegurarme de que mi mensaje no fue mal interpretado.

—¡Ah! ¡Salió la palabreja! ¡Así que, en resumidas cuentas, había un “mensaje” nomás!...

—¡Eh! —refunfuñó alguien, probablemente el “Hongo”—. ¡Cállense de un vez, cotorras, que acá queremos dormir!

A estas alturas, por cierto, el silencio era casi absoluto. Me imagino que la presencia de Hotro los inhibía en parte, pues era obvio que faltaba el habitual coro de apasionados quejidos propios de los copartícipes de los lechos de emergencia.

Permanecí tendido de espaldas, con las manos enlazadas bajo la nuca. Sufría la comezón nocturna de aquella barba que “algún día” me iba a decidir a extirparme... A los pocos minutos se me cansó el lomo y me volví de costado.



Hotro me miraba. Tenía un brillo peculiar en los ojos, notorio en la semioscuridad que le rodeaba. Logré distinguir que se apoyaba en un codo para enfrentarme.

—No llegaste a decirme con claridad lo que piensas de mí —murmuró.

Antes de contestarle me guardé los anteojos (había olvidado quitármelos para dormir, como de costumbre) en el bolsillo de la camisa. Todo adquirió la difusa nebulosidad propia de mi avanzada miopía. La faz de Hotro se convirtió en una mancha blancuzca, matizada por leves trazos sombríos, que apenas denotaban su expresión.

—¿Franco o diplomático? —reiteré.

—Solo tiene sentido la franqueza, ¿no es así?

—Pues no creo que seas ningún Mesías —afirmé, brutalmente.

—Porque te niegas a creer que alguna vez pueda surgir alguno. Mira en tu interior — dijo, atajando mi réplica— y dime luego si no es como te digo.

Bostecé. Aquello implicaba demasiado compromiso para tan altas horas de la noche.

—No puedo más de sueño... —me excusé—. Mañana la seguimos, ¿sí?

—Aquí estaré, amigo Jean-Luc. Hasta mañana.

Me di vuelta hacia el otro lado. Al poco rato pude oírlo respirar con la regularidad de una conciencia sana.

En cuanto a mí, no había sido un dechado de honestidad, por cierto... Mi bostezo fue “prefabricado”. En realidad no tenía proyectado echarme en brazos de Papá Morfeo...; no sin antes cumplir con el cuerpo.

Nancy estaba ocupada, y el negro de turno era de pocas pulgas, razón por la cual decidí incursionar en otros terrenos. Jacqueline, la “flan en carretilla”, roncaba a más y mejor (de todos modos era un poco más fofa de lo que toleraban mis gustos), y ni pensar en la Pecosita, con lo tirantes que andaban nuestras relaciones... Pero no fue preciso devanarme los sesos: si algo sobra en grupos como estos son *partenaires pour la nuit*.

—¿Qué hacés, Jean-Luc? ¿Incomprometido?

—¡Libre como un pajarito, Coca de mi alma!

—¡Y con lo que me gustan los “pajaritos”! —y largó la carcajada, aunque en tono bajo.

Era prudente, una de las cualidades suyas que me la hacían simpática. La agarré de la mano y me la llevé a un sitio más recoleto..., lo más alejado posible de Hotro y de sus sofismas.

—¡Huy! —exclamó ella en un susurro, al rato—. ¿Por qué dirán que los intelectuales son alfeñiques?...

—¡Modestamente!... —y le amagué un mordisco a la orejita izquierda.

Hay instancias de la vida, creo, en que las Humanidades deben cederle el puesto a lo humano a secas. Horas más tarde, en el silencio sepulcral previo al amanecer —cuando al instinto se le antoja que el Universo vacila al borde mismo de alguna imprevisible infinitud, y la reiniciación del ciclo cotidiano admite dudas—, me pareció escuchar un sonido del todo incongruente. Agucé el oído.

¡Era cierto! A mi lado, la Coca roncaba como una bendita (aunque su natural discreción la restringía a un sordo rumor acompasado), y en las inmediaciones nadie más parecía velar... Sin embargo, yo percibía claramente el sonido de un *llanto*. Sofocado, apenas audible..., pero infinitamente conmovedor en su lastimera desesperanza.

Me incorporé, pero fue inútil. Estaba demasiado oscuro como para discernir formas; y yo no llevaba ni siquiera un encendedor encima... No obstante, sin saber por qué, tuve la certeza de que quien sollozaba era Hotro.

Aquella idea me hizo estremecer, allí, en las sombras, bajo el peso caliente de la muchacha dormida.

Ya al despertar, en aquel día radiante, supe que algo grande, algo bueno y maravilloso, me iba a pasar... Sentía que dentro de mí la primavera burbujeaba, con todo su paquete de sol tibio y mariposas multicolores. No podía contener más las ganas de reír, de cantar, de bailar sola... Salté de la cama, y el espejo acogió amablemente mi imagen.

Sé que no soy fea. Tengo los ojos celestes y grandes, el pelo largo y rubio, y muy buen color también. Y hay alegría en mí, excepto en esos momentos en que los recuerdos... ¡Pero, gracias al Cielo, ya terminó la estación de la melancolía!

Fue un otoño desmesurado... Años enteros de desconsuelo, atemperado, sin embargo, por una esperanza que no quería desvanecerse, porque provenía de la certeza que se arraigaba en lo más hondo de mi corazón. Ese convencimiento, esa fe ciega en que *volvería* a encontrarlo algún día, fue lo que impidió, sin duda, que la tristeza terminara por abatirme.

Y aquella mañana encantada pude confirmar que había hecho bien en mantener siempre encendida la llamita..., porque fue entonces que él reapareció.

Nadie me lo señaló —en realidad, inexplicablemente, todo el mundo pareció siempre empeñado en ocultármelo, ya que por alguna razón no acaban de entender mis verdaderos sentimientos—; yo lo *supe* al momento de verlo, sin sombra de duda.

¿Qué madre dejaría de reconocer a su propia carne y sangre?

...Bajé canturreando las escaleras, y la empleada me saludó con su mejor sonrisa; tan cariñosa, que no pude hacer más que correr hacia ella, abrazarla fuerte, fuerte, y darle un beso muy grande.

—¡Buenos días, Marta! ¡Qué mañana sensacional!

—Buen día, Mary Jane. ¡Pero qué buena moza te veo, nena!

—¡Ay, gracias, mi amor!... —le pasé un brazo alrededor del cuello y apreté hasta casi ahogar a la pobre mujer—. Decime, ¿te gustaría que te contase un secreto? ¡Y si no, te lo cuento igual, porque reviento por decírselo a alguien!

Sin hacer caso de sus protestas ante mis embates, le susurré al oído:

—Tengo el presentimiento de que hoy va a ser un Gran Día... ¿Y a que no adivinás por qué?

Me ahogaba de risa; no me salían claras las palabras, pero la bendita Marta estaba dotada de un caudal de paciencia más grande que los Siete Mares, todos juntos... ¡No sé qué haría yo sin esa santa, Dios mío!

—*Hoy él va a regresar* —murmuré, haciéndole cosquillas en la oreja con mi pelo.

Ella sacudió la cabeza, con aire de estar muy malhumorada.

—¿Quién va a regresar? ¿El sinvergüenza de tu hermano?... ¡Pagaría por saber en qué andurriales estará en estos momentos! ¡Puf!

—No, boba... ¡No estoy hablando de Mateo!

La sentí ponerse rígida. Su mirada se desvió de repente.

—Ah, ¿no hablabas de tu hermano? ¡Pues te juro que no puedo imaginarme...!

—*¡Él*, pedazo de sonámbula vieja! ¡Mi *hijo*! ¡Hoy es el día, lo sé, estoy segura!

—Eh... Sí..., a lo mejor, quién te dice...

—¡Yo lo digo! —Me separé de ella, con un mohín de falso enojo—. ¡Aguafiestas cascarrabias! ¿Vas a tratarme igual que mamá?

Me di cuenta de que hacía lo que podía por no disgustarme, pero el alborozo mío no se le reflejaba en los ojos.

—¿No será que te dejás llevar por esa imaginación tuya, nena?... —insinuó.

—¿Y qué, si fuera? —la desafié, en broma—. ¿Qué hay de malo con la imaginación, a ver? ¡Prefiero mil veces ser imaginativa a ser una pesimista crónica como tú, viejita boba!

—Seré pesimista —se emperrió—, pero también soy muy cuerda. ¡Ay, qué bien les caería un poco de cordura a algunas chiquilinas fantasiosas que conozco yo!...

Volví a pegármele, y le hice unos cuantos de esos arrumacos que más la ablandaban.

—Por favor..., Martita linda, ¡no me retes más! ¿No te da pena, en una mañana como esta?

—Entonces corrí a desayunarte, ¡que buena falta te hace, flacucha!, en vez de perder el tiempo en cosas descabelladas... —me gruñó, sin dar el brazo a torcer.

La castigué con media docena de besos enganchados; cuando la tuve hecha una crema, la provoqué otra vez:

—¡Ya vas a ver quién tenía razón!

Porque seguramente Marta me pinchaba, como de costumbre, por el solo gusto de verme rabiar... Pero, queriéndonos tanto, ¡qué me iba a engañar! ¡Como si no supiese yo que todo era un juego!

Dando saltitos crucé la sala y fui al comedor de diario, donde papi & mami compartían el cotidiano fracaso de dulcificarse las caras a fuerza de té edulcorado y mermeladas sintéticas.

Apenas si nos saludamos... Claro que me dolía la situación de tirantez creada en la familia; pero no encontraba forma de comunicarme con ellos. ¡Enclaustrados siempre en sus convicciones arcaicas y sus creencias perimidas!... Ya no conseguían enfurecerme, sin embargo.

Comprendía que sus razones, aunque por completo oscuras para mi entendimiento, debían estar enclavadas en alguna especie de cariño; posiblemente, solía decirme a mí misma, no deseaban sino lo que les parecía mi bien, y llevados por tan sana intención...

*¡Con ese buen propósito me habían separado de mi hijo!*

No, admití, con intensa congoja. Aun en esta mañana sin igual, me es imposible perdonárselo.

—¿Está rica la mermelada, Mary Jane? —inquirió mami, encaramada en la empalagosa solicitud de costumbre—. ¡Mirá que no es reciclada, nena; es de la cara!

Yo estaba dándole fin a la tostada número cinco, rebosante de aquella sustancia viscosa y dulzarrona; así que la pregunta de mami no se justificaba. Pero la contesté, aunque más no fuese por mantenerme en el plan de corrección formal que me había trazado desde el comienzo..., y también, es cierto, porque en aquella mañana tan especial me sentía con ánimo de contentar a todo el mundo.

—¡Una exquisitez! —le dije.

Papi se levantó de la mesa. Tosió brevemente; enseguida se disculpó:

—Se me está haciendo tarde, y...

—*¡Óscar!* ¿Ya andás otra vez a las corridas? ¿En qué habíamos quedado?

—Me esperan para una junta urgente... Y no quieren virtual: debe ser en persona — Se encogió de hombros; el beso que esbozó en dirección a mami resonó a bastante distancia de los rizadores de ella. A mí me saludó con la mano—. Hasta luego, nenita.

Huyó. Por cierto que lo entendí.

Mami era mejor actriz. Se atrincheraba tras una barricada de convencionalismos para diluir en parte la evidencia del conflicto familiar. Él, en cambio, no tenía ese don de difrazar sus sentimientos con tanta facilidad, de manera que optaba por refugiarse en “los negocios”... ¡Pobre papá! Creo que no dependió de él la tremenda decisión de quitarme el hijo. La voluntad de mami, y sobre todo la de los abuelos, debió de imponérsele, y ahora se avergonzaba de mirarme de frente... ¡Sí que lo entendía!

...Pero aquella mañana en particular, quiso el destino que las cosas se presentasen en forma atípica. Papá reapareció en el comedor; y traía en la cara una expresión que incluía un revoltijo de emociones diversas.

—¡Wilma! ¡Mary Jane!

—Ay, Óscar, por *Dios*... ¿Qué es lo que pasa ahora?

—¿A que no se imaginan quién volvió?

El corazón se me salía por la boca. ¡Me daba cada golpes en el pecho, que me hacía temblar como una epiléptica, o cosa así! ¡Si eso se prolongaba me moría!... ¡Dios del Cielo! ¿Sería que...?

—¡Mateo! —exclamó papi, en tono triunfal—. ¡Al fin se nos aparece Mateo! ¿Estás contenta, Wilma? ¡Volvió el hijo pródigo!

—¡Óscar! Por el amor de Dios, ¿cómo me das estos sustos? —Mami saltó de la silla, con riesgo para los rizadores—. ¿Será posible? ¿Será posible, digo, que ese hijo mío esté aquí y no haya venido corriendo a saludar a la madre?... ¡Pero, Óscar, bendito seas, no te quedes ahí como pasmado, hombre! ¡Hacelo entrar!...

Papi la detuvo por ambos hombros; un ademán que en los últimos tiempos no le había visto usar con ella. Mami agrandó los ojos y puso la boca en “O”.

—No viene solo, Wilma —y papi sonrió—. ¿Querés que la visita te encuentre en *négligée* y ruleros?

Mami se agarró la cabeza y dejó escapar un pequeño quejido. Yo me paré con lentitud. Sentía toda la piel erizada, y estaba segura de haberme puesto blanca como harina.

—¿Pero a quién se trajo? —se escandalizó mi madre—. ¡Óscar!... ¿No nos habrá hecho la barrabasada de...?

Papi largó la risa.

—¡No, no te asustes! ¡No vuelve en pareja con ninguna fulana! Es un joven el que lo acompaña..., y bastante seriecito y formal, a lo que parece.

—Pero, ¿de dónde viene? ¿Dónde pasó todos esos meses? ¡Ay, si yo te digo que ese hijo me va a matar!... ¡Qué desgracia que tuvimos con los hijos, Oscar! ¡Te juro que no...!

El la tomó de un brazo, quizás con más vehemencia de la requerida.

—¿No vas a subir a arreglarte?

—Sí..., sí, enseguida —y mami salió huyendo, no sin una furtiva mirada hacia mí.

—¿Con quién vino Mateo, papá? —Me clavaba las uñas en las palmas para conservar firme la voz—. ¿Lo conocés?

—No... Jamás lo había visto. ¡Vaya a saber para qué lo trajo el inconsciente ese de tu hermano!

—¿Están..., están en la sala?

—Sí, pero...

Ya me había dominado hasta el límite. ¡Ahora tenía que salir de dudas de una vez!

—¡Iuujuu, Mariján! ¿Cómo está mi hermanita querida, eh?

Ni oí el saludo alegre de Mateo. Me quedé en el umbral de la sala, sin conseguir mover un solo músculo. Hubo un rebalse en mis pestañas, y se me empaparon las mejillas.

—*Ya lo... sabía* —logré musitar al fin.

Estaba allí, de vuelta, claro, como siempre tuve la certeza de que ocurriría... Alto, buen mozo, tenía los ojos más bonitos y luminosos que jamás viera, y una boca tan dulce... Llevaba ropa un poco extravagante; pero a él le sentaba divinamente.

Se me escapó un gemido. Cuando me oyó, él se volvió hacia mí. ¡Ya nunca olvidaría aquella mirada!

—¡Pero, Mariján! ¿Qué tenés?

De pronto estaba parada sobre un mar agitado, las cosas tremolaban a mi alrededor, el aire se convirtió en grasa y un manto oscuro me cayó encima...

...Una cosa fría me tocaba la frente. Abrí los ojos.

—¿Te sentís bien? ¡Te habías desmayado!

—¿Mateo...?

—¿Qué te pasó, Mariján? ¡Nos diste un susto...!

Ardía en fiebre, o eso me parecía... Me incorporé en el diván donde me habían colocado, y retorcí el cuello en todas direcciones.

—¿Dónde...? ¡Ah!

El continuaba allí. ¡Era *de verdad*..., no otro sueño como los anteriores! Sonreí y sollocé al mismo tiempo, y le eché los brazos al cuello a mi querido hermano.

—¡Tenías que ser tú el que me lo trajese de vuelta!

—¿Eh...?

—¡Gracias, gracias, Teíto de mi alma! —Tres besotes le di, y casi lo muerdo.

—Mariján, la verdad, yo no...

—¿Pero por qué no me avisaste antes, eh, malo? ¿Por qué me diste esta sorpresa que casi me infartás? ¿Gozás martirizando a tu pobre hermanita, muchacho cruel?

Lo apretujé, besándolo repetidamente. Luego me separé de él, para arrojarme de cabeza hacia la culminación de mi vida...

—¡Hijo! ¡Hijo mío querido! ¡¡Volviste!! ¡¡Volviste a tu madre!!

Y caí en los brazos de mi niño..., ¡mi niño grande, que por fin había encontrado el camino de regreso!

—¡Ya no volverán a separarnos! ¡Nunca jamás!

Sin aflojar mi presa, giré la cabeza para rugir:

—¿Me oyeron? ¿Me oyeron bien, todos? ¡¡Quiero ver quién es el que se atrevería a arrebatármelo otra vez!!

—Mary Jane...

Papá se nos había reunido. Traía una luz rara en los ojos, que no acerté a interpretar, y la voz le sonaba ronca y vacilante.

—Hija, ¡hijita!, no creo...

Lo enfrenté como una tigresa, siempre aferrada a mi hijo, las mejillas como fuego y el corazón desbocado.

—¡¡No, papá!! ¡¡Otra vez no me lo roban!! ¡No los voy a dejar repetir aquella infamia! ¿Me escuchaste? ¡Es mi *hijo*! ¿Te das cuenta? ¡Un pedazo mío, que me amputaron, y ahora está de nuevo conmigo! ¡Van a tener que cortarme con una sierra para sacármelo! —jadeé, con lágrimas en los ojos—. ¿Entendiste? ¿Entendieron bien, todos?



Me hacía feliz contemplar nuestros reflejos en la pared azogada de la sala.

En medio de mis dos amores, mi hijo y Mateo, con el brazo de aquel enlazado al mío —habría hecho otro tanto con mi hermano, ¡pero él era siempre más huraño!...—, sentía que mi vida estaba floreciendo al fin.

¡Qué buen mozo era mi hijo!... No me cansaba de mirarlo. Papi y mami, a pesar de su capa de cosmético, cyboliftings y demás, no lograban disimular el contraste de sus ajados semblantes con la lozanía que rebosaban nuestras caras.

—No nos vamos a separar nunca más en la vida —le susurré a mi hijo—. ¡Ni un milímetro de aire entre los dos, oíste!

Se volvió para sonreírme (¡tenía tan dulce la sonrisa que me derretía toda cuando me dedicaba una!) y meneó la cabeza varias veces.

Yo sabía que papi no iba a poner más problemas... Porque un rato antes se había llevado a mi hijo al estudio y se habían pasado una buena media hora hablando a solas. ¡Ya me imaginaba de qué!... Sin duda alguna, mi padre se habría disculpado por la tremenda injusticia que un puñado de tristes convencionalismos, a los que no atinó a resistirse, le había empujado a cometer años atrás.

Y ese hijo mío, tan noble, tan generoso como lo proclamaban sus ojos limpios y puros, por descontado que habría convenido en olvidarse del asunto y perdonarlos a todos... Nadie tuvo que molestarse en explicarme nada; pero cuando terminaron y volvieron con los demás, noté una expresión distinta en la cara de cada uno de ellos..., y también en la de mamá, que con seguridad tuvo que intuir lo que había ocurrido entre los dos.

Luego, papá —presumiblemente llevado por el afán de diluir cierta tensión que aquella “reunión secreta” no pudo sino suscitar entre nosotros— sonrió a mi hermano Mateo.

—¡No sabés que contento estoy de verte en casa de nuevo! —le dijo.

—¡Y nada menos que trayéndomelo a este! —resplandecí, empeñada en otro intento de besuqueo, que mi hermanito (¡el eterno tímido!) rehuyó como de costumbre—. ¡Qué feliz me siento! ¿Y tú, hijo..., feliz de estar con tu mamá?

—Viéndote feliz a ti —me dijo él—, claro que también lo soy.

Bajo la acogedora luz ámbar de la sala (*¡le dernier cri* de la decoración moderna!), sentí que adoraba todo lo que me rodeaba, aunque, inexplicablemente, antes lo había

detestado... Los muebles inflables, los murales tridi y el seudocésped del piso: ¡cómo se transformaba en un paraíso toda aquella cursilería, solo por obra de la presencia de mi hijo!

—Veo que te has formalizado bastante, ¿eh? —observó papá, aludiendo al nuevo “look” de Mateo..., tan diferente del *teen-ager* desaliñado que dejara el hogar hacía un par de meses.

—¡Qué crimen..., con aquellos mechones tan preciosos! —se lamentó, en cambio, mami—. Está bien que no te vistas más de “fuckie” —él trajo puestos una camisa blanca, un suéter de colores discretos, pantalones lisos y zapatos sin cámara de aire—, ¡pero no tenías por qué raparte de ese modo, nene!

—No estoy rapado —se defendió Mateo, aunque haciendo gala de una calma muy distante de la agresividad permanente que siempre había caracterizado su relación con mamá—. Ni tampoco soy ningún nene..., ¡ya hace bastantes años de eso! Hací el bien de tenerlo en cuenta.

—¡Ay, bueno!... Es que, para una madre, los hijos siempre siguen siendo chiquitos, y... —se cortó de súbito, ruborizada.

¡Sin duda comprendió que se estaba excediendo! ¡Esta mami mía!... Aun en los momentos más cruciales, tenía que salir con una de las suyas...

Papá tosió.

—¡Me atrevería a apostar que el prodigio se lo debemos a la influencia de tu amigo! —le dijo a Mateo. Y, mirando a mi hijo—: ¿O me equivoco, joven?

—El toma sus propias decisiones —sonrió mi adorado.

—¡Y lo que decidí ahora es seguir en todo el ejemplo de Hotro! —declaró, entusiasmado, Mateo, en tanto envolvía a mi hijo en una mirada de arrobamiento que me conmovió—. Solo me falta un detalle: ¡la corbata!... ¿Querrán creer que no encontré quien me vendiera una por ningún lado? Oíme, viejo: ¿no habrá alguna entre las cosas que dejó la bisabuela?

—La verdad que no tengo idea... A lo mejor, tu madre...

—¡Santo Dios! —se escandalizó ella—. ¡Ni pensar en tocar esas cosas!

—Te lo pido por favor... ¡Quiero usar corbata!

—¿Tan importante es? —sonrió papi; y agregó, dirigiéndose a Hotro—: Veo que tú llevás una..., esteee..., ¿cómo era tu nombre?

—¡Hotro! —intervine, pues aunque era la primera vez que había oído un nombre así, ya no lo olvidaría jamás—. ¡Mi hijo se llama Hotro!

—Es un nombre... poco común —Papá se rascó la barbilla—. ¿Se escribe así..., como suena, nomás? ¿“Otro”?

—No —corrigió Mateo—. Empieza con hache.

—¡Jamás en mi vida...! ¿De qué origen es?

—¡Ay, papi! —interrumpí—. ¿Por qué cargoseás así? ¡Mucho más útil sería enterarnos de cómo fue que Mateo y él se conocieron!

—Casualidad —declaró mi hijo—. Una casualidad sumamente afortunada, por cierto... Mateo y yo nos sentimos hermanos desde un principio.

—Lo que no se duda es que has resultado muy buena influencia para este chico, si por fin se le ha curado esa manía suya de vagabundear... —Papá se volvió a Mateo—: ¡Porque me imagino que no estás pensando en dejarnos otra vez!

—Si volví fue porque Hotro me convenció de que volviese —confesó mi hermano—. Yo..., al principio, no quería.

Papá le tocó el brazo a mami, que por una vez parecía menos charlatana que de ordinario:

—¿No decía yo que este joven es muy buena influencia para Mateo?

Ella demostró algún sobresalto, como si le hubiesen interrumpido el hilo de sus pensamientos, y le contestó, un poco atropellándose:

—¡Ah, sí!... Sí, claro..., obviamente, querido.

—De manera..., Hotro, que tenemos que agradecerte un montón... ¿Cómo te las arreglaste para persuadir a este cabezón? —preguntó papá, en son de broma—. ¡Porque mirá que cuando el hombre se emperrea en algo, ni Cristo bendito me lo saca de ahí!...

Solo mi hijo sabía sonreír de la manera en que sonrió al responderle a papá:

—El se persuadió a sí mismo. Lo único que yo hice fue encaminarlo.

—¡Que es mucho más de lo que yo pude lograr en diecinueve años!... ¡Vas a tener que pasarme la receta!

Mamá intervino:

—Este tenía no sé qué intenciones absurdas, de renunciar a todos los privilegios propios de su condición... ¡Y todo por unas ideas de lo más ridículas, que no sé quién le habrá metido en la cabeza, y...!

—Podés dejar de angustiarte, mamá —le aseguró mi hermano, con breve sonrisa—. Ya dejé todo eso de lado. ¡Hotro supo hacerme ver la realidad!

—¡Porque él sí tendrá la cabeza en su sitio! ¡Bravo, joven!

—Hotro me enseñó que no se debe dar la espalda a lo que uno es —prosiguió Mateo, en voz baja y cavilosa—, sino que, al contrario, hay que *asumir* la propia naturaleza, con todo lo que ella implica.

Recosté la cabeza en el hombro de mi hijo, apretándole el brazo con cariño.

—¿Te hacés una idea de lo que te quiero? —le dije, tan bajito como para que solo él me oyera.

—Eso que dijiste está magníficamente expresado —opinó papá—. ¡Es un concepto maduro, hijo!

—Se ve que el joven es más hombre que el nene —apuntó mi madre—. Debe de llevarle sus buenos cinco o seis años, si no me...

Vi que papá fruncía el ceño y observaba a mi hijo con cierta insistencia... De repente, una sensación de horrible malestar me empezó a invadir. Me puse muy pálida y el estómago se me retorció hasta causarme náuseas.

—¿Qué edad tenés?... —oí que papá le preguntaba a Hotro—. Tu cara y tu figura son bien de joven, ni duda cabe; pero mirás de una manera...

—¡Basta! —estallé. Sin control sobre mis acciones, me levanté de un salto—. ¿Por qué todos se empeñan en hablar de esas cosas? ¿Por qué? ¿Por qué?

Y se me empapó la cara en lágrimas, y el corazón casi me ensordecía...

—¡Mary Jane! —suplicó mamá—. ¡Criatura, por lo que más quieras, acordate de las recomendaciones del doctor Fossatti!... ¡No te hace nada bien agitarte así, mi santa!

Se apoderó de mí, me obligó a sentarme, me llenó de caricias y me parloteó hasta que le parecí más calmada.

—Nadie quiso molestarte, nenita —la apoyó papi, en un tono ligero, encaminado sin duda a superar el mal momento—. ¿O es que por un simple malentendido vamos a permitir que se estropee un día tan feliz como éste? ¡Vamos, Mary!... ¿Qué va a pensar tu hijo, eh?

—¡No me gusta que se hable de edades y cosas como esas!... —lloriqueé aún, aunque ya medio dispuesta a olvidarme de todo—. ¡Ustedes saben muy bien... que no... me gusta!

—¡De acuerdo! —proclamó papi, festivamente—. Punto y aparte. ¡Tema tabú! ¡Veda absoluta de tocarlo! ¿Quedó claro? ¡A otra cosa, pues!

Y con aquello se resolvió la ingrata situación. Sé perfectamente que no tenía que haberme exaltado de aquel modo, pero es que algunas veces siento algo tan raro en la cabeza, que me saca de mis cabales, sin mayor motivo... ¡Debió haber sido a causa de

la emoción de aquel reencuentro, después de haber pasado tanto, tanto tiempo anhelándolo!

.....  
**NO ACABO DE CONVENCERME.**

**SÉ BIEN QUE ES UN PROPÓSITO DIFÍCIL DE LLEVAR A CABO..., PERO HARÉ CUANTO ESTÉ EN MI MANO PARA CUMPLIRLO.**

**¿TIENES UN PLAN? ¿HAS PROGRAMADO UNA ACCIÓN DETERMINADA?**

**NO POSEO BASTANTE INFORMACIÓN COMO PARA DESARROLLAR UN PROGRAMA DE SUFICIENTE CONFIABILIDAD. TENDRÉ QUE IMPROVISAR SOBRE LA MARCHA. PERO EXISTE UN PRINCIPIO ETERNO E INMUTABLE, QUE HA DE REGIR AUN SOBRE ESFERAS DE REALIDAD TAN GROSERAMENTE DESVIRTUADAS POR EL VELO DE LA MATERIA COMO EL MUNDO DE ELLOS: ES EL PRINCIPIO DE LA VIBRACIÓN UNIVERSAL... LA ÚLTIMA REALIDAD QUE TODAS LA CONCIENCIAS DEL COSMOS ESTÁN EVENTUALMENTE DESTINADAS A INTEGRAR...**

Oleadas de índigo, progresivamente oscurecido por un tinte bilioso, enturbiaron el azul piedra de Uhuo.

**¿TODAS LAS CONCIENCIAS? ¿AUN LAS DE... ELLOS?**

**EMPLEARÉ TODOS LOS MEDIOS A MI ALCANCE. ME VALDRÉ DE SUS MISMAS DEBILIDADES PARA ENGENDRAR LA FUERZA REDENTORA. DEBO LLEGAR A ELLOS.**

**¿PERO TE DEJARÁN ALCANZARLOS?**

**SI LOGRO INTERPRETAR SUS MOTIVACIONES, LOS OCULTOS RESORTES QUE ANIMAN SUS ACTOS, ENTONCES ME SERÁ POSIBLE USARLOS COMO CUADRA A MI DESIGNIO.**

**¿ENGAÑARÍAS, INCLUSO? ¿ASUMIRÍAS UNA FALSA ACTITUD ANTE SUS OJOS?**

Hubo un chisporroteo de oro sobre el fondo gualdo de Hotro.

**NO PUEDO ENGAÑAR. EN TODO CASO, ES POSIBLE QUE SEAN ELLOS QUIENES LLEGUEN A ENGAÑARSE A SÍ MISMOS. LA FALSEDAD, DEBES SABERLO, NO FORMA PARTE DE NUESTRA ESPECIFICIDAD VIBRATORIA. SOLO NOS ES DADO VIBRAR EN EL SENTIDO IMPUESTO POR NUESTRA PROPIA Y ÚNICA REALIDAD... LAS FACETAS DEL "MAL" —TAL COMO ELLOS LO CONCIBEN— NO RESULTAN COMPATIBLES CON NUESTRA CONSTITUCIÓN BÁSICA. DE CONDENSARSE NUESTRA VIBRACIÓN, COMO LA SUYA, EN CUERPOS MATERIALES..., SI FUÉSEMOS COMO ELLOS SON, INCONSCIENTES DEL PRIMER PRINCIPIO UNIVERSAL...**

**PERO SÍ TENDRÁS UN CUERPO MATERIAL...**

**SOLO EN SUS ESTRATOS EXTERNOS. JAMÁS SERÁ LO MISMO. EL ÉTER NO VOLVERÁ NUNCA, EN EL TRANSCURSO DE LA ETERNIDAD, A ESPESARSE EN MATERIA... SOLO VESTIRÉ UN DISFRAZ.**

**¿COMPARTIRÍAS SUS SENSACIONES, SUS... APETITOS INCLUSO?**

**SOLO EN LA FAZ MECÁNICA. NUNCA EN LA SUSTANCIA VIBRÁTIL QUE NOS ES PROPIA Y EXCLUSIVA, Y DE LA QUE JAMÁS, NI VOLUNTARIAMENTE, CONSEGUIRÍAMOS DESPRENDERNOS.**

**¿SIQUIERA APRENDERÁS A PENSAR EN SUS TÉRMINOS?**

**...TEMO PROFUNDAMENTE EL INSTANTE EN QUE ME VEA ACOMETIDO POR EL TORBELLINO DE ESAS CONCIENCIAS SALVAJES, LABERÍNTICAS... ESTOY ATERRADO.**

**¿PERO A PESAR DE TODO, IRÁS? ¿TE ENFRENTARÁS A TAL HORROR?**

**IRÉ. ALGUIEN TIENE QUE HACER ALGO POR ELLOS.**

.....  
—¿Dijiste que le estabas agradecido a Hotro, no es así, papá?

—¡Cómo no, Mateo! ¡Infinitamente!

—¿Harías algo por él? —insistió mi hermano.

Papá se puso a caminar entre nosotros, como hacía siempre que no quería dejarse sorprender por alguna artimaña. Según se decía —eran chismes de mi querida Marta—, papá tenía fama de zorro viejo para los negocios, y gracias a esa cualidad se había labrado la posición que hoy ocupaba.

—Dentro de lo razonable... —contemporizó él.

—¡Estoy asumiendo mi lugar en la vida..., como hablábamos recién! —exclamó Mateo—. ¡Y mi lugar es ser tu hijo, y tener derecho a que me ayudes cuando te necesito!... ¿O acaso no es cierto?

—¡Muy cierto! Pero... me pedías algo para tu amigo, no para ti.

—Hotro y yo somos lo mismo —repuso mi hermano, con sencillez desarmante.

Sin abandonar su sonrisa afable, papá ocupó una silla neumática, junto a Mateo.

—A ver, a ver... ¿Me explicás eso?

—El, yo, y unos cuantos más, compartimos las mismas ideas —manifestó mi hermano—. Y tenemos la misión de propagarlas..., a todo el mundo.

—¿Alguna doctrina nueva? —Mamá puso cara de inquietud—. ¡No será como la de esas sectas que...!

—No se trata de doctrinas —intervino entonces Hotro, grave—. Es nada más que un pensamiento, pero uno que posee vigencia universal. Una forma de apreciar la realidad tal como esta es, sin velos.

Papáladeó la cara, sin poder ocultar una mirada suspicaz.

—¿Andan buscando fondos...? —insinuó.

—¡Papi! —le reproché—. ¡No tenés derecho a presuponer!

—Precisamente para no “presuponer”, como decís, es que me procuro más información —contestó él—. Mateo: tú acabás de pedirme alguna colaboración para este buen amigo tuyo... O para ambos, si es que interpreté correctamente lo que decías. De acuerdo. ¿Qué es, en concreto, lo que pretenden?

—Vos estás vinculado a *Omninet*, ¿no?

—Trabajo para una Multi que anuncia en las cadenas, es cierto; pero de ahí a...

—¡Vamos! ¡Si son los principales sponsors! Una vez, me acuerdo, te oí decir que *United Atoms* representa la mejor inversión para *Omninet*... ¿O acaso no es verdad que, valiéndose de un puñado de Multis similares a la tuya, *Alternet* se alzó con el monopolio de las emisiones SATV y liquidó a los cables y a las multiseñales? ¡Si eso no es tener el mundo en un puño!...

—Bien: supongamos que estoy en posición de ejercer alguna influencia... ¿Me están pidiendo que les consiga un *espacio* para...? —Se echó a reír con suavidad—. ¡Como broma no está mal!

—No tengo la más mínima intención de bromear —avisó Mateo.

—¡Pero, muchacho de Dios! ¿Te hacés una idea de lo que estás pidiendo?... Así, *grosso modo*, te puedo asegurar que se manejan más de quince millones de solicitudes diarias, provenientes de los seis continentes (¡y hasta de BASPACE!), dirigidas a *Omninet* para aspirar a un espacio de apenas ocho minutos dentro de la programación anual... ¡Sé de buena fuente que acaban de rebotar al Presidium de Iranac, nada menos! ¿Y en serio te imaginás que cabría la más remota posibilidad de que ustedes...?

—¡Iranac no le abrió todavía las puertas a ninguna filial de *United Atoms*!—observó Mateo.

—Dije Iranac como pude decir... ¡un billón de otros ejemplos! Todo está programado..., ¿te das cuenta?..., con una anticipación de media década. ¡No queda sitio ni para un comercial subliminal hasta pasados los próximos cinco años! ¡Un *lustro*! ¿Entendés bien lo que te estoy diciendo? ¡Todo computarizado! ¡No se “persuade” al software, nene!

—No fue eso lo que te oí decir por visífono, cosa de seis meses atrás...

Papá se sobresaltó.

—¿Eh? ¿De qué me estás hablando? ¿Visífono?...

—Escuché sin intención —aclaró Mateo—. Descolgué el tubo de mi cuarto, justo cuando hablabas con un tal Hirschfield, creo, de *Omninet*, y te oí pedirle...

—¡Ah, sí, sí, sí! ¡Ya me acuerdo!... ¡Pero debe de hacer bastante más de los seis meses que decís! —Papá, sin motivo aparente, se había puesto encendido de cara, y hablaba más rápido que de ordinario. Vi que mami lo observaba con fijeza, pero él no miraba en dirección de ella ni por casualidad. ¡La edad los pone medio maniáticos, sin duda!

—Bueno —siguió mi hermano, como si tal cosa—. El hecho es que la chica en cuestión consiguió que le grabaran el clip (lo sé porque después vi el programa, y era la misma pelirroja de la holofoto que tenías vos); ¡y no esperaron cinco años para emitirlo, sino un par de días después de que vos la recomendaste..., así que por lo visto *hay* excepciones, ¿no?

—No estaba enterada de eso, Óscar —comentó fríamente mamá.

—¡Ahh! —Papi hizo un ademán displicente—. ¡Ese es un caso completamente distinto! ¡La chica aquélla era ahijada de uno de los Ejecs, y ellos disponen de una cuota libre de espacio para utilizar como les venga bien! Yo lo único que hacía era recordarle a Hirschfeld que el señor Feuerstein...

—¡*Feuerstein!* —saltó Mateo—. ¡Ya sabía yo que tenía el nombre en la punta de la lengua! ¿No fue él que estuvo acá aquella vez que mamá había llevado a Mariján a la chacra, y nos invitó a ir con él a...?

—¡Sí, sí, el mismo! —interrumpió papá. Sonrió con una mueca, y añadió—: Sabés, ahora que me hiciste pensar en Feuerstein..., ¡quién sabe si no sería justamente el hombre indicado para lo tuyo!... No te puedo prometer nada, claro; porque lo que te explicaba hace un rato es ni más ni menos que como te lo dije; pero podría ser que Feuerstein..., si lo podemos convencer...

—Basta con eso —aseguró mi hermano—. Hotro se encargará de convencerlo.

Papá se golpeó los muslos, señal de que estaba en un aprieto.

—¡Está bien! Como te quiero ver contento, voy a hacer la prueba. ¡Pero es obvio que no puedo presentármele a Feuerstein así como así, de golpe y porrazo, para decirle que preciso un espacio de media hora, esta misma semana si es posible, porque un hijo mío y su amigo quieren salir por la Globenet!... ¡Se me ríe en la cara! ¿Con qué cuento le voy a caer?

—¿Cuento? —Mateo brincó de su asiento y se abalanzó sobre nuestro padre y lo agarró por los brazos, arrugándole la chaqueta imitación guepardo. Estaba tan sobreexcitado que lo zamarreaba—. ¡No hay cuento ninguno! ¿Sabés que hace tres días me dieron un fierrazo en el cráneo que por poco me lo raja?



—¡Nene, por Dios!... —Mami se apretó la boca con las manos para sofocar un grito—. ¿En qué te metiste, inconsciente?... ¿Estás bien curado, estás seguro de que no te quedó...?

—¡Sí! —casi rugió mi hermano—. ¡Estoy perfectamente bien! ¡Como nuevo, mamá!... ¡Y eso que fue un “crushman” de la UA el que me sacudió..., un tipo entrenado para reventar cabezas! Y ya me ves, mamá: ¡tan pimpante! Decime, viejo — le apostrofó a papi—: ¿eso te sonó a *cuento*?

Papá no hizo más que menear la cabeza, mudo.

—No acabo de entender —murmuró, al rato—. ¿A qué viene esa acotación tuya?

Mateo lo sacudía por los hombros. ¡Ese chico ya estaba totalmente descontrolado!

—¡Fue Hotro el que lo hizo! —exclamó—. ¡Hotro!

—¿Hotro? ¿Que hizo qué? No capto lo que...

—¡Él *quiso* que yo me pusiera bien! ¿Entendés, papá? ¡Por eso no me quedó ni rastro del golpazo!

—Él... —Papá señaló a mi hijo con un índice trémulo—. ¿Él te curó?

Mateo negó con la cabeza; volaba de impaciencia.

—¡No, papá! ¡No es algo tan craso como curanderías!... Él *eliminó* el golpe. ¿Podés entender una cosa como esa?

—No. —Papá hizo enérgicos signos negativos, a su vez—. No puedo. ¡Ni siquiera lo creo, si te digo la verdad!

Mateo suspiró, aflojándose.

—Está bien, Hotro —dijo—. *¡Ya veo que vas a tener que repetir el numerito del oro!*

Segunda Parte

# Epístolas y Documentos

---

DE: BOULANGER, OSCAR — COMISIONADO DE ENLACES SAD1987003

A: HILARIO FEUERSTEIN — JEFE SAD-1 [Pen-drive]

¡Hola, Hi! Espero que ya estés recuperado de tu última francachela, viejo... Te molesto con este audio para darte los detalles del arreglo que te anuncié por e-mail.

Creo que hemos dado con el hallazgo del siglo (¿o habrá que poner “del tercer milenio”?)... Este tal Hotro es Sensacional, con “ese” mayúscula. ¡Justamente lo que precisábamos para la programación off temporada!

¡Sí, sí, sí; ya sé! No te molestes en recordármelo: el Vejete Inútil ya tiene su consabido proteyé..., ese líder de los drogómanos, del grupo “Barabbas”, o como se llame... ¡Pero no hay que afligirse! Los meloácidos ya están saliendo de onda...; es estadístico. ¡La última Omnigallup canta! No, ¡lo que traigo yo es de verdad nuevo! ¡Hasta el V.I. va a terminar por convencerse!

Supongo que viste bien el attach que te puse... Solo con mirarle la cara, uno se da cuenta de que el individuo va a calzar la órbita. ¿Te hacés una idea del efecto que va a tener ese “look *demi-siècle*”?... Y después está lo otro, viejo. Lo fundamental: el elemento místico de la cosa. ¡Vos no ignorás cómo prende eso en los tiempos que corren! ¡Con la desesperación que hay por evadirse!...

Opino que dimos ni más ni menos que con eso que tanto buscábamos..., ¡y flor de desorbitados que seríamos si lo dejamos escapar! Máxime cuando no nos va a representar más que los gastos de producción, porque, ¡agarrate, viejo!, el hombre *se niega a cobrar* por el espectáculo... Uno de esos “convencidos”, que le dicen: ¡disfruta dando el mensaje!

Y te digo más, viejo: aparte de ser un “convencido”, también resulta convincente, o sea lo que en definitiva nos viene al pelo a nosotros. Ya tendrás oportunidad de presentar alguna de esas demostraciones que se manda... ¡Ponen los pelos de punta!

Me parece que sonó nuestra hora, Hi. Vos sabés demasiado bien que no es costumbre mía el largar pronósticos de ninguna especie; pero esta vez pongo la mano en el rocket por los resultados... Mirá lo que te digo: llegó el momento de llamarles la atención a los grandes del DC... Lo que es yo, ¡anotátelo!, no pienso parar hasta tener mi sillón en pleno Distrito Central. ¿O te pensabas que estoy conforme con ser un triste provinciano del “Southern District”? ¡Yo pico un poco más alto, viejo! ¡No me conformaría solamente con sacarte a vos el puesto de Jefe de Distrito Subsidiario!...

En serio, viejo: pegate a mí, y de esta te garantizo que nos paramos los dos. Y no le hagas ningún caso a la oposición del V. I. Llegado el momento, se le presiona a fondo; ya sabés que tengo el apoyo de un montón de accionistas de todos los calibres. En concreto, algo así como el cuarenta y ocho punto seis, sumándole lo tuyo y lo mío al resto... ¡Lo más que podría hacer el V.I. sería dejar pendiente el caso del referendo pop, como ya lo hizo antes! ¡Pero pongo la mano en el láser que lo tenemos ganado! ¡Tomame la palabra!

¿Para cuándo te parece lanzar el videopiloto? Los muchachos están ansiosos de empezar —vocación, que le dicen—, de manera que los tienen ahí como un misil ni bien nos manden el O-kappa... ¡Contestame urgente, fijando día y hora, please!

¡Ah! En cuanto al detalle que me planteabas en nuestra conversación preliminar, te comunico que todo lo relativo a la redención de ese grupo de clandes está arreglado. No me faltan influencias en la *United Atoms*, aunque esté mal decirlo, ¿no?, así que fue cosa de nada acelerar el expedienteo... Quinientos Nuevos Créditos de fianza..., ¡una bagatela! Todo en el papel, por supuesto; simple formalidad para Asuntos Internos. De manera que ya pueden aparecer en la net sin ningún tipo de problemas: no le deben un comino ni a la Empresa ni a la Sociedad. Aleluya... Saludos, veterano. A ver si bajás esos kilitos de más, ¿eh?

GUIÓN PARA VIDEOPILOTO “UA-OMNINET”

ASUNTO: *HOTRO HABLA A TODOS LOS HOMBRES*

INTERVENCIÓN DE: Hotro, M. Boulanger, M. J. Boulanger, M. McCulloch, J-L.

Linares (\*) y el grupo de adherentes (\*\*\*\*\*). Conducción: M. Borg.

(El [\*] indica calidad de Redimido Reciente.)

## “T E A S E R”

1 La cámara comenzará con un *close-up* de las manos de Hotro, exhibiendo un trozo de madera al telespectador. Se efectuarán los movimientos de cámara necesarios para disipar toda duda en cuanto a la *real naturaleza* del objeto en cuestión.

2 Seguida por la cámara, una de las manos tomará un martillo y la otra, tras depositar el trozo de madera sobre una mesa (que irá mostrándose en alejamientos encadenados), sostendrá un clavo. Martillo y clavo serán expuestos *en forma destacada* ante la audiencia (*aplicar efecto realce*). A continuación se procederá a introducir el clavo en la madera, mediante lentos y precisos golpes de martillo. Una vez hecho esto, se mostrará *en forma destacada* la madera con el clavo inserto (que ha de tener la

suficiente longitud como para que sobresalga por arriba y por debajo del trozo de madera).

3 Sobre esta última toma se sobreimprimen los títulos:

### HOTRO HABLA A TODOS LOS HOMBRES

Presentación exclusiva de Omninet, por gentileza de

4 En holoimagen, a *fullscreen*:

### **UNITED ATOMICS IN THE SOUTHERN DISTRICT**

Las manos del locutor, WALTER BORG, toman el taco de madera, atravesado por el clavo, en tanto la cámara retrocede hasta enfocararlo en un plano mediano, de frente. [BORG vestirá el traje de gala para transmisiones WorldSat: esto es, *clergyman* rojo con piedra imitación topacio en el entrecuello. Cejas y cabello en tono uniforme, en consonancia con el carácter más bien solemne de la emisión]. Se dirige a la teleaudiencia:

BORG: ¡Muy buenas noches, amigos de *Omninet!* Me es singularmente grato presentarles, en nuestro EspeSat del mes, a una personalidad de ribetes verdaderamente *únicos...*, un hombre cuyo mensaje reviste tal particular significación que, con el objeto de brindar a ustedes la posibilidad de verlo y escucharlo, *OmninetSat* ha consentido en *modificar su plan quinquenal de programación* —una medida sin antecedentes en la historia de nuestra organización—, a fin de poner a disposición de este ser excepcional el espacio de tiempo necesario para que exponga a ustedes de forma clara y completa el contenido de su asombroso ideario...

”*United Atoms* —¡un Amigo Nuclear!— ha hecho posible con su auspicio la emisión a escala omnicontinental de este programa de relieves tan inusuales, que no creo equivocarme al pronosticar que ha de erigirse como una brillante torre de comunicación durante el resto de este nuevo siglo. Es así, pues, que con legítimo orgullo, *Omninet* les presenta...

6 Paneo hacia un lado, revelando a HOTRO, que está sentado junto a BORG. HOTRO saluda, en tanto se sobreimprime nuevamente el título y se escucha la voz de BORG:

BORG (en off): ¡Hotro habla [énfasis] a todos los hombres!

(Audio musical: un aire de reminiscencia mística, aunque se recomienda no excederse en ese plano. Sugerencia: variaciones sobre *Zarathustra*, de Strauss.)

7 Aproximación a la cara de HOTRO, hasta culminar en un CU *fullscreen*, aunque *sin dejar fuera* [¡MUY IMPORTANTE!] el arcaico corte de cabello. HOTRO comienza a dirigirse a la teleaudiencia:

[Aquí sigue el discurso de HOTRO]

8 Finalizados los primeros 3', HOTRO procederá a operar la transmutación del taco de madera (con el clavo inserto) en oro. El hecho habrá de quedar patente ante los telespectadores, *con lujo de detalles y eliminando toda sombra de duda acerca de la autenticidad de la experiencia*. Se recurrirá al CU extremo, realzado, toda vez que el director lo juzgue pertinente. En todo momento, la iluminación enfatizará el brillo del oro, en contraste con la textura de la madera que constituyó previamente la materia de la pieza exhibida. [La música de fondo alcanzará su clímax en el momento de completarse la transmutación, con el metal precioso reluciendo bajo la luz de los spots].

9 *Fade out* sobre la última toma: el trozo de bruñido metal, exhibido en manos de HOTRO frente a cámaras [oportunos movimientos harán brotar destellos del oro; ensayar previamente].

*Corte para tanda publicitaria.*

DE: JUNIUS DA SILVA — GENERAL MANAGER FOR THE ND

A: FEUERSTEIN, HILARIO — JEFE SD-1 [E-MAIL]

Tengo el agrado de comunicarle que su piloto me interesó en grado sumo. Discutido el tema en almuerzo de trabajo especial, su iniciativa obtuvo una mayoría de quince en veinte, lo que implica la realización del piloto definitivo —siguiendo las modificaciones marcadas—, con vistas a la unanimidad que prescribe el Estatuto.

Me permito anticiparle que no dudo su proyecto hallará el eco más favorable a todos los niveles, y con seguridad habrá de situarse muy arriba en el “rating” de temporada.

Reciba mis calurosas felicitaciones por su atinada visión, sin dejar de expresárselas asimismo, en mi nombre, al CE Boulanger, Óscar, por su decisiva participación en el piloto enviado. [Attachment: vídeo de especificaciones de realización. Código 008@977112]

LISTA DE MODIFICACIONES PROPUESTAS PARA EL PROGRAMA ESPECIAL PILOTO CÓDIGO MAATLH JDSOBOO - SD/DC (AUDIO+VÍDEO)

- a) Debe figurar alguna locutora o animadora del “staff” de *Omninet* (independientemente de la conducción de W. Borg), con el objeto de resaltar el contraste entre las integrantes femeninas del grupo hotriano y el estándar femenino-teen actual. Se propone para el *vestuario* un conjunto “nippless”, en dorado, con calzado haciendo juego. Los tacones deberán elevarse un mínimo de 150 mm, no superando el diámetro de la base los 8 mm. Si el tocado incluye *velo*, este debería lucir un matiz tornasol, muy transparente. Cejas púrpura, cabello en mechones azul y plata. Los labios (que no han de quedar velados), en dinatón alternable rojo sangre-cobre.
- b) La toma del grupo hotriano hará énfasis en el *vestuario*: sin duda resultará de gran efecto el exotismo de los trajes *demi-siècle*. Se sugiere uniformidad, a fin de homogeneizar en lo posible al grupo. El mismo, por otra parte, deberá tener mayor *intervención* en el desarrollo del programa, *coreando* las afirmaciones de Hotro, *asistiéndolo* en sus demostraciones prácticas, etc. Las *chicas* deberán hacerse notar más; son de obvio impacto en el “look” general.
- c) Alguno de los más *allegados* al líder (Mateo Boulanger, por ejemplo, o bien Jean-Luc Linares), deberían hacerse oír con sus *propios* puntos de vista, en carácter de “link” respecto a la *mass-audience*.
- d) **Muy importante.** Es desde todo punto de vista *imprescindible* destacar la presencia de Mary Jane Boulanger, y su *básica incidencia* en el movimiento. Cualquier resistencia por parte de sus familiares (en virtud del notorio trastorno psicotraumático de que adolece), debería resolverse, habida cuenta de la especial *vinculación* de su padre [Óscar Boulanger], con *Omninet* y *UA*, a cuyas directivas no le será factible oponerse, visto su dependencia contractual con las citadas Multis.
- e) De ser posible, en este, o bien en sucesivos programas del ciclo, comenzará a propiciarse la instauración universal de la *Moda Hotriana* [incl. rubros *indumentaria*, *objetos derivados* — *insignias*, *estíquers*, *posters*, *cards*— y *vídeos* y *CDs*], dirigida especialmente a los sectores “teen”. Incluir un *glosario de términos científicos* (o bien estudiar la posibilidad de complementar el mensaje hotriano con *microexégesis* a cargo de la Sección Divulgación & Difusión). Esto

prevendrá un eventual rechazo por parte del sector “thick” de la MA; no obstante, es *imperativo* mantener el prestigio *middle-cult* que define la orientación del ciclo en forma puntual.

Tómese la debida nota, ingresando el respaldo correspondiente en el archivo Clasificado.

NOTA DEL DOCTOR LUTERO FOSSATTI, NEUROPSICÓLOGO ESPECIAL, M.D., PH.D., A: OSCAR BOULANGER (Respaldo de Archivo Clasificado SADO38 - LF/cf).

Muy Señor Mío:

En referencia a su consulta del 15 del cte., comunico a Ud. que en mi carácter de Psicólogo Asistente de la paciente BOULANGER, MARY J., joven de 25 años, a quien vengo tratando desde que se presentara su caso de trauma amnésicoparanoide —adquirido a raíz de la intervención quirúrgica de que fuera objeto a la edad de 8 años—, no hallo causa alguna que justifique se impida su participación activa en el ciclo de Omninet “Hotro habla a todos los hombres del mundo”, *siempre y cuando no se la orille a una confrontación drástica con el objeto directo de su perturbación traumática.*

Considero, pues (hecha tal salvedad), a la mencionada paciente:

**A P T A**

Le saluda con su consideración más distinguida,

Lutero Fossatti, N.E., M.D., Ph. D.

E-MAIL DE MARK McCULLOCH A ALDO DANBJÖRN, JEFE DE CUADRILLA DEL GRUPO DE ASALTO SADUA-356 (Microdisk).

Aldo:

Te escribo, a vos solo, para enterarte de las razones de mi alejamiento del grupo. Seguramente estarás quebrándote la cabeza a fuerza de preguntarte qué le podrá haber pasado al “Toro” Mark para que renunciase de esa manera a lo que siempre fue su vida...

¡Su vida! ¡*Mi* vida! Así teclado, con todas las letras, te garantizo que me produce escalofríos, nada más que viéndolo en la pantalla... ¡Mi vida! Casi no puedo creer que yo, este que ahora te está escribiendo, sea el mismo que, solo algunos meses atrás, encontraba el mayor de los regodeos en andar por ahí reventando cráneos... Puesto así



hasta resulta cómico, ¿no es cierto? ¡Pero en realidad es algo patético, creeme! Cuando pienso que existen tantos otros cortados con la misma tijera..., cuando vuelvo a ver (claro que con distintos ojos) aquellos ejercicios de “training”, aquellas sesiones de capacitación sicobejaviorista... ¡Dios mío, están sacando *bestias* de esos muchachos! ¿Acaso soy el único que lo ve así?

Ya sé que ahora vas a decir que lo único claro y evidente en todo esto es que deben haberseme revuelto los sesos. ¡Claro! ¡No por nada nos adoctrinaron durante tantos meses en un solo sentido! No me extrañaría en lo absoluto que pensaras eso de mí, teniendo en cuenta el medio en que te movés..., en que nos movimos todos todo este tiempo.

Pero acordate de una cosa: a nuestro modo especial, siempre fuimos camaradas. En medio de la marea de violencia en que vadeábamos, encontramos (¡quién sabe cómo!), lugar para una especie de mutua coincidencia, que de algún modo nos aisló de la masa del grupo... ¡Hasta existió entre nosotros cierta confianza mutua, gracias a la cual no nos veíamos con ese recelo afanoso que solía caracterizar nuestras relaciones con los demás! Así que, te lo pido, dejá a un lado los prejuicios, reviví aquella buena comunicación que una vez hubo entre ambos, sé indulgente y no me juzgues “pianta’o” de buenas a primeras. Pensá, más bien, que algo pudo haberme ocurrido..., algo tan extraordinario y tremendo, que bien pudo causar esta insólita transformación de mi espíritu.

¡Y habrás acertado si pensás así! Me pasó una cosa, sí.

Encontré a alguien.

Me hallaba entonces en pleno enajenamiento de mi sensibilidad, poseído de esa sed de violencia a que se nos ha condicionado a los “crushmen”... Y fue justamente en medio de ese trance que el Mensaje supo abrirse camino a través del velo que me obnubilaba.

Conocí a Hotro.

Me gustaría mucho que llegases a conocerlo vos también. El puede volverte la conciencia del revés y hacerte mirar para adentro de los párpados cerrados. Y eso es bueno. Ojalá te decidas. Yo puedo ponerte en contacto con él en el momento en que te sientas preparado para una experiencia de tal magnitud.

Va a ser ni más ni menos que el único modo de reencontrarnos de verdad y volver a entendernos como en tiempos pasados.

Quedo esperando el “O.K.” de parte tuya. Tu antiguo camarada,

Mark.

FACSÍMIL DE LA NOTA APARECIDA EN EL N°665 DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA DE “OMNINEWS”, HOJA PERIÓDICA DE DISTRIBUCIÓN MUNDIAL.

Brasilia, 23 (ON). Una impresionante muchedumbre de adeptos acudió hoy al gigantesco Palácio Das Artes, colmando su capacidad, con el objeto de escuchar a quien

**¡FRENÉTICO  
FRENESÍ  
CAUSA  
MÍSTICO  
MESÍAS!**

se ha convertido, en el curso de escasos meses, en centro del fanatismo de más de quinientos millares de personas en todo el planeta. El singular personaje, que se ha hecho conocer únicamente por el apelativo de “Hotro” —supuesto mesías de una nueva doctrina que preconiza la toma de conciencia sobre la “Última Realidad Universal”— se presentó ataviado a la moda de mediados de

siglo, como es su invariable característica. Sus seguidores inmediatos, a los cuales se ha dado en llamar sus “discípulos”, conformaban asimismo un llamativo conjunto, armonizando con su líder en indumentaria y apariencia general.

*A pesar de que tanto Hotro como sus allegados han recalcado en reiteradas oportunidades su manifiesta repugnancia ante ciertas asociaciones místico-teológicas estructuradas en torno a su prédica, no faltaron entre los numerosos asistentes al acto, ni tampoco entre la multitud que no halló cabida en el Palacio, quienes sostenían a voz en grito el carácter de “hacedor de milagros” y “portador de la única Verdad” en la persona del fundador del hotrianismo.*

En otro orden de cosas, resulta harto significativo destacar que “La Hora Hotriana” —telemisión Sat difundida semanalmente por Omninet— parece encaminada a conquistar el primer lugar en la preferencia de la audiencia masiva, a juzgar por los últimos “ratings” computados.

CARTA DE JEAN-LUC LINARES AL DOCTOR CECIL AUGUSSACK, PROFESOR FUNDADOR DE LA CATEDRA DE PERSPECTIVA HISTORICA EN EL COMPLEJO UNIVERSITARIO DEL SUROESTE:

Mi estimado Profesor:

No se imagina con cuánto placer he leído su carta, sobre todo porque desde nuestra separación, hace algunos años, he rememorado con bastante nostalgia aquellas jugosas charlas que acostumbrábamos sostener.

Efectivamente, ha sido al que viste y calza a quien tuvo ocasión de ver en su telepantalla. Comprendo la naturaleza de sus dudas: con seguridad no le habrá resultado fácil reconocermé, debido al corte de pelo arcaico y al saco de solapas anchas..., ¡y para colmo encorbatado! Pero, para tranquilidad suya, puedo garantizarle que en lo esencial —aquello “invisible a los ojos”, que decía el Principito—, no he cambiado gran cosa. Excepción hecha, desde luego, de una probable visión más clara del mundo circundante, motivada por haberme librado del hirsutismo facial que Ud. recordará como una de mis características...

Por cierto, compruebo a partir de su mensaje que continúa Ud. tan preciso, elocuente y cáustico como en sus mejores tiempos; dicho sea con toda la solemnidad que consiente nuestra cordial relación. Las dudas y objeciones que con tanta claridad me plantea dan prueba, una vez más, tanto de lo agudo de su intelecto como de la básica humanidad de su ideología. Me perdonará, supongo, que le exprese una vez más mi indeclinable admiración hacia la maleabilidad de su carácter, que no le impidió jamás sumar el necesario rigor científico del erudito a la perenne alegría de sentir un aparato sensorial como componente indisoluble del encéfalo... No vaya a pensar que he olvidado aquellas refrescantes consideraciones sobre erotismo y vocación natural en que tan gratamente discurríamos, en tardes de amable remembranza.

Sucesos menos agradables —que no detallaré, por cuanto Ud. ha de tenerlos ya presentes—, provocaron esta escisión entre espíritus que me permitiré llamar afines, salvadas, por supuesto, las distancias entre su veteranía y prestigio y mi imberbe (entiéndase el término en su acepción simbólica) mediocridad; pero habiendo desaparecido hoy por hoy las causales de esa ingrata coyuntura en que me hallaba, no veo inconveniente en que volvamos a reunirnos.

Sobre todo, por cuanto estoy ansioso de discutir con Ud. los pormenores de la ideología con la que me encuentro consubstanciado en la actualidad. No ignoro la quimera

que supondría el pretender transmitir por medio de una simple epístola la sustancia del concepto involucrado; pero quizás sea posible, al menos, intentar evacuar alguna de las inquietudes formuladas por Ud.

En primer lugar, de una vez y para siempre, quiero dejar bien sentado mi criterio en lo relativo a la *naturaleza* de Hotro. Ciertamente que de ninguna manera comparto la absurda y tan lamentablemente difundida versión de su calidad de ser sobrenatural y/o semidivino... En verdad, tal superchería no emana en absoluto de afirmaciones provenientes del propio Hotro, quien jamás sostuvo nada semejante; aunque, por otra parte, resulta forzoso admitir que tampoco se ha mostrado muy proclive a explayarse sobre esos particulares que tan íntimamente le atañen...

Pero obviamente no es mandatorio aventurarse en terrenos extraños a la lógica científica para dar por cierta la palmaria *inhumanidad* de Hotro. Presumo irrelevante el invocar los estudios de Glikov y de Van Voss, o la teoría de Universos Paralelos y del Infinito Continuo, de Buridan y D'Alheamma. Ya es un hecho que no estamos solos en el Cosmos: lo que sucede es que aún no hemos explorado lo bastante. Igual que la rana de la fábula, que opinaba que su charca confinaba con la Nada..., solo por no haber brincado con la energía suficiente.

Por otra parte, las más recientes investigaciones llevadas a cabo por la Fundación Buridan (que sin lugar a dudas han de obrar en su conocimiento) abonan incuestionablemente el terreno para la aceptación definitiva de la existencia de otras dimensiones colindantes (?) con nuestro plano cósmico. Me atrevería a afirmar que, a la luz de esas proposiciones, resulta menos lógico negar la existencia de los "Universos Paralelos" que acabar tomándola como postulado.

Volviendo al tema específico: si bien hasta el momento no se ha obtenido de Hotro ninguna justificación concreta en cuanto a sus orígenes o procedencia, no deja de resultar significativo en grado sumo el hecho de que tampoco se hayan logrado recabar datos acerca de sus familiares o de su ascendencia. En idéntico caso están su filiación étnica y lingüística. Quienes hemos convivido con él estamos tan a oscuras como cualquiera (me apresuro a aclararlo) en cuanto a las numerosas anomalías de su personalidad, que bien podrían catalogarse como otros tantos testimonios de su... *extrañeza*. No sólo en lo que respecta a lenguaje, hábitos personales o comportamiento, sino inclusive en lo que concierne a lo fisiológico, o aun a lo puramente material..., esa porción indispensable de la vida, tal cual la conocemos.

¿Exceso de audacia intelectual?... Antes de acusarme de ello, repare en que mi hipótesis se funda sobre bases de estricta racionalidad. Obsérqueme gentilmente, por ende, con una aceptación cuando menos provisoria y deme ocasión de referirme a los supuestos “milagros” que el vulgo tiende a atribuir a Hotro.

Me imagino que estará al tanto de su hartazgo proclamada “transmutación” madera-oro. Anticipándome a una explicable reserva de parte suya, me apresuro a certificarle la real naturaleza del metal precioso en cuestión. Yo mismo realicé la prueba del ácido nítrico: el metal no se disolvió, lo que probó irrecusablemente su autenticidad y pureza.

Lo cual, por cierto, no ha de conducirnos a la conclusión de que se haya operado un prodigio antinatural, sino a admitir, en cambio, la aplicación de determinados principios de particular carácter, ubicados *del lado de afuera* de las coordenadas de nuestro razonamiento tradicional.

Desde luego no se le ocultaría a un niño que una transmutación de tal especie echaría por tierra los fundamentos de la Química, inclusive aquellos basados en las consejas en torno a la mítica Piedra Filosofal... Tanto Flamel como Lamsprink, o aun Basilio Valentín, admitían que para producir cualquier transformación de esas se hacía imperativo partir de un elemento *pesado*, siendo los favoritos el plomo y el mercurio. Comentaristas más recientes, como Georges Ranque, al intentar una justificación de ciertos misterios a la luz de modernos principios científicos, establecen un paralelo entre los experimentos de la alquimia medieval y los hallazgos de la física nuclear en el primer cuarto del siglo XX. Pero invariablemente hacen mención, como decía, del mercurio y del plomo (creo recordar que también se citaba al antimonio, aunque con menos frecuencia) como punto de partida para la obtención del metal precioso.

Hotro, en abierta contradicción a la norma, se vale simplemente de *madera*. Salvado el razonable paréntesis de deslumbrada estupefacción, la conclusión resulta obvia: nuestras ciencias abarcan un sector vergonzantemente limitado dentro del espectro universal. Un baldazo frío, sin lugar a dudas, para la arrogancia del *Homo Sapiens*; pero, a la vez, un estimulante campo abierto a la especulación: la naturaleza asumiría principios más sutiles fuera del coto primordial... Pero esto ya lo sabía el doctor Einstein.

Supongamos un ser (como, para el caso, el susodicho Hotro), proveniente de una de esas hipotéticas esferas *exteriores*, el cual —por motivos que resultaría asaz aventurado pretender desentrañar en este punto— ocupase una forma externa semejante en todo a nuestros cuerpos humanos. Al adoptar una naturaleza similar a la nuestra, no habría abdicado, sin embargo, de ciertas facultades inherentes a su ser primigenio. Retendría,

asimismo, determinados conocimientos que le permitirían trascender, en base a un manojito de Principios Universales, las limitaciones de la materia y —consecuentemente— ignorar sus presuntas leyes. (Las mismas leyes, sí, amigo mío, que nuestras anteojeras intelectuales nos precipitan a considerar como inmutabilidades).

Por otro lado, siendo Hotro una de tales entidades, es obvio que representa el único camino para acercarnos a aquellos objetivos que venimos persiguiendo —bien que inconscientemente las más de las veces— desde el comienzo de nuestra historia. ¡Posiblemente él tenga alguna de las Grandes Respuestas!

¿Digo, con esto, que Hotro compendia en sí la Perfección? Me confieso incapaz de arriesgar una afirmación tan osada. Pongamos, por el momento, que tan solo nos enfrentamos a un ser apenas *una categoría por encima de la nuestra*: determinadas facultades (para nosotros cuasi milagrosas) le serían accesibles; pero de ningún modo —énfasis— existirían fundamentos que nos autorizaran a proclamarlo todopoderoso.

Y esto me lleva, profesor, al asunto principal.

No lo creo un Mesías. No me cabe en la cabeza que Dios, de existir en toda su Magnificencia, haya condescendido a una función de tan craso antropomorfismo como la de procrear carne y sangre... No creo que Hotro esté aquí para salvarnos de las Fuerzas del Mal.

Lejos de mí el desconocer que la mayor parte de sus seguidores más cercanos sustentan (con una convicción rayana en fanatismo) esa creencia en la divinidad “delegada” de Hotro y en su presunta misión rendidora/paternalista... Mateo Boulanger, a quien Ud. habrá visto en todos los programas del ciclo, y su hermana Mary Jane, configuran ejemplares típicos de esa ideología míticosentimentalista, por así llamarla.

Por otra parte, soy plenamente consciente de que sobre tales bases se ha montado la casi totalidad del aparato promocional que nos concierne; y ni que dudar que tan solo merced a ese recurso pudo el hotrianismo abrirse paso hasta los sectores más espesos de la audiencia. Para los Ejecs de *Omni-net*, es claro, el asunto no representa otra cosa que un Superestelar de titánicas proyecciones comerciales. Solo a un obcecado se le escaparía.

Pero permítame manifestarle, mi querido profesor —y no hay duda de que con esta afirmación le provocaré esa tan característica y recordada ondulación sarcástica de su bigote—, permítame manifestarle que considero estas circunstancias en su justa dimensión: no representan ni más ni menos que un mal necesario, sobre el que obviamente no tengo control.

Me doy cuenta de que me he extendido en exceso, probablemente fatigando su atención y con seguridad poniendo a prueba su paciencia... No deseo despedirme, empero, sin antes responder a un par de interrogantes que de seguro estarán aguijoneándole:

a) Dado que me muestro decididamente escéptico, ¿qué hago en el grupo de Hotro, sin aceptar ni una mística omnipotencia ni una ética redentora de parte de él?

b) ¿Comulgo yo, de alguna manera, con las supuestas “ordenanzas morales” que han sido atribuidas a Hotro, al menos en el consenso general?

Al primero: El aspecto *científico* de su prédica —la Última Realidad de la Vibración Universal— me fascina inevitablemente por la belleza de su perfección conceptual, resultándome indiferentes (y nada difíciles de tolerar, habida cuenta de la entidad de la proposición fundamental) los elementos anexos.

Al segundo: Profesor, ¿acaso no nos conocemos los dos bastante bien? ¿Ordenanzas *morales*? ¿A estas alturas de la Historia?... Por otro lado, puedo certificar que Hotro jamás ha formulado reproches explícitos en el terreno de la (in)moralidad imperante.

(No oculta, eso sí —o no consigue ocultar completamente—, una suerte de actitud que sólo acertaría a calificar como de *desolación* al respecto; actitud, por otra parte, que ha causado en muchos honda impresión; incluido—*noblesse oblige*— el que suscribe...)

Reciba mis más afectuosos saludos. No deje de visitarme pronto (la dirección figura en el sobre). Un homérico abrazo de su alumno de siempre,

Jean-Luc Linares

DECLARACIONES DE DUKE GEFFNER, PROPIETARIO DE LA CADENA DE LOCALES DE ESPARCIMIENTO “CYBEROTICS” (Vídeo de *Omninews*):

Estoy aquí para formular una queja, señoras y señores.

Desde hace más de una década vengo ocupándome de trabajar la cadena de locales de “Cyberotics”, primera empresa legalizada de expansión plurisexual en todo el mundo... Tenemos una trayectoria de sobra conocida, por lo cual no insistiré aquí en nuestro comprobado celo en cuanto al cumplimiento de las ordenanzas de higiene y prevención, ni tampoco en el prestigio, universalmente celebrado, en lo que atañe al buen gusto, discreción y originalidad de nuestros servicios. “Cyberotics” —hasta un párvulo lo sabe— tiene Lo Último en Amor Mecánico... “Cyberotics”, además, es Garantía Absoluta de Seguridad y Protección.

¡Pero “Cyberotics”, señoras y señores, ha sido vilmente agredido! En flagrante violación de todos los códigos legales vigentes..., con prescindencia total del elemental respeto a los derechos inalienables del Individuo, y en abierto desafío al texto de la Constitución de la Unión Noroccidental —que establece la legitimidad irrecusable de la Propiedad Privada—, en una palabra, ¡de la manera más páfida y criminal!, nuestras instalaciones de la Avenida Central han sido arrasadas por una turba de vándalos destructores... Las pérdidas fueron cuantiosas; pero el mayor perjuicio estriba en el desembozado y cínico ataque a nuestro probado renombre, el cual se procuró enlodar del modo más ruin que concebirse pueda.

No abrigo dudas sobre el poder de la Justicia en este Estado soberano; tampoco sustento recelo de clase alguna en cuanto a la honestidad básica de las Multi que puedan sentirse involucradas en este vergonzoso episodio. Estoy plenamente seguro de que se me indemnizará como corresponde, al menos en lo atinente al quebranto pecuniario.

Pero, ¿qué hay del castigo a los *verdaderos responsables* de este tipo de atentados..., mismos que en los últimos tiempos vienen propagándose del modo más alarmante? ¿Cuál es la protección que se brindará a quienes corremos el riesgo perpetuo de vernos perjudicados de forma tan nefasta en nuestros legítimos intereses? Nuestra firma adoptará, a partir de ahora, la política de contratar sus propios escuadrones de choque, política que, incidentalmente, habíamos estado eludiendo como sistema, por no considerarla acorde con la naturaleza de nuestros servicios... Pero desde luego que esto no representa en modo alguno el ideal. ¡Es absolutamente *vital* que se programe, a los niveles que corresponda, una defensa eficaz! Abusos de esta índole no deberían reiterarse.

Estoy aquí, señoras y señores, para acusar. Y también para advertir.

Hoy ha sido “Cyberotics” la perjudicada. Mañana..., ¿quién sabe? Si no se pone coto a desmanes de esta naturaleza..., que están extendiéndose como infección maligna, a influjo de determinadas prédicas de pública notoriedad..., la situación va en camino de tornarse insostenible.

Es preciso atacar la enfermedad en su misma raíz y origen: me refiero, claro está, *al infame movimiento hotriano, cuna de una perniciosa pseudoética y de un obsoleto oscurantismo, deformantes de mentes y causa de perturbación social.*

El tal movimiento debe ser declarado ¡ilegal! por las autoridades. Muchos compartimos esta iniciativa, y, a fin de verla cristalizar en los hechos, estamos dispuestos a recurrir a los expedientes que haya menester.



¡Seguirán oyendo de nosotros! ¡No será fácil acallar nuestra justa protesta!

ARCHIVO DE LA SESION DE PSICOANÁLISIS D904-BM, AUTORIZADO PARA SU DIFUSIÓN PÚBLICA POR EL DOCTOR LUTERO FOSSATTI (Archivo Augussack).

—Reclinate, Mateo. Y habla con toda libertad, igual que siempre.

—¡Igual que siempre!...

—Noto cierto matiz de amargura en tu tono...

—¿De veras?

—¿Podrá deberse a que sentís que tu problema no evoluciona?

—¡Diga mejor que “no evoluciona” esta terapia de...! Pero no, no me haga caso, ¿eh, doctor? ¡Lo que pasa es que me siento confuso y...!

—Y buscás un desquite, ¿no es así?

—Sí..., puede ser.

—Pero fijate que yo pensaba, al contrario, que ahora las cosas iban a ser distintas para vos, dadas las circunstancias...

—¿Por haberme vinculado... a Hotro, me lo dice?

—Ajá.

—Sí..., claro. ¡Eso es algo que me cambió la vida de un modo radical, diría! Pero...

—...En lo específicamente relacionado con tu problema personal, no ves ninguna mejora apreciable. ¿Me equivoco?

—Sigo igual. ¡Pero pienso que lo que en realidad está pasando es..., es...!

—No te detengas.

—¡La verdad es que esta disfunción mía no tiene nada que ver con la doctrina, ni...!

—¿No? Sin embargo, oigo decir por ahí...

—¡Bah! ¡Se dicen tantos disparates!...

—Oigo decir por ahí que Hotro predica una moral...

—¡Mentira!

—No hago más que hacerme eco de...

—¡El no condena el *placer*! Lo único que afirma (y es un corolario de su Teoría Universal), es que la realidad es muy otra de la que humanamente estamos habituados a entender...

—Lo cual significa...

—¡Que todo en el mundo es tan ilusorio como ese famoso oro que saca de la nada, y a la nada hace volver, para demostrar así la...

—¿...Futilidad?

—Futilidad, sí. Del oro..., y del sexo, también.

—Lo cual no deja de ser un modo de condenar a ambos, aunque sea indirectamente.

—¡Pero no predica el *desprecio* a los sentidos! Me parece a mí que es una cosa muy distinta. ¡No hace más que exhibirlos en su real dimensión!

—Esa terminología que estás dando en usar me suena como... impostada. ¡Pero no importa, no importa, dejemos eso! De todos modos, sigo opinando que Hotro, de refilón o no, está inculcando cierto aborrecimiento hacia determinadas... expansiones. ¿Qué me decís, si no, de esos malones en contra de los locales de ciberóticos? ¡Es la moda del momento! ¿O no?

—¡Fanatismo populachero! Una deformación que no se puede evitar en casos como estos. ¡Cualquier doctrina está expuesta a que algún inadaptado la interprete en forma errónea! ¡Pero lo cierto es que Hotro jamás condenó explícitamente al erotismo..., y eso lo sostendré ante cualquiera que me lo cuestione!

—Estando tan próximo a él, Mateo, es indudable que debés contar con la mejor información disponible... ¿Y qué me decís de ustedes..., sus *hermanos*, como él los llama?

—¿Decirle? ¿De nosotros?...

—En lo relativo al intercambio sexual. ¿Les impone alguna continencia, por el hecho de ser discípulos suyos?

—¿De dónde sacó esa idea, doctor? ¡Es totalmente falso! ¡Jamás se nos impuso...!

—¿Pero discute el tema con ustedes?

—¿Eh? B-bueno, él no...

—¿“B-bueno”? ¿A qué se debió esa vacilación?

—¡No hubo ninguna...! ¡Bah, qué importa! Él... no lo menciona. Ese asunto, digo: no lo trata en forma específica...

—¿Pero...?

—Por pudor, creo.

—¿Pero...?

—¡Bueno, sí! Es posible que dé a entender...

—¿En qué forma?

—¡No es más que mi opinión personal, doctor! ¡No me gustaría que tomara lo que digo como si...!

—Oigamos esa “opinión personal”.

—Bueno... A mí me parece que cada vez que alguno de nosotros..., bien, se...satisface...

—Lo cual, no hay que olvidarlo, es un hecho natural y legítimo...

—...Hotro se siente... *herido*. Se...

—¿Herido? ¿Y lo demuestra de algún modo?

—¡Claro que no! ¡Ya dije que él nunca nos hace reproches! Pero yo le noto algo...

—¿Sí?...

—Como una especie de enorme... melancolía. Como si...

—¿Como si llevase auestas todo el dolor del mundo?

—¿Sabe que no me gusta nada ese tonito suyo, doctor? Esto no es para tomarlo a broma.

—Por supuesto que no. ¡Me parece más bien conmovedor, Mateo!... ¿Y no se te ocurre que también es una forma de *manifestarse*? ¡Aunque de lo más sutil, desde luego!

—¿Está insinuando que lo hace adrede..., como un chantaje sentimental?

—En fin...

—¡Pues está re-equivocado, doctor! ¡Usted no lo conoce como yo! ¡Él todo lo hace abiertamente y sin tapujos! ¡Es incapaz de fingir, y menos con nosotros!

—Yo no pondría la mano en el fuego en cuanto a eso, pero en fin... ¡Vos sabrás! Así que (volviendo a tu problema), ¿habrá que concluir que Hotro no juega ningún papel de relevancia en lo que atañe a tus conflictos personales?

—Puede ser que lo haya jugado en un principio... Pero ahora que surgieron elementos nuevos, me entra una confusión tal, que...

—¿Te molestaría ser un poco más concreto? No..., no lo tomes como presión de mi parte: solamente decí todo aquello que te sientas verdaderamente *dispuesto* a decirme, sin reservas ni autobloqueo..., como tenemos convenido. ¿Te parece?

—Está bien... Bueno, ya se lo dije: sigo igual.

—¿Nada más que prostitutas?

—O... ciberóticos. ¡No creo que físicamente sufra de impedimentos, aunque...!

—¿Aunque...?

—Aunque es verdad que no experimento ese... goce tan pleno de que se jactan otros. Simplemente...

—Cumplís con el cuerpo. ¿Y lo considerarás suficiente?

—¡No! ¡Sé que debe existir algo más! Pero no veo cómo...

—¿Tu fijación...?

—¡Igual, doctor, igual! Tengo una obsesión por la belleza perfecta, por la “mujer-mujer”... ¡Si hasta yo mismo me río de eso! Pero la verdad es que me tiene aislado, me aparta de las chicas comunes y corrientes, y...

—¿Sentís repugnancia por ellas?

—No es exactamente eso... Solo que no aguantaría pasar por todo el ritual de la conquista, la adulación... ¡No podría tratar de “bombón” a un adefesio sin que se me notara lo insincero!

—¿Consultaste todo eso con tu amigo Hotro?

—¿Eh? ¡No, no! Me daría...

—¿Escrúpulos?

—Algo así... Es que, la verdad, por cerca que uno crea estar de él, doctor, siempre se percibe como una barrera intangible que lo distancia...

—Pero algo tiene que haber influido en vos. ¡A ver mis notas!... Sí, acá está. Hace un momento reconocías que Hotro, “en un principio”, pudo haber tenido algo que ver con tu problema..., que “jugó algún papel”, decíamos.

—Eso lo dije porque cuando lo conocí... fue como si un rayo me hubiera caído encima. ¡Se me sacudieron las raíces! En aquellos momentos, pude creer sinceramente que había cambiado por completo, que al fin me llegaba la madurez...

—¿Y en cuanto al problema concreto?

—Le dije a Hotro que era una etapa superada. Que me daba cuenta de que lo que yo había estado buscando no existía en realidad...

—¡Entonces sí le hablaste de esa fijación tuya!... Cuando te pregunté si lo habías consultado, respondiste...

—¡Ya sé..., ya sé, doctor! Pero es que me parece que no es lo mismo. Apenas acabábamos de conocernos, él y yo; él me preguntaba algo sobre mi persona, y salió la conversación de por qué estaba yo entreverado con aquellos “fuckies”, aislado siempre, y sin compañía íntima, como todos los demás tenían; y entonces le expliqué... ¡Pero eso no es igual a haberle consultado sobre ese asunto tan personal, buscando que me acon-

sejara! Y mucho menos ahora, que hemos llegado a conocernos tan bien... ¡Me resultaría imposible plantearle el tema!

—Ya veo. Pero también dijiste hace un rato que todo eso fue “al principio”, y que ahora habían surgido “elementos nuevos”... ¿Querrías explicarme un poco mejor esta parte?

—¿Ele... mentos nuevos? ¿Yo dije eso, doctor?

—Figura en mis notas.

—¡Pero no me acuerdo! Tal vez fue...

—Y está también en la grabación. ¿Lo quieres oír?

—¡No!... Este..., no, doctor. No vale la pena. Es...

—Pero si te ayuda a ordenar tus ideas...

—¡No!... ¡Jum! No, y además... Ya me tengo que ir, doctor. Se hizo un poco tarde, y hay reunión en el subcomité de Hermanos... Si no tiene inconveniente, vamos a suspen...

—¡Esperá, Mateo! ¡Eso sería apartarnos de la regla que nos fijamos!

—Buenas noches, doctor. ¡Hasta la próxima! Y disculpe, ¿eh?

—No hay nada que disculpar, Mateo. Sos libre de irte cuando quieras: es otra de las reglas de este juego. Nos vemos la semana que viene. Pero ya sabés que me podés llamar en cualquier momento que me necesites.

—Pierda cuidado. ¡Me sé de memoria su número!

NOTICIA APARECIDA EN “ROSTROS”, PAGINA INFORMATICA DE HOLOVISION-3, ORGANO MUNDIAL DE COMUNICACIONES (Página Web):

## ¿SURGIRA UN NUEVO ESTADO SOBERANO SOBRE LA FAZ DE LA TIERRA?

**S**e ha cursado en forma oficial la noticia, ya adelantada por esta página, de que el movimiento hotriano está llevando a término las negociaciones conducentes a la adquisición de zonas territoriales ubicadas en la faja limítrofe de los Estados sudamericanos de Maraguay y Barzil, con el objeto de fundar allí una nueva nación independiente, la cual se constituiría en sede oficial de los adeptos al mencionado movimiento.

Los responsables del proyecto se han preocupado, no obstante, por dejar claramente establecido el hecho de que la fundación de este nuevo país no obedece en modo alguno a directivas emanadas de su líder (ese extraordinario personaje conocido como Hotro, que cuenta hoy día, ante el estupor del mundo, con una verdadera legión internacional de discípulos, estimada en mil millones), sino que se trata de una iniciativa propia del Comité Hotriano Mundial, y responde exclusivamente a sus propios fines.

El fundador del movimiento, por otra parte —como ya es de público conocimiento—, no abrigaría intenciones de fijar su residencia en ningún país o nación determinados, sino que se propondría recorrer el mundo indefinidamente, por lo menos (y esta es la opinión de la mayor parte de sus allegados) hasta tanto no se registre la conversión total del género humano a su peculiar ideología. (Para ver el vídeo de una de sus conferencias, pulsar aquí).

Por lo que concierne al factor económico vinculado a este ambicioso proyecto, puede afirmarse que el CHM contaría con los fondos necesarios, ya que su subsistencia no dependería únicamente del aporte o diezmo volun-

tario por parte de sus adeptos, sino que, además —y de acuerdo a ciertos insistentes rumores que circulan por ámbitos diversos—, varios Multicomplejos Empresariales estarían patrocinando al movimiento en forma subrepticia.

(Publicidad)

**¿ESTÁ USTED  
SEGURO DE QUE  
ES SALVO?  
¿HA ENCONTRADO  
LA  
VERDAD DE SU  
VIDA?**

*Usted puede hallarla. ¡Escuche nuestra voz! ¡Abra su mente a los fundamentos del único sistema que garantiza Vida Plena y En Abundancia! Escriba a “Los Hijos de Barabbas”, P.O. Box 5198 SD, o diríjase vía e-mail a [barabhijos@surnet.org](mailto:barabhijos@surnet.org) y le enviaremos, sin cargo alguno, el CD “Vida Sin Límites”, compendio de nuestros principios existenciales.*

**¡NO DEJE PASAR  
UN DÍA MÁS!  
¡NUNCA ES MUY  
PRONTO PARA  
EMPEZAR A VIVIR!  
¡SÁLVESE CON EL**

DE: JOACHIM DURDLES — CHAIRMAN

A: DA SILVA, JUNIUS — GENERAL MANAGER FOR THE ND (Cable).

RECIBI DATOS ULTIMO RANKING -STOP- ENVVIE URGENTE FORMULARIOS PARA REFERENDO MOVIMIENTO HOTRIANO / GRUPO BARABBAS -STOP- RECOMENDACION ESPECIAL REPITO RECOMENDACION ESPECIAL BARABBAS -STOP- APRECIARE ATENCION -STOP- DURDLES

ENTREVISTA A MARK McCULLOCH, PROPALADA EN EL ESPACIO “VIDEONEWS”, QUE EL COMPLEJO “OMNINET SAD” TELEVISA DIARIAMENTE (Videodisk).

—Muy buenas tardes, señor McCulloch. Le agradecemos la deferencia de dispensarnos unos momentos de su valioso tiempo... ¿Qué opina de la dimensión que en tan pocos meses ha adquirido el movimiento hotriano?

—Estoy muy complacido con la buena repercusión que ha tenido nuestro mensaje por parte del público, pero...

—¿Qué opina de ello su líder, Hotro?

—Obviamente no puedo responder por él... A mi criterio, sin embargo, existe un factor desfavorable en el volumen que de repente ha asumido nuestro movimiento.

—¿Un factor desfavorable? ¿Podemos saber a qué se refiere específicamente?

—Bueno... Es posible que ciertas áreas se hayan escapado de nuestras manos, por decirlo de alguna manera... Determinadas interpretaciones inexactas de la doctrina...

—¿El celo moralista? ¿Los atentados contra pleasure-shops, locales de ciberóticos y parques de específicos?

—En efecto. Nosotros estamos lejos de alentar la violencia en cualquiera de sus formas... Jamás justificaríamos una acción de tal especie basada en el cumplimiento de altos fines a largo plazo. Por otra parte, la prédica hotriana de ningún modo hace hincapié en consideraciones de índole moralizante...

—¿Sería esa la posición “oficial” del hotrianismo? En otras palabras, señor McCulloch, ¿habla por usted, o es portavoz de su grupo y, por extensión, de su líder?

—Ya he dicho que no puedo hablar por Hotro. El mismo se encargará de evacuar todas las dudas que se le planteen, en el decurso del programa de esta noche. Le sugiero que aproveche esa oportunidad para formular cuanta pregunta se le ocurra.

—Sin duda, allí estaremos... Muchas gracias a usted, señor McCulloch, por haber tenido la amabilidad de reservarnos este espacio de su apretada agenda.

ENTREVISTA A MARY JANE BOULANGER (Videodisk del archivo de *Omninet*).

—Un momento, por favor... ¿Nos puede conceder un par de minutos?

—Estoy atrasada... El programa de mi hijo está a punto de empezar, y ya sabe que tengo que estar con él.

—Nada más que dos minutos... ¿Cómo ve las posibilidades de “La Hora Hotriana” frente a “Barabbas convida al Endoéxtasis” en la preferencia popular? A su juicio, ¿quién triunfará en el referendo?

—Sin despreciar al grupo “Barabbas”, que sin lugar a dudas ha cumplido una trayectoria muy atendible, creo firmemente que mi hijo es y será siempre el Número Uno, por la verdad incuestionable que encierra su doctrina y también debido al carisma tan especial de su persona...

—¿Su hijo tiene programada alguna demostración... digamos, espectacular, para esta noche?

—Le va a devolver la vista a otra persona más, y va a hacer que dos impedidos caminen normalmente.

—¡Bien, bien! Son ya muchos los afortunados a quienes Hotro ha aliviado de sus padecimientos. ¿Veremos también alguna trasmutación?

—*Spur Kola* en sangre... Y un trozo de piedra en hamburguesa. ¡Oiga! Esto tiene que quedar entre nosotros, ¿eh? ¡No vaya a revelarlo antes de tiempo!

—¡Seremos una tumba! ¡Muy agradecidos, señora Mary Jane Boulanger!

—*Señorita*, si no tiene inconveniente... Gracias a ustedes, y hasta muy pronto, ¿sí?

OPINIÓN DEL DOCTOR WERTHER SZABÒ ACERCA DE LAS LLAMADAS “CURACIONES MILAGROSAS” LLEVADAS A CABO POR EL LÍDER DEL MOVIMIENTO HOTRIANO (Fragmento de un artículo difundido en el boletín electrónico de *Omniscience World*).

[...] *Evidentemente, las presuntas curaciones registradas en diversos pacientes sometidos al método hotriano pertenecen a la especie, ya de sobra conocida, de los fenómenos esencialmente “naturales”, producto de componentes histéricos e inducidos*



*mediante sugestión, o bien, en ocasiones, de una suerte de catalizadores —de naturaleza elusiva pero eventualmente clasificable—, al estilo de los casos clásicos de “manosantas” y gurúes, o de las celebérrimas aguas de Sourdes [...]*

DE LA ENCUESTA POPULAR REALIZADA ANUALMENTE A NIVEL MUNDIAL POR OMNINET PARA NOMINACIÓN EN EL PRIMER PUESTO EN EL “RATING” OFICIAL (Tape electrónico).

—¿Nombre y edad, por favor?

—Marsha Ramírez, veinte.

—Según usted, señorita Ramírez, ¿quién saldrá vencedor este año?

—Mmm... No estoy segura... Yo era partidaria de los hotrianos, pero...

—¿Ahora se inclinaría más bien por “Barabbas”?

—No sé... Creo que el Endoéxtasis es algo más auténtico, ¿vio? Digo, lo veo más “humano”, entre comillas, que la Vibración Universal; como que...

—Gracias, señorita Ramírez. ¿Qué opinión tiene usted, joven?

—¡Va a ganar Hotro! ¡Él está en posesión de la verdad!, ¿'ta?

—¿Su nombre?... Bueno, no importa. A ver usted, señor, ¿nos quiere dar su parecer?

Si hace el bien, sus datos personales para la videoaudiencia...

—Heber Saldaña. Tengo cincuenta y tres años.

—¿Cómo ve las perspectivas para el referendo Hotro/Barabbas?

—En otras circunstancias no habría tenido ninguna duda en votar por Hotro... ¡Esas demostraciones que hace en cámara impresionan de verdad!

—¿Pero...?

—Pero, qué quiere que le diga. ¡No me gustan nada los rumores esos que andan circulando por ahí!... Desconfío de los que predicán determinados principios y al mismo tiempo les permiten a sus allegados que anden violándolos abiertamente...

—¿Da crédito, pues, a tales rumores, señor Saldaña?

—Mire: donde hay cráter, hubo aerolito... ¡Ya le perdí la confianza a los hotrianos, qué quiere que le diga! Prefiero abstenerme de votar, porque lo de Barabbas tampoco me convence...

—¡Muchas gracias, señor! Como podrán advertir, amigos videoespectadores, las opiniones están muy divididas... ¡Imposible aventurar pronósticos tan prematuramente! Seguiremos brindándoles estas entrevistas durante el curso de nuestra programación

semanal. Estén pendientes: va a recabarse declaraciones en todos los puntos del globo. ¡La opinión popular puede llegar a orientar la suya! ¡No lo olviden, amigos! Paralelamente, se reciben anticipos de voto por mail, SMS o por línea telefónica de veinticuatro horas... ¡Hay catorce aeromóviles “cero kilómetro” para premiar a quienes acierten con el resultado final! ¡No se pierdan la oportunidad de salir favorecidos!

FRAGMENTOS DEL PROEMIO DE LA OBRA *ENMIENDA: UNA CRÍTICA RACIONAL AL HOTRIANISMO CLÁSICO*, POR EL DOCTOR CECIL AUGUSSACK Y EL LICENCIADO JEAN-LUC LINARES (Electroediciones de la Universidad del Suroeste, Volumen III).

[...] En un intento de ordenamiento racionalizado del sistema, partiremos —convencionalmente— de la formulación del hipotético Primer Principio, que designaremos como (A):

(A) *El origen de todo radica en la Matriz Vibratoria, cuyos haces se difunden en el ámbito del Vacío Fijo, y constituyen la Última Realidad.*

Admitido este principio (ya enunciado en la teoría clásica), del cual no diferiríamos en lo esencial —si bien hemos dejado constancia en otro trabajo<sup>1</sup> de cierto matiz de discrepancia con respecto al valor semántico de las denominaciones—, pasaremos, en un orden de básica logicidad, a establecer los otros dos asertos que completarían la Trilogía Fundamental, designados, a su vez, como (B) y (C):

(B) Lo que conocemos como Materia y Energía —y su respectivo subproducto especulativo— no tiene existencia real en un plano trascendente dentro de las coordenadas de lo Absoluto, sino que constituye una simple forma de interpretación dicotómica, propia de un pensamiento cuya especificidad asienta en el materialismo, para autoformularse una idea *convencional* de lo objetivamente real (que, por cierto, no consigue aislar —en su irremisible limitación— de un dominante contenido de subjetividad materialista)<sup>2</sup>.

(C) En el curso del presente razonamiento resulta admisible la existencia de otros *planos dimensionales*, colindantes con el nuestro, para los que las condicionantes básicas revisten caracteres absolutamente divorciados de los que rigen en nuestra propia esfera, y en los que el concepto de “vida pensante” adopta moldes y patrones exclusivos de su naturaleza específica, segregados por ende de los principios basados en nuestra

química orgánica, por poner un ejemplo. Entidades pertenecientes a tal “ultraecología” (si nos es permitido el término) estarían provistas de determinadas facultades “ultrahumanas”, siéndoles por consiguiente factible la producción a voluntad de reacciones fisicoquímicas en apariencia vedadas a nuestras propias (restringidas) facultades<sup>3</sup>.

[...] Una vez sistematizada la Trilogía Fundamental del método, deben seguir, necesariamente, las conclusiones del caso. En la presente obra se analizan y debaten dichas conclusiones en la forma más exhaustiva que ha sido factible a los autores, señalándose, asimismo, las falencias más flagrantes de la “teoría clásica” y proponiéndose, por fin, las enmiendas preparadas al efecto por quienes suscriben, enmiendas emanadas de un análisis *metodizado y profundo* de todos los elementos de información disponibles.

1. *The significance of capitals in the written formulation of the First Principle of the Hotrian theory*, por C. Augussack (publicado en el Boletín bimestral de la USO, Vol. XLIII).

2. Cf. II discurso público de Hotro (Archivo *Omninet*).

3. Cf. III y VI discursos (Id.).

INSTANCIA DEL PROGRAMA TELEVISIVO *DEFENSA DEL ACUSADO*, EN SU EMISIÓN DEDICADA AL CASO M. B. (Archivo *Omninet*).

—¿Es usted el encargado de la recepción de la “Maison Caprice”?

—Sí, señor; uno de ellos.

—¿Estaba de servicio la noche del 20/21 de marzo?

—Efectivamente, sí... Trabajo de lunes a miércoles, con jueves y viernes libres. El 20 fue martes; por lo tanto, cumplí turno completo.

—¿De qué hora a qué hora?... Por favor, diríjase al panel, no a mí.

—De 2300 a 600... ¡Toda la noche!

—Durante esa jornada nocturna del 20/21 en particular, ¿no se registró con usted una pareja de jóvenes, bajo el nombre de “González con Ruiz”?

—Así mismo fue. Ellos...

—Un minuto. De inmediato le haremos ver, en la pantalla que tiene frente a usted, las holofotos de dos personas... Le agradeceremos que nos diga si se trata de los mismos a quienes usted entregó la llave de la habitación 6-C de “Maison Caprice” en la noche de autos. ¿Listo?

—Listo.

—¿Los reconoce?

—Sin ninguna duda: son ellos.

—Gracias, mi amigo. Una última pregunta: ¿solicitaron estas personas, al ocupar la habitación, alguno de los implementos ciberóticos que se incluyen en los servicios de la “Maison Caprice”?

—No... Y me extrañó bastante. ¡Son rarísimas las parejas que continúan apegadas al “naturalismo”!...

—¡Protesto, señor acusador!

—¿Sí, defensor?

—¡La última pregunta es irrelevante! ¿Me permitiría el panel, y el señor acusador también, hacer a mi vez una que sí es pertinente?

—Adelante, defensor.

—¿Conocía usted de antes a la pareja en cuestión, testigo?

—Bueno... Yo... Los había visto en *Omninet*, claro, pero...

—¡Bravo, señor defensor, bravo! ¿Y se puede saber cuál es la relevancia de ese detalle en particular?

—¡Mucha, señor acusador! Porque implica la posibilidad de prejuicio por parte del testigo... ¿Cómo puede saber él con qué *propósito específico* alquiló la habitación la pareja en cuestión?

—¡Vamos, señor defensor! ¡Por Nizer! ¿Para qué alquila uno las piezas de un establecimiento del ramo de la “Maison Caprice”? ¡Es obvio que no ha de ser con el objeto de ponerse a estudiar arqueología!

#### INFORME SOBRE EL RESULTADO FINAL DEL REFERENDO “HOTRO/BARABBAS” (Microdisk del Archivo *Omninet*).

Hecho el escrutinio, los resultados arrojados decretan terminantemente la preeminencia absoluta del grupo “Barabbas” sobre el movimiento hotriano.

En consecuencia, y habiéndose comprobado que los hechos contradicen todos los pronósticos, la política a adoptarse se condensa en los siguientes puntos:

- a) Suprimir de la programación quinquenal el espacio destinado a “La Hora Hotriana”, el cual se anexará al que actualmente ocupa el grupo “Barabbas”, contando este de aquí en más, por consiguiente, con doble tiempo de emisión;

- b) Encauzar la estrategia promocional en torno al principal elemento de programación, comenzándose de inmediato la campaña Pro Moda “Barabbas”;
- c) Instrumentar los cambios pertinentes, a los respectivos niveles de influencia, en especial en lo que atañe al caso concreto “O.B.”

Las disposiciones establecidas en los tres párrafos anteriores emanan directamente de la Mesa Central, con carácter perentorio y de absoluta prioridad sobre cualquier otra política propuesta.

Pase a sus efectos a la sección correspondiente, por la vía más directa.

*DE: CONRADO STEPANCICH - AGENTE DE RR. PP. SD*

*A: J. PIERPONT CASARES - VICEPRESIDENTE EJECUTIVO DE “INTERGOLD, INC.”*  
(Pen drive).

Lamento informarle que todos mis esfuerzos resultaron inútiles, ante la obstinada negativa del sujeto Hotro, en referencia al propuesto arreglo suyo con su Multi-complex.

Honestamente, no consigo explicarme la necesidad de tal actitud recalcitrante, máxime dada la actual situación del sujeto, tan venido a menos desde los tiempos en que ocupara su (efímero) sitial de “superstar”... Puedo asegurarle, no obstante, que todos mis recursos se estrellaron contra su tenaz resistencia, y a duras penas obtuve una razón, de boca de uno de los últimos adeptos que aún conservaba, quien me adujo que “de aceptar, el único resultado sería una depreciación de los metales preciosos, lo cual no redundaría, por tanto, en beneficio real alguno” (sic).

Confirmando a usted, por lo tanto, el rotundo fracaso de mi gestión, informándole, por vía de relativo consuelo, que mis fuentes me notifican idéntico mal éxito por parte de otras tres Multis que, a lo que puede inferirse, abrigaban similares designios con respecto a una hipotética sociedad con ese extraño individuo. Al parecer, todos nosotros habremos de continuar limitándonos a los métodos tradicionales para la obtención de materia prima utilizable en nuestra producción.

Reciba mis saludos y considéreme siempre a sus gratas órdenes.

G. P.

DECLARACIÓN DE ÓSCAR BOULANGER A GUALTERIO SPITZBERG (VídeoLive *Omninet*).

—¿Qué nos puede decir de la conmoción suscitada por el tan sonado caso de su hijo, Mateo Boulanger?

—Sin comentarios.

—¿Es posible que el citado caso guarde alguna relación con su propia destitución del cargo que ocupara hasta fecha reciente en *United Atomics*?

—Esa es materia de índole clasificada, sobre la que no me es lícito expplayarme. Si me disculpa...

—Una sola pregunta más, por favor, señor Boulanger: ¿continúa usted apoyando la campaña hotriana, luego de su derrota en el referendo?

—Ya no me ocupo de esos particulares. Perdone, tengo que...

—¿Qué hay de su hija, Mary Jane Boulanger? ¿Abandonaría el movimiento, según se ha venido especulando?

—Eso tendrá que preguntárselo personalmente a la interesada. ¡Yo no influyo en sus decisiones!

—Perdón, señor Boulanger, pero ¿ella está capacitada para asumir...?

—Mi hija está perfectamente capacitada para discurrir en forma normal: su psicoanalista se lo confirmará en cualquier momento. Ahora, si no tiene inconveniente, me retiro.

—Gracias, señor... ¡Videolive de *Omninet* siempre les trae la última noticia, amigos videoespectadores! Unas palabras del patrocinador y, con ustedes, en unos instantes, nada más, ¡*Los Noventa y Cinco Minutos del Endoéxtasis...*, a cargo de “*Barabbas*”! ¡*El Grupo que resultara triunfador absoluto en el reciente Cosmorating!* ¡*Los Portadores de la Unica Respuesta!!* ¡*A vivir la vida como se debe vivirla... con “Barabbas”!!*

DE LA SECCIÓN “OMNIFLASHES”, DE PUBLICACIÓN DIARIA EN EL PERIÓDICO OFICIAL DEL *ININCE* (INTERNATIONAL INFORMATION CENTER), CON SEDE EN PARRISH, CAPITAL DE LA COMUNIDAD EURÁSICA:

Santa Ana, 16 (IN). En un parque de específicos situado en esta pequeña ciudad del Bloque Suroccidental, halló hoy la muerte **Mateo Boulanger**, quien un lustro atrás llegara a

disfrutar de mundial celebridad a raíz de su afiliación al por entonces muy extendido "Movimiento Hotriano". **Boulanger** tenía apenas 24 años en el momento de su deceso, pero su estado físico era sumamente precario, en especial por obra del tremendo abuso de alucinógenos, a cuyo consumo se abocara desde que, hace tres años, rompiera definitivamente su vinculación con el movimiento de referencia.

N. de la R.: El **Movimiento Hotriano**, surgido a partir de la curiosa personalidad de un peculiar individuo, a quien se conociera únicamente por el apelativo de **Hotro**, había alcanzado insospechada difusión, llegándose a calcular el número de sus adeptos en más de **860.000.000 de personas**, dispersas en todos los rincones del planeta. El principio sobre el cual edificó su credo el hotrianismo implicaba la noción de una hipotética "**última realidad**", la cual —de acuerdo a sus numerosos prosélitos— estaría localizada "**por fuera**" del ámbito cósmico.

**Mateo Boulanger**, su hermana **Mary Jane Boulanger**, y un ex agente "crushman" de nombre **Mark McCulloch**, presumieron de ser los más allegados al enigmático líder, sobre cuyas extraordinarias facetas personales —que habrían rozado incluso el costado místico—, serían las únicas personas que hoy por hoy podrían manifestarse con alguna autoridad.

**Jean-Luc Linares**, intelectual de cierto renombre en círculos eruditos, que estuviera asimismo conectado al movimiento hotriano contemporáneamente con **McCulloch** y los **Boulanger**, se aboca al presente, en colaboración con el distinguido catedrático **Dr. Cecil Augussack Storto**, a la redacción de un enjundioso estudio acerca del también denominado "**fenómeno hotriano**", a su criterio "uno de los hechos más relevantes del último milenio". Entrevistado por esta columna en relación al luctuoso suceso que nos ocupa, aseguró ignorar el actual paradero del otrora celeberrimo **Hotro**, quien, en su opinión, habría sido, de toda probabilidad, "*sencillamente devorado por la masa*".

En cuanto al fallecimiento de **Boulanger**, **Linares** manifestó su pesar al respecto, si bien reconoció que el trágico avatar no le resultaba del todo sorprendente, habida cuenta de la perturbación psíquica que afectara al desafortunado joven, víctima de un obsesivo complejo de culpabilidad —siempre de acuerdo a la declaración de nuestro entrevistado—, vinculado a determinada "**traición imperdonable**", de la que persistía en acusarse.

ARCHIVO PROPORCIONADO POR EL DOCTOR CONSTANCIO SUMMERVIELLE,  
DIRECTOR INTERINO DEL SEGUNDO HOSPITAL NEUROPSIQUIÁTRICO DE CIUDAD  
SUR, NUEVO PIRÚ:

Siendo las 1600 horas del día 15 del corriente, me cupo el privilegio de desvelar uno de los misterios más impenetrables de los últimos tiempos... En efecto, he dado con el paradero de Hotro, el tan controvertido personaje que siete años atrás fuera responsable de lo que no vacilo en calificar como el más insólito y menos racional de los fenómenos sociales registrados en el pasado milenio.

El hecho ocurrió en forma meramente accidental, por lo que no me corresponde, estimo, arrogarme mérito alguno al respecto. Grabo este archivo, sin embargo, en

atención a la notable personalidad del sujeto en cuestión, cuya real identidad no fue sospechada por nadie en ocasión de su ingreso al hospital, bajo nombre supuesto.

Acotaré, de paso, que (descontando a un puñado de eruditos) seguramente la inmensa mayoría del público no considera el recuerdo del “fenómeno hotriano” más que como una curiosidad punto menos que baladí. Desde una perspectiva historicosocial, no obstante, es imposible desconocer la gravitante relevancia de dicha manifestación masiva en el contexto de la historia de los últimos dos mil años. El carisma del líder, sobre todo, y sus inusitados rasgos personales, abren fascinantes desafíos a la mente inquisitiva...

Pero recapitulemos los hechos: en la fecha antes mencionada, el dispositivo *Cybrain* del hospital, que contiene en su banco de memoria los perfiles psicofísicos de más de dos billones de individuos, reveló, en forma irrecusable, la verdadera filiación del mentado “Manuel Pérez”, parroquiano de un determinado local de ciberóticos que ingresó a nuestro CTI con un cuadro crítico de ultrasaturación orgasmicosensoria.

Una vez medicado de acuerdo a lo prescripto por el *Diagnostimatic*, el sujeto recobró el uso de algunas facultades; no así, en apariencia, de su memoria, pues persistió en la sincera convicción de su asumida falsa personalidad. El examen psicofísico preliminar reveló un reiterado uso de anfetás, alucinógenos por diversas vías, a más de bebidas estimulantes y actividad sexual incontrolada, con el resultado de un agotamiento energético sin reversibilidad.

Resulta sorprendente, empero, que ante tan desmedido abuso de su organismo, no haya sobrevenido el deceso. Del mismo modo, la subsiguiente (e inexplicable) recuperación se produjo en un lapso excepcionalmente breve, y contra todas las pronósticos emitidas.

Sometido a pentotal, y posteriormente a aplicación de técnicas sofrológicas, logró obtenerse cierto reconocimiento de su identidad real, aunque era notorio el control inhibitorio que interponía un sólido bloqueo infraconsciente.

Repetía una y otra vez la misma frase, modulada —pese al estado de semiestupor en que se hallaba sumido— con asombrosa claridad:

*“Soy Manuel Pérez; soy un hombre más.”*

En la última de las sesiones hipnóticas de que se le hiciera objeto antes de que —en atención a su legítima reclamación de sus derechos constitucionales— debiéramos darle de alta, pronunció otra oración, cuyo significado no llegamos a desentrañar:

*“Me han devorado, Uhno. Ellos ganaron, después de todo.”*



.....

Grabo esto seis meses más tarde.

El llamado Manuel Pérez nos dejó hace dos semanas, y hasta el momento han resultado infructuosos todos los esfuerzos de mi parte por volver a localizarlo.

Me he podido conectar con alguien que había estado profundamente ligado a él en tiempos de su renombrado movimiento, y he aquí la conversación que sostuvimos en oportunidad:

—Me llamo Mark McCulloch. Tengo treinta y dos años.

—¿Conoció usted bien a Hotro, el fundador y líder del movimiento, o fenómeno, que conmocionara a nuestro mundo hace siete años y medio?

—Creí conocerlo... Pero ahora me doy cuenta de que, en realidad, nadie lo llegó a conocer del todo.

—¿Cuándo se separaron?

—Poco tiempo después de que los “Barabbas” nos desplazaran... Desde entonces no he tenido más noticias de él, lamentablemente.

—¿No hizo intentos por buscarlo? ¿Por retomar contacto con él?

—No. Nunca.

—Entiendo que lo apreciaba, ¿no es así?

—Yo... Me resultaría imposible expresar en palabras lo que significó Hotro para mí. Él..., bueno, me transformó en un hombre nuevo.

—Pero usted no procuró impedir...

—¡Usted no lo puede entender! Era imposible para cualquiera de nosotros hacer otra cosa que aquello que él nos indicaba... Y la desintegración del movimiento fue decisión suya. Terminante. ¡No pudimos dejar de acatarla!

—¿Tiene alguna idea de las motivaciones de Hotro para asumir una actitud tan radical?

—Nunca indagué sus motivaciones. Él sabría.

—¿De manera que usted no interpretaba, pues, sus razones?

—Solo en los casos en que él elegía explicármelas... Para mí, todo cuanto él hacía era acertado.

—¿Usted se sentía compenetrado de su doctrina?

—Tengo que confesar que nunca llegué a entender del todo los principios... No puedo jactarme de un intelecto privilegiado, como era el caso de Jean-Luc, por ejemplo. Pero siempre le tuve una confianza ciega a Hotro. Y fue por eso que seguí sus pasos.

—¿Qué opinión le merece la tan controvertida “traición” por parte de Mateo Boulanger? ¿Está enterado de la muerte de este?

—Oí la noticia, sí... Mateo pregonó, efectivamente, una supuesta traición que habría perpetrado en perjuicio de Hotro...; pero al mismo Hotro no le escuché nunca ni un comentario, siquiera, sobre ese tema.

—Le he mostrado evidencias que prueban fehacientemente la internación de Hotro (bajo falsa identidad) en este hospital; también le he enterado de la índole especial de los trastornos que aquejaron a su ex líder. ¿Qué opina sobre ello?

—¡En cuanto a eso, estoy seguro de que debe haber algún error! El Hotro al que conocí nunca pudo...

—Permítame reiterarle que la identificación proporcionada por el “Cybrain” está más allá de la falibilidad humana. ¡No caben dudas sobre su exactitud!

—¡Alguien pudo haber falseado los datos, o...!

—Señor McCulloch, ¿dónde diría usted que podría encontrarse Hotro en estos momentos?

—No sabría decirlo. Pero de algo estoy seguro: esté donde esté, algún día volverá con nosotros, para culminar su obra..., ¡aunque el Cielo sabe que no lo merecemos! Yo tengo fe ciega en que así será.

—Entre tanto, ¿seguirá usted difundiendo su ideario?

—Ya le expliqué que no me considero apto ni digno. Nunca podría cargar con una responsabilidad de ese calibre. Pero siempre estaré listo para seguir a Hotro, suponiendo que se diera el caso de que alguna vez me lo solicitara.

—¿Tampoco ha sabido de sus compañeros de movimiento?

—Solo de la desgracia de Mateo.

—¿No está enterado de que Jean-Luc Linares, en colaboración con un catedrático de la USO, el doctor Cecil Augussack, han publicado un libro (cuya versión On-line se difundirá estos días), en el cual critican la doctrina básica de Hotro, atribuyéndole diversas falencias?

—De eso no tenía noticias... Pero no concibo cómo alguien..., quienquiera que fuese..., podría abrigar la pretensión de *corregir* la palabra de Hotro. Me parece tan absurdo como risible. ¡Linares no debe de estar en sus cabales! En cuanto al tal Augussack,

apenas lo conozco; pero no me extraña demasiado un dislate así en un individuo de su clase..., ¡un infatuado sabelotodo!

—En resumidas cuentas, señor McCulloch, ¿usted afirmaría que Hotro habría sido depositario de algún Conocimiento o Ciencia supremos, que nuestro mundo demostró ser incapaz de interpretar?

—¡Por supuesto! Si le sirve mi opinión, el mundo no estaba preparado para recibir a Hotro, ni lo merecía; como tampoco me parece que esté preparado o lo merezca hoy día... Quizás fue por esa razón que él escogió exiliarse: en espera de un momento más propicio. ¡Ahí se producirá su regreso, y cuando eso suceda, dé por seguro que me va a encontrar junto a él!

—¿Cuál es su actividad en el presente, señor McCulloch?

—Me convertí en jardinero... Y, si quiere que le diga, considero que el trato diario con nuestras primas, las plantas, suele proporcionar satisfacciones que no se obtienen, por cierto, del roce con nuestros propios congéneres...

FOLLETO DISTRIBUIDO POR LA ORGANIZACIÓN “HIJOS DE BARABBAS”, CON FIN ES PROPAGANDÍSTICOS Y DE DIFUSIÓN (Desplegable con hologramas).

## YO HALLÉ LA VERDAD

por James Gottlieb

Mi vida se había iniciado bajo una mala estrella.

Al menos esa era la muletilla con la que constantemente procuraba justificar ante mi conciencia los múltiples errores que jalonaban una existencia desprovista de sentido.

**¡Yo desafié una vez el orden establecido!**

En mi ceguera, desoyendo las voces de una lógica que mi pervertido instinto obnubilaba, creí hallar la solución para mis conflictos morales en un necio alzamiento contra las normas que rigen a la Sociedad.

Me afilié a una de las tristemente célebres bandas subversivas que asolaban a las ciudades en aquellos días... Llegué, inclusive, a convertirme en su líder. Hoy en día me arden las mejillas, y se estremece mi corazón, ante el recuerdo de las atrocidades que cometíamos entonces, en nombre de alguna hipotética “justicia social”, que proclamábamos a voz en grito, sin definirla jamás con propiedad... Pero no he de extenderme sobre tan ingrato particular; baste consignar que fue solo merced a la benevolencia y comprensión de la Multi agraviada,

que pude finalmente tornar a contarme entre los miembros sanos de esta comunidad. Se me redimió, y una etapa infame y errónea de mi vida quedó atrás.

Sin embargo, aún había de extraviarme una vez más.

Desorientado todavía, mareado por el choque de sentimientos contrapuestos al producirse mi reintegro a la Sociedad, me dejé encandilar por una falsa doctrina, tan desconectada de los principios de una lógica coherente como la ilusoria imaginería que provee un alucinógeno lo está de la mera realidad.

...Pero la Vida es misericordiosa, y eso también pasó. Aquella prédica falaz terminó por sumirse totalmente en el olvido, no sin antes haber contaminado, empero, a una legión de seres aturdidos por sus ponzoñosos clamores.

Otra Voz sería la llamada a imponerse al fin.

La única veraz.

Esa Voz, la del **Grupo Barabbas**, sonora y retumbante como el metal de las campanas del Templo de la Verdad, fue la que me reveló, finalmente, el sentido de las cosas. Me abrí a la paz del **Endoéxtasis**, y entonces, sólo entonces, maduré.

Atrás quedaron tinieblas y vacilaciones.

Ha comenzado, para mí, el Reino.

Yo, James Gottlieb, hallé la Verdad.

***Usted también puede hallarla. ¡Escuche nuestra voz! ¡Abra su mente a los fundamentos del único sistema que garantiza Vida Plena y En Abundancia! Escriba a “Los Hijos de Barabbas”, P.O. Box 5198 SD, o diríjase vía e-mail a [barabhijos@surnet.org](mailto:barabhijos@surnet.org) y le enviaremos, sin cargo alguno, el CD “Vida Sin Límites”, compendio de nuestros principios existenciales.***

***¡NO DEJE PASAR UN DÍA MÁS!***

***¡NUNCA ES MUY PRONTO PARA EMPEZAR A VIVIR! ¡SÁLVESE CON EL ENDOÉXTASIS!***

GACETILLA PUBLICADA EN EL PERIODICO “VOCES” (Edición Cono Sur).

***Ciudad Paz, 13 (IN) El primer premio del Concurso Floral que se celebra, como es tradición, año a año en esta ciudad capital, correspondió, en la presente edición del certamen, a una nueva variedad de rosa blanca, presentada por el floricultor Mark McCulloch, cuyo trabajo goza de merecido renombre en la zona.***

“He bautizado a esta rosa ‘Reencuentro’”, dijo **McCulloch**, “y no habría conseguido tan halagüeños resultados sin la inapreciable colaboración de mi amigo y colega, **Manuel Pérez**, con el cual estimo de estricta justicia compartir este galardón. Ojalá que esta rosa pueda simbolizar”, añadió, “el reencuentro

con sanos ideales y legítimos goces.” El poético discurso fue calurosamente aplaudido por los circunstantes, en un ambiente de general simpatía.

# Revelación Final

---

Apéndice, escrito doce años más tarde  
por Mary Jane Boulanger

No me gusta escribir.

Sé que no tengo facilidad para expresarme, y no ignoro que mis frases carecen de la fluidez que un ánimo más poético podría conferirles. No me destaco, ciertamente, por mis dotes literarias; y de esto soy bien consciente en la actualidad, cuando por fin puedo afirmar que me encuentro, como suele decirse, en mis cabales...

Sin embargo, y cediendo a la insistencia del doctor Augussack, haré cuanto esté en mi mano para prestar mi humilde colaboración al equipo que trabaja en estos estudios sobre el llamado “fenómeno hotriano”, movimiento en el cual me viera involucrada merced a circunstancias nada comunes.

El doctor Augussack me ha encarecido, en forma por demás enfática, que intentase mostrarme lo más honesta y sincera posible y dejase de lado toda reticencia. Me permito darles, a él y a los eventuales lectores de estos párrafos, la plena seguridad de que no vacilaré en asentar aquí todo aquello que, de acuerdo a mi leal saber y entender, refleje la verdad de mis sentimientos. Procuraré ser objetiva, aun al referirme a mi caso personal; pero, del mismo modo —y siempre de acuerdo a las directivas emanadas del doctor Augussack— intercalaré mis opiniones propias en todas aquellas ocasiones en que, a mi juicio, resultaren pertinentes.

Acabo de repasar los capítulos que dictara tantos años atrás —en plena vigencia, por entonces, de mi perturbación emocional—, y por cierto que no logro reconocer como el mío ese lenguaje afectado, y por momentos hasta cursi, campeante en las páginas de mi (?) relato. En honor a la verdad —y he aquí una instancia más que propicia para aplicar la normativa de honestidad proclamada en líneas anteriores—yo diría que, en rigor, fue alguien independiente de mí, de esta que es hoy Mary Jane Boulanger, el autor de tal versión de los referidos sucesos.

En cuanto a las “interpolaciones”, por así llamarlas, y al presunto “estado de trance” en que —según la información que me proporciona el doctor Augussack— me habría sumido en el momento de dictarlas, debo manifestar aquí y ahora, en forma clara y terminante, que no tengo conciencia en absoluto, ni de las “interpolaciones” de marras, ni mucho menos de ninguna forma de trance o estado hipnótico en el que pudiera haber caído.

He escuchado el archivo donde originalmente se registrara mi deposición, sin embargo, y no puedo menos que admitir que esa voz, en sus matices, tono e inflexiones, guarda notable semejanza con la mía propia, si se hace abstracción de cierto acento melifluido, atribuible al estado de perturbación psíquica que por entonces me aquejaba.

Razón por la cual no me cabe sino rendirme al testimonio irrecusable de la máquina, y terminar aceptando a cada uno de esos períodos como una suerte de “lapsus” de conciencia, bien que no consiga explicarme la razón de los mismos.

Esto, en otro orden de cosas, no deja de resultar extraño —si me es permitida tal intromisión en competencias ajenas—, teniendo en cuenta que mi síndrome histérico no incluía manifestaciones de ese tipo, circunscribiéndose, por el contrario, *a un solo aspecto específico de anomalía*, derivado de de mi trauma. Dejaré el punto en suspenso, no obstante, transfiriendo, como corresponde, la puesta en claro de este enigma a entendimientos más capaces.

Respecto a mi patología, tras todos estos años he asumido sin excesiva violencia mi curación por “shock”, una vez que fui puesta al corriente de las circunstancias en juego. No me siento en modo alguno inhibida de tocar el tema; tema pertinente, si los hay, en lo que hace referencia al presente estudio.

Pero vayamos por orden (ya advertí al comienzo acerca de mis carencias como escritora; me amparo, pues, en la tolerancia del lector ante la reiteración de “gaffes” literarias): conozco muy bien la causa de mi pasado estado de histeria y estoy preparada, como he dicho, para compaginar su significado dentro del contexto de mi existencia.

Cuento en la actualidad treinta y siete años; pero no resulta erróneo sostener que, vivencialmente, correspondería que se me adjudicasen unos cuantos menos... Fue a la tierna edad de ocho que el trauma histérico se alojó en mi cerebro. Hasta el día de mi curación —doce años atrás— *viví en el convencimiento de que me habían robado a mi hijo*.

Ahora, desde luego, soy consciente de los hechos en su real naturaleza. Un simple caso de atrofia en un doble parto. Un caso algo atípico, conforme, pero para nada desconocido en los anales de la medicina: uno de los fetos, defectuoso, se desarrolló en el interior del otro, en una suerte de semiparasitosis que solo puso en peligro mi vida al ingresar al octavo año. Se hizo imperativa la intervención quirúrgica; pero, ciertamente, no existe cirugía (o cuando menos entonces no existía) que extirpe los traumas del subconsciente.

Se distorsionó mi sentido de la realidad, enturbiando los niveles conscientes y esparciendo la confusión en mis ideas, conforme entraba en la pubertad. Viví para esperar “la vuelta” de mi hijo.

En el ínterin, crecía en mi interior un irracional sentimiento de rencor, orientado hacia quienes, en el lenguaje de mi trauma, “me habían arrebatado sin piedad al fruto de



mis entrañas”... Sé bien que esta explicación amerita acusaciones de simplismo. No pierdo de vista la participación, en mi conflicto, de sutiles repliegues de la conciencia, donde sin duda habrán hallado cobijo ciertas raíces infinitamente más complejas y oscuras de lo que esta llana exposición de los hechos que he esbozado permite suponer. Los especialistas no dejarán de percibirlos, por descontado, incluso a través de mi torpe fraseología. Pero estimo que, a los efectos del presente ensayo, ha de ser suficiente con tal magra descripción. A pesar de sortear, por mero desconocimiento de mi parte, el término técnico, la misma alcanza a reflejar, a mi parecer, con plausible exactitud, la deformación que mi intelecto padecía en aquella época.

Evoco esa suerte de “clarividencia a trasmano” (no hallo forma más apropiada de caracterizar mi alucinación al toparme inopinadamente con el llamado Hotro), y en verdad me parece fútil todo esfuerzo de mi parte por pretender explicarme la razón, el motivo impulsor, de haberseme antojado materializar en ese personaje en particular, y precisamente en él, la elusiva imagen de “mi hijo robado”, que incubara durante mi trastorno.

¿Pudo haberse tratado de un caso de poderosa inducción mental? En repetidas ocasiones, posteriormente, me fue dado constatar que, en efecto, parecía existir en Hotro una cierta facultad para imponer su energía volitiva a la de los demás; y esto incidía, recalco, prácticamente en cuantos le rodeaban, no solamente en un sujeto incapacitado para resistirse, como yo lo era entonces.

Pero, de nuevo, ¿por qué coincidiría el mecanismo de mi alienación con los supuestos designios de Hotro, fueran estos cuales fuesen? ¿Merced a qué especie de inescrutable providencia se cruzaron, en la infinitud del pluriuniverso, una entidad dotada de inauditas facultades —Hotro— con alguien como la Mary Jane de entonces, agobiada por *sus* anomalías personales?

Cabría suponer una suerte de deliberación en los planes de Hotro, presumiéndose que los tuviese; pero, al mismo tiempo, una conjetura tal implicaría conceder que Hotro hubiese estado dotado de una serie de poderes mentales y telepáticos cuyos alcances, para ensamblarlos en la hipótesis, repugnarían aun a la lógica más indulgente.

He resuelto dejar mis fantasías, como mi enfermedad, en el pasado. Estimo más realista y más juicioso (y por ende más propio de la Mary Jane actual, exorcizada de sus manías) el aceptar la posibilidad de lo fortuito —una mueca del gigantesco Azar cósmico— que lucubrar en torno a una improbable urdimbre de ineluctables designios.

El hecho concreto (y explíquese como se desee) fue que, dadas sus particulares características, y enfrentadas nuestras respectivas peculiaridades, él *encajó* donde acaso, en otras circunstancias, no habría hallado sitio.

Fue automático en mí —y hago hincapié, entre paréntesis, en reivindicar mi autoridad para referirme a mis percepciones de esa época por cuanto, pese a cierta clínica frialdad que las distancia un poco, me es posible, sin embargo, evocarlas con toda fidelidad—, fue automático en mí el aceptar el paquete de sus ideas al mismo tiempo que me precipité a aceptarlo a él. Para mi entendimiento y emociones, Hotro era mi hijo, que había vuelto a mí (y así lo sentía, con una intensidad que calificaría de salvaje); pero también, al mismo tiempo, Hotro era el salvador del mundo, poseedor de la Única Verdad. Ambos convencimientos arraigaban en mí con idéntico furor.

Para remate, Mateo, mi tan querido hermano, también retornaba al hogar en compañía de “mi hijo”, se identificaba con él y adoptaba su doctrina. ¿Qué más natural que integrarme yo a esa influencia tan compatible con mis ansiedades? Ni siquiera hubo un conato de resistencia: supongo que mi entendimiento acató a sus propios y traumáticos reflejos. Mi conversión (si así puede llamársela) debió ser parte de mi patología.

Cuando, al aparecer Hotro, acompañado por Mateo, en nuestra casa, yo prorrumpí en mi ex abrupto de “¡Este es mi hijo, que ha vuelto!”, supongo que mi padre ha de haber captado de inmediato lo comprometido de la situación. Hay que tener en cuenta que Hotro no había revelado aún (salvo a algunos pocos) su verdadera condición. En aquellos momentos no pasaba de ser, a los ojos de mi familia (descontando, claro, a Mateo, ya iniciado), un simple desconocido de extravagante atuendo.

Debo congratularme de la forma tan diplomática en que mi progenitor supo manejar la situación. Atinó a llevarse aparte, con harta discreción, al recién venido, y ponerlo sintéticamente al tanto de las anómalas condiciones que regían la convivencia en aquella casa... Y he conservado siempre, aun distanciada por el tiempo y las circunstancias, un profundo sentimiento de gratitud hacia aquel extraño (fuese quien fuese), por la delicadeza que demostró al adaptarse con tal fluidez a las reglas del juego y prestarse a simular un ambiente de “normal anormalidad”, en beneficio de una desconocida. Nunca llegué a sospechar nada de ese arreglo entre mi padre y él.

Ahora, al examinar mi propio caso con esta mente ya despojada de los velos que la enturbiaran, puedo recordar —y no sin cierta sensación autoconmiserativa— mis secretos e inconfesados dilemas al interrogar a mi conciencia acerca de la insólita personalidad de aquel a quien tenía por hijo. Un bloque protector —supongo— ha de haber

salvaguardado mi cordura ante la incongruencia de un hijo casi de mi misma edad: simplemente aceptaba ese detalle como una más de las singularidades de mi hijo, y aun me complacía en constatar la paridad de nuestra juvenil lozanía, en contraste con el marchito aspecto de los mayores... Aunque cualquier mención en lo relativo a edades me provocaba un colapso que se resolvía en llanto o accesos de cólera.

Desde luego que no faltaban otros factores algo más inquietantes. Aquel aire excéntrico de mi hijo, su rebuscada forma de expresarse y, en especial, el dominio que parecía ejercer sobre cuantos le trataban, particularmente en el caso de Mateo o del grandulón de Mark McCulloch (que lo seguía por todas partes, como un gigantesco Gran Danés)... Concluía por decirme que mi hijo era ni más ni menos que un chico fuera de lo común, agraciado con dotes superiores al promedio; lo cual no constituía otra cosa que un motivo de legítimo orgullo para mí, la madre. Y ahí se cerraba la cavilación, la mayoría de las veces.

Sin embargo —quizás porque en lo más hondo de mí persistía en latir cierto recelo—, en reiteradas ocasiones me vi impulsada a interrogar a Hotro, en demanda de aclaraciones sobre sus ideas. Como tengo bien presentes esas conversaciones (que, por fortuna para esta investigación, no se han borrado de mi memoria con la vuelta a la normalidad), pasaré a consignar aquí lo más significativo de ellas, pues con toda honestidad considero que servirán para completar la imagen que, a través de los aportes compilados en el presente volumen, se ha pretendido conjurar.

Cierta vez le pregunté:

—Hijo, ¿cuál es tu propósito? ¿Redimir a la Humanidad, acaso?

—Esa sería una tarea —me sonrió él— que rebasaría ampliamente mis posibilidades... Lo que yo busco es hacerle ver a la Humanidad cómo podría autorredimirse. Y es probable, lo confieso, que aun esta intención resulte ser una pretensión excesiva. ¡Se han tendido tantos velos ante los ojos de la gente!...

Le tomé una mano, orgullosa.

—Si alguna persona llega a acercarse alguna vez a lograrlo —le dije con sinceridad—, no sería otro que tú.

—Pero la cosa es —intervino Mateo, que nos acompañaba mientras veíamos caer la tarde en la soledad de nuestro jardín—, ¿se merece esta humanidad nuestra que te tomes la molestia?

Vi que Hotro se ponía serio de repente. De sus ojos manaba melancolía.

—Me cabe esa responsabilidad —musitó.

Fue en esa ocasión cuando por primera vez empecé a sentirlo distante, como si en torno de él flotase un nimbo de su exclusividad que, pese al obsesivo amor que suscitaba en mí, bloqueaba en parte nuestra fusión.

—Tengo muchas esperanzas —aseguró él, al cabo de unos instantes, posiblemente con el ánimo de disipar la atmósfera sombría que se había originado—. Nuestros programas televisivos tienen muy buena repercusión, a juzgar por la cantidad de testimonios populares que nos llegan día a día... ¿No es así, hermano Mateo?

Mi hermano se había abstraído en sus propios conflictos interiores (ya en aquel entonces debió comenzar a manifestarse su profunda perturbación emocional, aunque ninguno de nosotros se apercibía de ello), por lo cual no contestó sino tras un ligero sobresalto.

—¿Eh? Ah, sí... Nos va rebién, sí.

—No has puesto demasiado entusiasmo en tus palabras —sonrió Hotro.

—¡No digas eso! ¡Estoy muy contento, claro que sí! Solo que a veces quisiera..., no sé..., que todo funcionara más rápido, que...

—Las cosas han de ajustarse a su proceso natural —observó mi hijo—. Hay un tiempo para cada etapa; y eso es ineludible, me temo.

—¡Es que la gente es tan necia!... —exclamé—. Pero acabarán por entender tu mensaje..., ¡vas a ver que sí!

Se volvió a mirarme, con una de aquellas expresiones tuyas, tan removedoras.

—¿Estás segura de que *tú* lo entiendes?

—¡Te reís de mí! —le reproché, en son de broma—. ¡Mirá que burlarte de tu mami de ese modo!... ¡Sos el hijo más irrespetuoso del mundo! ¡Y ahora, por eso mismo, no te hablo más, qué también!

—¡Por favor, Mariján! —protestó Mateo—. ¡Esta era una conversación en serio!

A él le chocaba, sin duda, aquella actitud aniñada de mi parte, al igual que mi afectado tono maternal. Pero sabía disimularlo muy bien, hay que reconocerlo; así como Hotro, también, se portó de manera mucho más discreta y considerada de lo que muchos lo habrían hecho en su lugar. Nunca podré agradecersele a ambos como se lo merecen.

—Bueno, si se trata de temas profundos, queridos, yo quisiera tener clara una sola cuestión: ¿ustedes piensan que toda esta inmoralidad que nos invade hoy por hoy se va a curar algún día? ¡Porque jamás en la historia humana se vio cosa igual!

—Los hombres obran según el patrón sobre el cual se moldearon sus naturalezas — dijo Hotro, con cierta pesadumbre—. No puede reprochárseles por eso.

—¡Pero esta proliferación de la sexualidad exagerada!... —la frasecita provenía del acervo de mamá—. ¡Eso ya viola hasta las leyes naturales! ¡Es...!

—¿...Aberrante? —sonrió Hotro—. ¿De dónde sacaste eso?

Enrojecí.

—¡Ya sé que sos un intelecto superior, hijito!... ¡Pero eso no te autoriza a mofarte así de tu propia madre! ¿Acaso me estás negando que pueda tener ideas propias?

—Sé bien que sí las tienes —repuso él, con cariñosa inflexión—; pero esta no es una de ellas, ¿verdad?

—¡Cosas que les oye a los viejos!... —opinó Mateo.

Y entonces Hotro dijo algo que aún continúa resonándome en los oídos, a través del velo brumoso del tiempo:

—Justamente por cumplir con esas “leyes naturales” es que los hombres son cual son... Pero esas mismas leyes podrían llegar a reelaborarse..., conociendo el modo apropiado para llevarlo a cabo.

Nos quedamos en silencio, sumergido cada cual, supongo, en su propia intimidad. Hay un clima propicio a la complicidad espiritual, me parece, en esa hora casi penumbrosa en que el sol desaparece y los insectos chirrían.

Oí que Mateo musitaba, como para sí:

—...¡Tan azules! ¡Los más azules del mundo!

Pero ni siquiera registré sus frases. En aquel entonces, yo sólo existía en función de Hotro.

En otra oportunidad, y a propósito de algo que había dicho en uno de sus programas de *Omninet*, le hice notar a Hotro:

—Hablaste de un modo... ¡Como si no formarás parte de nuestra especie!

—¡Vaya, vaya! —se burló—. ¿De manera que ahora te has constituido en otra de mis críticas?

—No, en serio, hijo. ¿Te sentís... diferente a los demás?

—Nadie es “igual” a nadie.

—Pero tú, en especial, ¿te sentís como si fueras distinto?

—¿Y no te sientes *distinta* tú?

Apreté los labios. Tenía él un modo de devolver pregunta por pregunta, que... Pese a todo, persistí:

—Cualquiera que te haya oído en ese programa tuyo, poco menos que pudo pensar que venís de otro mundo... ¡Qué sé yo!

Y entonces fue que me asustaron mis propias palabras. Me acerqué a él (*¿dónde había estado* todos aquellos años, después de todo?...?), y le susurré, en tanto sentía que el color se iba de mis mejillas:

—¿De dónde has venido?

—¿De dónde hemos venido todos..., tú?

No supe cómo tomárselo. Aun ahora, con la mente más clara, y disponiendo de un cúmulo de información al que en aquella época no tenía acceso, vacilo en calificar sus verdaderos designios... Hotro era de naturaleza decididamente hermética. Lo cierto fue que, al menos por el momento, desistí de indagar.

Sin embargo, impulsada por una ansiedad enfermiza que sin duda formaba parte de mi patología, hice un aparte con mi hermano.

—Mateo, ¿qué sabés de mi hijo? Nunca hablamos de eso, pero..., como estuvieron juntos tanto tiempo, tenés que haber llegado a conocerlo bien, ¿verdad?

Desvió la vista.

—Es... muy especial.

—¿Lo ves como... extraño, ajeno?

—Como él no hay ningún otro hombre.

—¿Y qué representa para ti..., para los demás del grupo?

—Para mí es como...

Se quedó en suspenso. Vi que fruncía la frente, y una arruguita vertical le hendió el entrecejo.

—Hizo... algo en mí —murmuró después.

—Algo bueno, ¿no es cierto?

—Algo que... —de pronto, sentí que me clavaba la vista. Extendió una mano y se apoderó de una de las mías, acariciándola suavemente con las yemas—. Creo que me obligó a mirar a mi propio interior con ojos nuevos...

—Una vez dijiste que te había ayudado a madurar —le recordé—. ¿Es eso?

—Madurar... —Se me acercó más, sin dejar de observarme con fijeza—. Sí —dijo abstraídamente—, es posible que sea un buen modo de expresarlo. Madurar...

Me soltó de golpe y se alejó.

—¡Acabo de acordarme que teníamos reunión urgente! —exclamó, volviendo a medias la cabeza—. ¡Hasta luego, Mariján! ¡Tengo que salir volando!

Más tarde supe la verdad. Había ido a ver al doctor Fossatti, el mismo analista que me había estado atendiendo desde el origen de mi trauma. El trastorno de mi hermano se agudizaba; pero aún era imposible sospecharlo, y mucho menos intuir el trágico desenlace que acarrearía.

Tal vez (se me ha ocurrido en ciertas ocasiones), de haberme hallado en plena posesión de mis facultades mentales, yo habría tenido alguna posibilidad de evitar, o cuando menos retardar, el irreversible proceso destructivo que comenzaba a desencadenarse. Tal vez... Pero, anonadada, incluso hoy día, por esa lógica implacable que parece inherente al devenir de la existencia humana, he llegado a revestirme de una costra de resignado fatalismo, que aunque esté desprovista, en rigor, de base racional, termina por imponerse aun cuando no acertemos a hallarle explicación. Acaso, podría decirse, todo esté en verdad irrevocablemente escrito.

Hotro me describió, durante el curso de otra de nuestras conversaciones profundas, el método del que pensaba valerse para llegar al logro de sus fines.

—Ya ha sido comprobado —me explicó—, que si se consigue que cualquier persona humana adquiera *conciencia* de una cosa en particular, eventualmente se le podrá enseñar el modo de influir sobre esa cosa para su propio bien.

—No me queda muy claro...

—Las ondas cerebrales, por ejemplo... ¿Alguna vez te hicieron un electroencefalograma?

—Sí —repuse—. Dos o tres, creo.

—¿Sabes cómo funciona?

—Te ponen unos cablecitos en la cabeza, y unas conexiones con el computador van recogiendo una especie de líneas zigzagueantes, chic-chic, chic-chic, que se imprimen para que el doctor las estudie... ¡Algo por el estilo de eso es!

—Aproximadamente, sí. ¿Y tienes idea de lo que representan esas líneas “chic-chic-chic”?

—Deben indicar si algo marcha mal en la cabeza de uno... ¡Pero claro que yo no las puedo entender! ¡El médico sabrá cómo se interpretan!

—Pues ahí está la cosa —sonrió él—. Si tú las entendieras, si te compenetrases de su verdadero significado, podrías llegar a *alterarlas* de acuerdo a tu conveniencia. ¿Comprendes lo que estoy tratando de decirte?

Hice un mohín.

—¡Es la primera vez que oigo una cosa así!... ¿Seguro que no te estás riendo de mí otra vez?

—No es cosa de risa —me contestó—, sino de reflexión. Así como se podría incidir en las líneas zigzagueantes (que provienen de ciertas ondas cerebrales pasibles de provocarse a voluntad), conociendo la forma de hacerlo, también se podría moldear esa “otra realidad” que, aunque coexiste con la de todos los días, no es inteligible a los sentidos, en cuanto se sepa cómo captarla.

—¡Cada vez te entiendo menos! —reí—. Aunque me encanta oírte, para mí sos muy difícil, hijo. ¡Tu madre nunca pisó una Universidad!

—Tampoco yo —esbozó una de sus raras sonrisas de diversión—; pero hay ciertos conocimientos que han de recogerse más allá de los textos...

—¿Por... instinto?

—Vivencialmente, sería más exacto. ¿Te gustaría hacer la prueba?

Nos hallábamos a solas, en la sala. Nadie nos molestaba, y a mí no había nada que me complaciese más que contentar a Hotro. Fue con ese ánimo que accedí a someterme al experimento. Ni por un instante aquella mentalidad restricta que me gobernaba entonces habría acertado a identificarse con nada más intenso o profundo que una simple emoción.

—¿Qué, me vas a hipnotizar? —bromeé, no sin cierta inquietud.

Meneó la cabeza. Sus ojos eran maravillosamente sedantes.

—Nada de eso es preciso —me tranquilizó—. Lo único que deseo es que te sientes ahí, en el diván... No, será mejor que te reclines. Así..., muy calma, muy serena... Ahora cierra los ojos y oye lo que te digo, ¿eh?

—¿Viste? ¡Me querés hipnotizar, nomás! —protesté, con los ojos apretados.

—Shh... Trata de verte a ti misma, en tu interior, así como estás ahora... Tendida en el diván, a media luz, sola conmigo en este salón... ¿Puedes verte?

Siguiéndole el humor, procuré concentrarme.

—Ya está —afirmé, al ratito.

—Bien. Ahora, haz un pequeño esfuerzo..., y elimina todo lo que no forme parte de ti. Muebles, alfombras, paredes, luces, cuadros...; todo deja de existir. Solo quedas tú.



—Y tú —observé.

—Ambos somos lo mismo: vida. Ahora voy a pedirte un poco más. Concéntrate en mi voz. ¿Lista?

—Sí... ¡Pedime!

—Presta atención: quiero que procures eliminar toda noción *corporal*... Tú sigues existiendo, aquí y ahora; pero ya no tienes cuerpo. ¿Podrías conseguir eso?

Fruncí la frente, sin abrir los ojos.

—No sé —dije—. Nunca se me había ocurrido...

—Haz un esfuerzo. No es imposible de lograr.

—Voy a tratar, pero desde ya te aviso...

—¡Solo se requiere la voluntad de llevarlo a cabo!

Por hacerle el gusto, puse todo mi afán...; nada más que por verlo contento. De pronto me di cuenta, asombrada, de que algo había ocurrido.

—¡No siento más mi cuerpo!... —susurré.

—¿Y eso es desagradable?

Su pregunta me motivó a pensarlo.

—¡No!... —me extrañé—. ¡Me siento... bien!

—Ya no estás soportando el peso de la materia: eso aparece un gran alivio. Y ahora —añadió—, para perseverar en el ascenso que has emprendido, abre del todo tu ser y aíslate inclusive de tu mente. ¡Pues tú existes aún *más allá!*...

Cerró los labios, pero los ecos de su voz persistieron en blandos rebotes contra mis íntimas cavidades. Dúctil a sus sugerencias, comprobé que no me resistía en forma alguna a trasponer el puente recién tendido frente a mí; más todavía: deseaba elevarme a los niveles propuestos.

—¿Qué estás viendo ahora? —le oí preguntarme.

—Es... tan raro —me escuché responderle—. Mucho más y mucho menos que el universo astral... Tan sencillo en su aparente confusión...

—¿Percibes...?

—¡Oh! ¡Las vibraciones! ¡El principio de todo! ¡Oh, cuántas...! No sé si podré... ¡Oh! Yo...

...Me sacudían. Algo conmovía, en ondas recurrentes, la médula de todo. Volví...; tuve que hacerlo.

—¿Qué... pasó?...

Hotro, a mi lado, me sujetaba por los hombros. Yo bregaba por incorporarme en el diván, y los golpes..., ¡los golpes!...

Me llevé una mano al pecho. Mi corazón rugía.

—Cálmate —murmuró Hotro, gentil—. No tienes por qué agitarte.

—¿Pero qué fue lo que pasó? —insistí—. ¡Tuve la sensación de que...!

Asintió.

—Ya lo sé. Pero no debes inquietarte.

—¡Si sentí que me *moría!*...

—No hay por qué temer nada. ¿Acaso dolió?

Me detuve a pensar en eso. Posé los dedos sobre mis labios.

—No. La verdad...

—¿Sufriste, acaso?

—Nada —sacudí la cabeza—. Pero...

—Ya lo sé —dijo él—. Tuviste un poco de miedo.

Balanceé la cabeza un par de veces, ansiosamente, y Hotro entonces me pasó un brazo por encima de los hombros para ayudarme a sentar derecha sobre el canapé.

—No estabas preparada —me explicó—; eso es todo.

—¿Ah, no?

—Todos tendrían que prepararse... Es algo que no debo descuidar.

—No te entiendo... ¿Prepararnos? ¿Prepararnos para qué, hijo?

Me encaró con una sonrisa radiante.

—Para enfrentar la realidad —repuso.

—¿Cuál realidad? ¿La... muerte, acaso?

Negó en silencio.

—No es posible definir la realidad en... términos corrientes —dijo enseguida.

—¿Y entonces? ¿Cómo esperás que la gente...?

—Procuraré mostrarles la senda. Poco a poco. Primero, con mis demostraciones ante cámaras..., cosas simples, como esa madera que se vuelve oro. Luego, en forma gradual, vendrán hechos de mayor envergadura.

—¿Como por ejemplo...?

—Sanar enfermos. Devolver el habla a los mudos. Cambiarle el color de la piel a un hombre. Rejuvenecer a una mujer.

Aun entonces, con el entendimiento parcialmente ofuscado por mi lesión psicotraumática, percibí en sus palabras cierto elemento de una cualidad tan... ajena que las tornaba casi siniestras. Sentí que palidecía y, en un hilo de voz:

—¿Podrías hacer todas esas cosas? —le pregunté—. ¿Sos un mago..., o un brujo?

—Nada podría provocar que ya no estuviese parcialmente dispuesto —fue su respuesta—. El mudo recobrará su voz si su ser íntimo así lo decide..., para cuyo objeto yo lo guiaría por el camino correcto. La mujer, a su vez, rejuvenecerá porque en realidad su proceso degenerativo es más parte de una *restricción* que de una ley vital. Y el negro se convertirá en blanco, o en amarillo, porque su color no responde sino a un dictado de sus imperfectos sentidos.

”Yo no puedo obligar a la conciencia a que adopte determinada consistencia; pero sí puedo compenetrarme de su propio proceso natural y catalizar una alteración del mismo, en su beneficio.

Recuerdo que le tomé una mano y me reconocí invadida por una invencible reverencia hacia él.

—Como si fueses... Dios —musité.

—“Dios” es un concepto demasiado amplio como para que cualquiera de nosotros pretenda abarcarlo —me enmendó—. No blasfememos.

—Pero si donde había un negro hacés aparecer a un blanco —me empeciné, hablando ahora más para mí misma que para él—; si ponés voz donde no existía más que silencio..., *estás creando*.

Y él, entonces, respondió con una de esas oraciones que han quedado grabadas a fuego en mi memoria:

—No todos los que creamos somos dioses.

El doctor Augussack ha insistido con alguna vehemencia en que yo me aboque a definir claramente cuál es en la actualidad mi concepto global acerca de Hotro. En otras palabras, me imagino que su pretensión consiste en indagar qué efecto han operado en mí estos últimos años en que, liberada de mi psicopatía y empeñada en mi autorrecuperación intelectual, otra Mary Jane Boulanger ha debido de imponerse a la de antes.

Puedo contestar en un solo párrafo: si bien en este período he hecho el intento de transitar por todas las ramas del saber humano (bien que someramente), si he obedecido a una suerte de insaciable sed de conocimientos —ávida de compensar, a cualquier precio, el semivacío mental en que me viera sumida durante un lamentable trecho de mi

existencia—, confieso sin ambages que, de todos modos, no puedo mostrarme categórica en cuanto a mi concepción de la real naturaleza de Hotro, por la sencilla razón de que en ninguno de los innumerables textos, archivos, discos o bancos de memoria en que abrevé existe nada que pueda, ni por asomo, compararse con él.

De más está decir, puedo agregar, que últimamente me he consagrado a una profunda y concienzuda revisión de todo el material documentario relacionado con el caso en cuestión, previo a la redacción de este informe definitivo. Refresqué así buen número de impresiones personales, que se vieran algo atenuadas por obra del tiempo transcurrido desde que las experimentara, como también debido a las peculiares circunstancias de mi peripecia existencial; me enteré asimismo de hechos que desconocía; y además me fue posible obtener un panorama general del desarrollo cronológico del fenómeno.

Todo ello me ayudó, desde luego, a enfocar el asunto desde un ángulo más objetivo, y por ende menos expuesto a falacias autoinducidas. Pero, repito: aun esta nueva perspectiva (impersonal, si se quiere) resultó insuficiente para conducirme hacia conclusiones definidas, o para sugerirme un concepto medianamente autorizado. Tal vez —también se me ha ocurrido— la deficiencia arraigue en mi carencia de aptitud para penetrar el sentido de los hechos —generales o particulares— en su auténtica dimensión. Sea como fuere, la figura de Hotro persiste en mantener su singularidad, aun cuando esta ya no dependa en forma prioritaria de mi propia obcecación, sino más bien de la esencia enigmática y por momentos reñida con todas las lógicas del Hombre, que se desprende de su imagen. Una imagen, lo debo recalcar, tanto emanada del estudio de los variados documentos que he examinado, como recompuesta en base a tantos y tantos recuerdos que, emancipados de sus trabas patológicas, permanecen en mi mente con notable pertinacia.

¿Cuáles serían —en fin, y de todas maneras— las características que podría señalar, en un intento de definición obligadamente restringido, acerca de la personalidad del llamado Hotro, hasta donde me es posible interpretarla?

En primer lugar, *ausencia de instintos perversos*.

Iba a poner, escuetamente, “bondad”, pero me detuvo lo categórico de la expresión. No creo que nadie pueda referirse en forma apropiada a un concepto tan absoluto, respecto del cual podría elaborarse multitud de definiciones, igualmente respetables. Por otra parte, todo lo concerniente a Hotro parece exigir una suerte de “distanciamiento” (si no yerro en el término) de lo meramente humano/terrenal... Pienso que

podría decir, sin mayor temor a malentendidos, que a mi modo de ver Hotro no demostraba regirse por los comunes apetitos de la especie.

En segundo lugar: *marcadas dotes psíquicas y de personalidad*. Tenía la facultad de afectar tanto a personas como a objetos inanimados con —digámoslo así— el poder de su voluntad. No se trataba de simple mistificación, por cierto, ni tampoco de artimañas erigidas sobre una propensión histérica del público, sino de hechos más profundos y menos inteligibles, pero signados invariablemente con la evidencia de lo auténtico. No puede descartarse la posibilidad, lo admito, de que se tratase sencillamente de empleo de “talentos” extrasensoriales, tales como la telepatía, la clarividencia o la telequinesis; pero algo en mí se resiste con tesón a aceptarlo.

Es bien sabido que todo ese tipo de manifestaciones paranormales tiene en común una particularidad: su naturaleza espontánea. Es decir, que no se producen —salvo quizá en casos aislados y de muy problemática certificación— por obra de la volición del sujeto que las experimenta, sino que, al contrario, muchas veces ocurren inclusive en contra de la misma.

Hotro *gobernaba* todas sus acciones; y por cierto era capaz de dirigirlas con suma precisión hacia la consecución de su particular designio.

En tercer término, el elemento de mayor lugar a controversia que lo distinguió, y sobre el cual cabe la elaboración de las más extravagantes teorías: *su evidente vocación mesiánica*.

Hotro (no me caben dudas) pretendía cambiar al mundo y conducir la Historia, de aquí en más, a lo largo de una trocha de su diseño. ¿Implica esta afirmación el que se acepte alguna clase de *divinidad* ínsita en él? Yo contestaría que no. El mismo lo habría negado, estoy segura; y hay fundamentos de ello en la conversación transcrita más arriba.

Por otro lado, cierta cualidad en extremo vulnerable, que lo caracterizó siempre, anularía cualquier intento de deificarlo, siquiera en forma delegada... Pero sí que pretendía (y esto es definitivo), aunque sólo fuera desde su posición “apenas” sobrehumana, modificar el curso de nuestra trayectoria como especie, en un inextricable intento de redención de alguna clase.

Le pregunté una vez:

—Tú nos traés el Bien, ¿no es cierto?

—¿Me equivoco, o le has puesto “B” mayúscula a ese “Bien”?

—¿Ahora me tomás a la chacota?

—Lo que buscaba era una precisión —repuso, dejando de lado por una vez los interrogantes—. Si me estás preguntando por el Bien Absoluto (sustantivo y adjetivo, ambos con inicial mayúscula), te diré que no tengo idea acerca de su significado.

—Lo opuesto a la maldad... —insinué—. La redención de los pecados que a diario se cometen en el mundo.

Sonrió con la gentil ambigüedad que adoptaba algunas veces.

—No me ocupo de pecados —dijo.

—¿No condenás la sensualidad..., el vicio? ¿No decías...?

—Yo no “condeno” —respondió—. No me compete. Solo quise hacerles notar que el afán desenfrenado por el placer físico (en cualquiera de sus formas), a la larga resulta tan absurdo como la codicia por la riqueza o el anhelo de poder. ¡Todo es ilusorio! La Humanidad se consume como una mecha en estériles apetencias de... nada.

Recuerdo que me asaltó un estremecimiento, como si alguna entidad frígida hubiese tomado posesión de una parte de mi ser. Y susurré:

—Pintás un cuadro tan... desolado...

—No tengo ninguna intención de entristecerte —me aseguró.

—Pero, ¿y el amor? —me obstiné—. ¿No es una cosa real, aunque sea intangible? ¿También lo llamarías ilusión..., nada?

Suspiró.

—El amor... —Y en un tono apenas perceptible—: Si al menos pudiese clasificarlo...

Fue por eso, porque no lograba entenderlo (ahora lo sé), que no alcanzó jamás a compenetrarse de las angustias que roían a Mateo, pese a estar tan próximo a él en otros aspectos. Tampoco consiguió identificarse con la capacidad humana para la sensibilidad al contacto carnal.

Sé que alguna vez lo intentó —mucho más tarde, cuando todo hubo concluido, luego que lo “oficial” de mi sanación me hizo posible tener acceso a determinados temas de conversación, pude enterarme de ello—; acompañó a Mateo y a Jean-Luc al ciberótico, donde experimentó con toda clase de erógenos cyber y también con diversos estimulantes químicos. Supongo que estaría desesperado por llegar a comprendernos.

Aquel intento de compenetración resultó un fracaso: Hotro, constituido física y fisiológicamente de acuerdo al patrón humano, carecía, sin embargo, de algún elemento de naturaleza sutil e inasible, que le habría permitido trascender los confines de un proceso meramente fisicomecánico. La reacción no dejaba de producirse, aplicado el

estímulo correspondiente; pero el *sentimiento* de deleite abortaba, privado de un componente básico aunque inubicable... Hotro jamás logró —en tanto yo lo conocí— identificarse plenamente con los hombres.

No obstante (y pese a su aseveración en contrario), el pecado humano, con su carga de culpabilidad atávica, sí conseguía vulnerarlo. Hotro padecía con cada contravención que presenciaba.

Pero, tal como yo lo veo, Hotro no consideraba los pecados en su faceta moral, sino en lo que concernía directamente al destino final de la especie... Para él, quizás, cada transgresión individual significaba un paso más en la dirección errónea, lo que tendía a provocar un distanciamiento de progresiva irrevocabilidad entre el Hombre colectivo y determinada Gran Finalidad solo conocida por Hotro mismo, y a la cual únicamente se arribaría constriñéndose al camino adecuado y nada más que a ese.

Cuando ocurrió por fin la explosión final de Mateo, estimo que para Hotro debió de revestir la contundencia de un golpe letal. Sobre todo porque en la coyuntura se le habrá hecho evidente (con hiriente diafanidad) lo lejos que estaba de captar los móviles humanos, y más todavía de su interpretación. Seguro que él jamás habría anticipado algo así..., por lo menos de parte de Mateo, a quien, por ese entonces, sentiría más afín que a ningún otro.

Mateo, desde luego, no tuvo la culpa. Él eligió culparse a sí mismo, después; pero resulta obvio que su drama obedeció a esa ciega fatalidad de la cual antes me permití hacer mención: una *alea* imposible de catalogar dentro de la frialdad de cualquier razonamiento, que nos involucra a todos y cada uno de nosotros, sin distinción o matiz... Mi hermano fue una víctima tan solo..., acorralado como debió de sentirse entre circunstancias adversas, factores de herencia y medio ambiente, traumas emocionales y presiones sociales. Yo misma sería la última en acusarlo, aunque muchos, lo sé, lo han visto como el único determinante del principio del fin para Hotro.

El proceso no se apartó de su desarrollo lógico. Una parte la jugó la actitud entonces imperante con respecto a los estimulantes (hoy por hoy, según tengo entendido, nuevamente revisada). Luego de mucho tiempo de considerárseles ilegales —lo cual llevó al surgimiento de los tristemente célebres “carteles”—, la Sociedad optó por aceptarlos, del mismo modo que, decenios atrás, sucediera con las bebidas alcohólicas.

El consumo de alucinógenos se institucionalizó, con lo que, fuerza es consignarlo, se erradicó una parte del mal, ya que al establecer una suerte de control, mediante el

empleo de drogas “blandas”, se redujo el porcentaje de muertes por sobredosis. Así que los estimulantes o anfetaminas pasaron a convertirse en una de las tantas vías de evasión a las que todos, de un modo u otro, hemos dado en acudir en algún momento crítico de nuestras conflictuadas existencias.

Mateo se rindió definitivamente al hábito cuando debió de hacerse evidente que no encontraría forma de escapar a un destino cuyo trágico desenlace era posible que previera desde ya. Su particular vinculación con Hotro, a quien reverenciaba, le dictó un oscuro sentimiento de culpa, localizado en determinados anhelos que venían torturándole desde el instante en que regresó a casa.

Trato —como expresara al comienzo— de presentar los hechos en forma objetiva; pero deberá excusárseme si, ante acontecimientos tan indisolublemente ligados a mi vivencia íntima, traiciono un tanto el propósito inicial... Quizás (es posible opinar) en todo esto haya operado algún factor más sutil, desencadenante de las tristes circunstancias que habrían de resolverse en un lamentable final; pero no está al alcance de mi apreciación (parcialmente personalizada, cual lo he reconocido), el identificar ese elusivo factor.

A mi entender, el conflicto de mi hermano sufrió una evolución de carácter irreversible, que no escapó a su intuición, ya en temprana etapa, aunque acaso haya sido a niveles subconscientes. De ahí sus inquietudes recurrentes, su inestabilidad sin causa aparente y su alejamiento del hogar en procura de lo intangible. De ahí, también, su posterior adhesión a Hotro, personalidad más fuerte y símbolo incuestionable de serena autoridad.

Vivíamos aún la resaca del llamado “milenio oscurantista”... Ciertas convenciones del pasado se obstinaban en persistir, más en los sentimientos que en la razón, y demarcaban fronteras en cuanto a lo legítimo, lo desviado y lo aberrante, incluso en el marco de una mentalidad colectiva cada día más propicia a la liberalidad total. Aún subsistían hechos que lesionaban determinados códigos y afectaban a un tipo de conciencia: la de Mateo, por desgracia, era de ese tipo.

En lo personal, yo no tenía necesidad de estimulantes ni de evasión prefabricada, desde el momento que la supuesta vuelta de mi hijo había colmado mi existencia... Pero fue sumida en un estado de particular euforia —cuya causa ha escapado, esta vez sí, a mi memoria— que consentí en acompañar a Mateo en uno de sus “viajes” vía Parque de Específicos.



Yo había tenido contacto con las drogas durante el proceso de mi alteración traumática: fue uno de los tratamientos que se me aplicaron en etapas tempranas. De manera que, al no ser novicia en el tema, no ignoraba que en aquellos Parques se había conjurado el peligro de las sobredosis, pues las leyes disponían un severo control, por parte del “staff” de paramédicos de guardia, de los “límites de seguridad” prescritos, que a nadie se le permitía trasponer... Se soñaba un poco, como receso de la realidad, y luego se retornaba —se suponía que con las energías renovadas— a enfrentar el infierno cotidiano que a cada uno le hubiese tocado en suerte.

Claro que para mí no había ningún infierno, siendo que Hotro constituía por entonces algo más que el cielo de todos aquellos días gloriosos que con tal gozo le consagraba. Pero, impulsada, en aquella ocasión especial, por un sano intento de contentar a mi hermano —sobre quien algunas veces me reprochaba a mí misma, por tenerlo un poco relegado en mi cariño, a causa de mi excesiva devoción hacia Hotro—, lo acompañé al Parque.

Lo que vino a resultar de todo ello es hoy, por desgracia, del dominio público.

El incesto seguía siendo condenable, máxime si en ello incurría nada menos que un discípulo de la nueva doctrina reformista... Significó, dicen muchos, el virtual fin de todo.

Pero, en verdad, ¿qué podía entender la gente? ¿Qué sabían ellos del íntimo calvario de Mateo, de sus quiméricos ideales estéticos..., de su particular concepto del amor? ¿Cómo podían imaginar la trampa trágica en que la vida, finalmente, le hizo caer?

Ninguno comprendió. Pero todos censuraron.

Y, sin embargo, quien más debió padecer, el que resultó afectado por el perjuicio mayor, no alzó una sola voz acusadora, no insinuó siquiera un reproche... Hotro, como siempre, evitó erigirse en juez.

Fue Mateo, como es también sabido, quien se acusó a sí mismo con la más dura impiedad. Terminó hundiéndose en el vicio y la depravación deliberados —aun para “mentalidades abiertas” existen grados en eso— y por fin falleció..., estoy segura..., culpándose amargamente de traición y alevosía.

Muchas veces intenté explicarme el motivo profundo de todo esto; pero siempre fracasé. Tampoco pude hallarle sentido a la desaparición de Hotro, que se produjo en forma paralela a la de mi recuperación.

Mi contacto carnal con Mateo obró en mí —acaso paradójicamente— un efecto terapéutico: me vi libre, en un shock, de toda obnubilación histórica. Pero, aun cuando, al

desaparecer mi trauma, Hotro dejó de representar la personalidad ficticia que yo creara, el impacto que su poderosa individualidad grabara en mí no se borró. Aunque fuese bajo una luz distinta, Hotro continuó alucinándome...

No he vuelto a verlo, pero sé que su recuerdo ha de persistir indefinidamente en mi memoria, por arraigar en estratos más profundos que el de la simple remembranza.

Todo lo relacionado con él se reviste, a mis ojos, de una cualidad única e irrepetible, intrigante y conmovedora; inexplicable, sí, pero —en cierta forma misteriosa— factible de llegar a comprenderse algún día.

Hace una semana recibí un inesperado e-mail, junto a un paquete. Los enviaba Mark McCulloch, uno de los primeros seguidores de Hotro, desaparecido también de la vida pública, y a quien casi había olvidado por completo.

Mark escribía:

*He lamentado mucho la muerte de Mateo. Te habría contactado antes, pero no estaba seguro de que resultase atinado. Hoy sé que estás curada, que has vivido en pareja por más de tres años y que muy posiblemente llegues a ser madre, en el cabal sentido de la palabra. Me alegro, y te envío mis más sinceros augurios de felicidad.*

*Por servicio de "courier" te mando, para celebrar la ocasión, un ejemplar de rosa que yo mismo cultivé, con la ayuda de un muy entrañable amigo, Manuel Pérez, a quien no dudo te agradecería conocer, para lo cual adjunto una foto de ambos, ataviados con nuestros trajes de faena... Dos avezados floricultores, ¿no opinás así?*

*La rosa, premiada en tres certámenes, no tiene una sola espina, como verás, y es de una tonalidad azulada que nadie había podido lograr antes.*

*No sabía cómo bautizarla, hasta que mi amigo Manuel me sugirió el nombre ideal: "RENACIMIENTO".*

La fotografía, con efectos de holograma, tenía alta resolución y permitía apreciar claramente a los dos jardineros, muy sonrientes y rodeados de corolas de todos los matices imaginables... Mark estaba igual a la imagen que, según comprobé, conservaba de él, excepción hecha de alguna cana que le salpicaba la barba.

El otro... Sentí un escalofrío. Llevaba arcaicos anteojos con marco de oro, y un pequeño bigote oscuro, a más de un sombrero muy gracioso, de ala ancha.

Pero no cabía duda: era Hotro. Evidentemente, seguía en este mundo.

Abrí el paquete y retiré la rosa de su caja de plástico. La tomé entre las manos con mucho cuidado, pues daba la impresión de infinitas delicadeza y fragilidad.

—No creo —me dije— que pueda existir otra igual sobre la faz de la Tierra...

---

## POSTFACIO

El presente texto ha conocido más de una versión.

Cuando comencé a dar forma en mi mente a la primera de ellas, allá por los años setenta del pasado siglo, uno de los problemas que encontré fue dar con una palabra para denominar en forma apropiada a una supuesta Red Global de Televisión.

Después de jugar cierto tiempo con vocablos, acrónimos y palabras compuestas, me decidí por un neologismo que, aparentemente, daba la mejor expresión a mi idea.

Décadas más tarde (y con esta novela aún inédita, por haber tenido que dejarla de lado en beneficio de otras labores más apremiantes), me llevé una de las sorpresas más considerables de toda mi existencia, al enterarme de que “mi” palabra andaba ahora en boca de todo el mundo y se escribía y nombraba en la multimedia universal. ¡Y yo, que no había pensado nunca en patentarla!

El término en cuestión (para no alargar la cosa): Internet.

(Como puede comprobarse en estas mismas páginas, me vi forzado a cambiarlo por “Ominet”, no sea que se me acusase de plagio...)

C. M. Federici

Montevideo, marzo de 2018

# Índice

---

I n t r o d u c c i ó n	6
Primera Parte:	
V e r s i o n e s	8
Mateo, 1	9
Mateo, 2	17
Mark, 1	24
Mark, 2	31
Mark, 3	38
Jean-Luc, 1	45
Jean-Luc, 2	52
Mary Jane, 1	59
Mary Jane, 2	65
Segunda Parte:	
E p í s t o l a s y D o c u m e n t o s	74
Apéndice, por Mary Jane Boulanger	
R e v e l a c i ó n F i n a l	110
P o s t f a c i o	132



**¿De dónde vinimos? ¿Adónde vamos?**

**¿Nacimos espontáneamente, de la ciega y caprichosa combinación de ciertas sustancias misteriosas, errantes en la infinitud?**

**¿O somos creación de algún Ser Supremo, cuya naturaleza no llegamos siquiera a vislumbrar, aun en nuestra más osada lucubración?**

**De ser así, ¿cómo es, en realidad, esta Ignota Entidad Creadora?**

**¿Omnipotente, omnisciente, perfecta, libre de toda mácula de falibilidad?**

**¿O, por el contrario, pertenecería a un estrato *apenas superior* al nuestro, y por ende estaría sujeta a la duda, a la vacilación y aun al error?**

**Hotro** es un desconocido, llegado, no se sabe de dónde, a un mundo extraviado.

**Y porta un mensaje que podría encaminarlo..., si se le permitiese.**